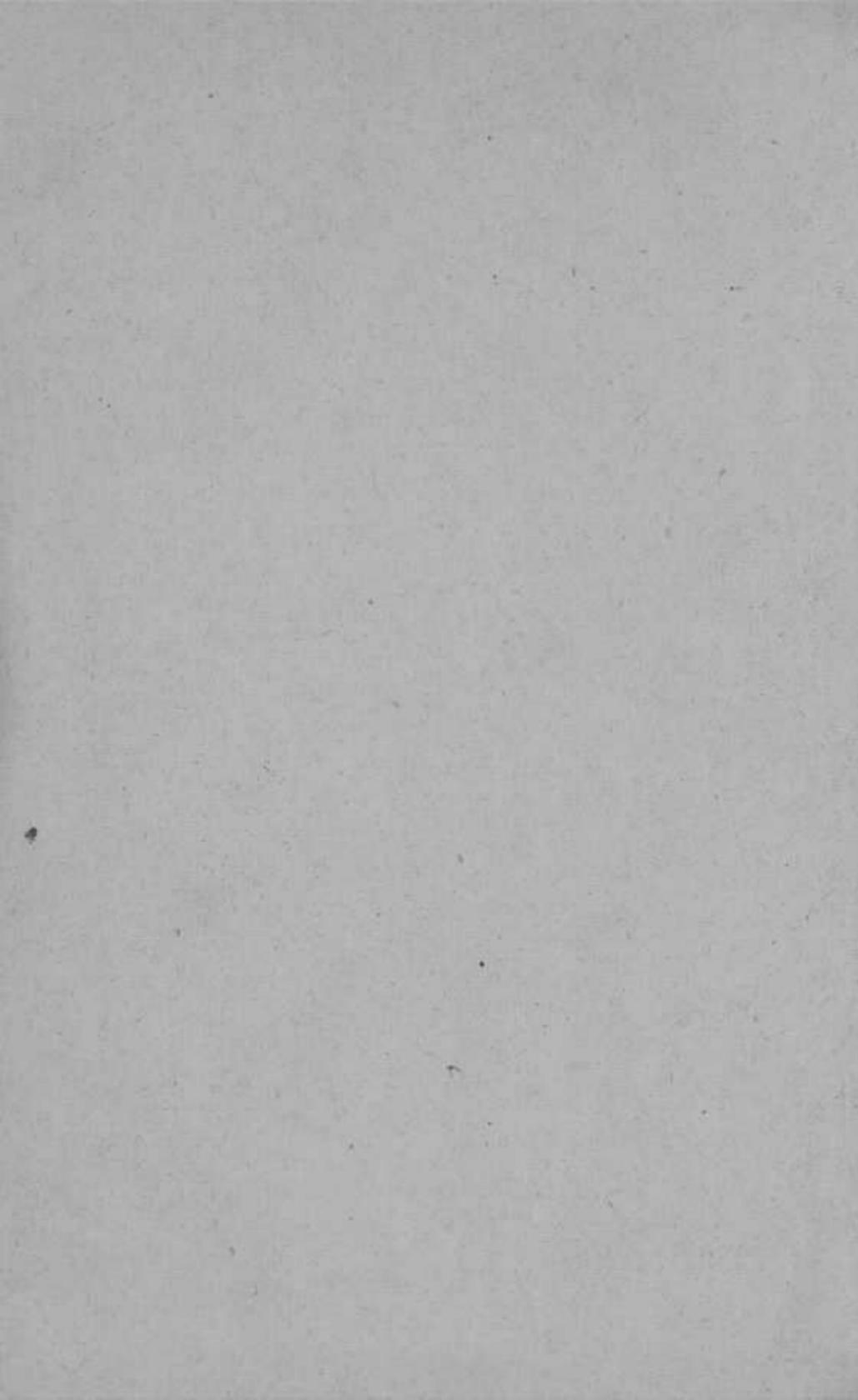


2019

A.
69



H. 742893

R 245967

CS-72743928

PARTICULAR



*Estudio sobre la frase en Religión, Ciencias,
Literatura, Historia y Política*

Por Felipe Preatoste

Á LA SOCIEDAD
ECONÓMICA MATRITENSE

DE AMIGOS DEL PAIS

legítima representante

de los intereses morales y materiales del país

DEDICA LA

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA

El Socio

GREGORIO ESTRADA

FA. 9969

Josefina Rodríguez

BIBLIOTECA
FRANCISCO PEREZ HERRERO

LA FRASE

CAPITULO PRIMERO.

DE LA FRASE EN GENERAL.

I.

La frase, dice el *Diccionario* de la Academia Española, es "una locucion enérgica y por lo comun metafórica, con que se significa más de lo literalmente expresado ú otra cosa de lo que indica la letra."

Siendo muy difícil dar una buena definición de la frase, admitamos ésta como buena á falta de otra mejor, porque tiene tal generalidad al sentar que la frase puede significar otra cosa de lo que literalmente dice, que en rigor cabe dentro de esta explicacion quanto acerca de ella sea posible escribir.

La frase, en la significacion que aquí la damos, y que se sale fuera de los límites de la gramática, es lo que el vulgo llama dicho, agudeza, ocurrencia, chiste ó retruécano;



lo que los antiguos llamaban jugar del vocablo; lo que los literatos llaman pensamiento, los poetas inspiracion, los moralistas sentencia y los artistas genio.

Claro es que dentro de esta latísima acepcion hay muchas gradaciones de la frase por su origen, por su forma y por su objeto; como que abraza desde los más picarescos chistes de Quevedo hasta el idealismo de Santa Teresa; desde las aberraciones de Churriguera hasta la delicadeza de Rafael; desde la pobre concepcion del mundo antiguo hasta la mecánica de Laplace; desde el epigrama al poema épico, y desde el insulto más grosero hasta la cortesía más perfecta.

Pero nosotros no vamos á tomar la frase sino en su más noble y profunda significacion, como recuerdo de un hecho notable, como pintura de una época ó de una situacion, como reflejo de algo grande. Y, en este sentido, es el resúmen ó condensacion en breves palabras de un gran pensamiento ó de una profunda observacion; es un rayo de luz arrojado sobre la inteligencia, la imaginacion ó el sentimiento; es en el lenguaje lo que la fórmula algebráica en las matemáticas: una ley del mundo psicológico ó material encerrada á veces en una palabra; una comparacion que deslumbra ó una verdad que ilumina.

Así considerada, resúmense en ella las incógnitas y misteriosas leyes de la inteligencia, desde las delicadezas del presentimiento hasta las marrullerías de la experiencia: tiene todo el rebuscamiento de los símiles y alguna vez toda la dificultad del geroglífico, la acerada punta de la sátira y la belleza de la galantería, la prontitud del rayo y la luz del sol.

Abraza todos los afectos del alma y los hiere profundamente: unas veces da en el blanco como un dardo, otras penetra con la suavidad y curvatura de la víbora, ó como un volador de fuego haciendo estragos.

Tiene de la fotografía no sólo la exactitud, sino la instantaneidad; no sólo la reproducción, sino la fuerza de luz que le da origen, iluminando el dibujo y ennegreciendo fuertemente las sombras. Toma las infinitas formas del pensamiento, de la oportunidad y del tiempo; se viste con todos los colores del espectro solar y sus combinaciones; usa todas las armas ofensivas y defensivas, desde la cota de malla hasta el veneno, y representa todos los papeles desde el de ángel hasta el de demonio.

Y del mismo modo que hay flores, como la azucena marina, que nace en los arenales y muere regada por las amargas olas, sin que nadie recoja su perfume; y hay otras

que viven acariciadas y se deshojan en un seno ó en una cabeza amada, y otras que el mundo aspira; así tambien hay frases que nacen en el desierto de un alma sin que nadie las escuche; otras que nacen y viven para una sola persona, y otras, en fin, que penetran en todas partes y son repetidas por todos los labios.

Su influencia es á veces decisiva. Una frase de fortuna encierra la virtud de una mujer y la fama de un sabio, porque puede ser una losa que caiga sobre un nombre ó un eco de la trompeta de la fama. A veces es injusta, es cruel, injuriosa y falsa; pero obedece á esa horrible verdad, que dice: "Calumnia, que algo queda," y suele ser tanto más perversa cuanto mayor es la gracia que la envuelve. Porque el ingenio y la gracia tienen el privilegio, tal vez injusto é inmoral, de encubrir la maldad y de disculparla; son el dorado de la amarga píldora y la rosa que oculta con sus hojas las espinas; de todas las vestiduras que puede tomar el mal, desde el cinismo á la hipocresía, no hay ninguna más perfecta y de más perniciosa influencia. La sátira es un arma cruel; cuando la acompaña la gracia es un arma envenenada.

Así, en la vida pública y en la vida privada ha habido frases que se han pagado muy caras; frases envueltas en lágrimas y

en sangre, que han variado un carácter ó una vida, y que alguna vez se han levantado contra su autor como un remordimiento ó como una expiación.

Por el contrario, hay frases que por sí solas han hecho la gloria y la fama de un escritor ó de un artista. Aquel *¡il sangue!* de la Ristori, en Macbeth, recorrió como un estremecimiento todos los teatros de Europa, arrancando á su paso aplausos y coronas. El *ser ó no ser* de Rossi en Hamlet fué motivo de que los críticos escribieran volúmenes sobre su interpretacion. El *¡questo é troppo!* de la Pezzana en María Estuardo, encierra todo el horrible drama de aquella pobre reina, víctima del poder y de la envidia de su prima. El horror, la duda y la desesperacion que retratan estas tres frases se graban en el alma con el nombre del artista que las pronuncia, y el del autor que las escribió, y se recuerdan uno y otro indisolublemente. Son triunfos porque arrancan aplausos y coronas; son destellos de genio porque pintan un afecto del alma.

Así como los afectos personales ó las costumbres, las nacionalidades, los caracteres y las profesiones se pintan á veces con una sola frase. *Time is money* y "hacer tiempo" equivalen á dos fotografías del pueblo inglés y del pueblo español.

Jovellanos retrata la España traduciendo el *panem et circenses* en "pan y toros;" y Quevedo pone en caricatura á médicos, abogados y matemáticos, buscando en cada uno ciertas frases con que darlos á conocer. Fray Gerundio de Campazas, comparado impropriamente con Don Quijote, no lleva á cabo aventura alguna, es simplemente un coleccionador de frases de predicadores ramplones ó fanáticos, en una época en que el púlpito habia descendido á lo que hoy llamamos bufo. Y allí hay tipos, que aún existen, fotografiados en una sola frase.

Las situaciones críticas de la vida, los momentos de peligro, las revoluciones, todo lo que es capaz de conmover profundamente el corazón humano, producen frases que la historia suele recoger ávidamente como otras tantas bellezas. Alejandro Dumas ha escrito el *Drama de 1793*, coleccionando todas estas frases en aquel período vertiginoso de heroísmo y de sangre, de fe y de verdugos. Dargaud ha escrito del mismo modo la historia de María Estuardo; y ambos han trazado cuadros llenos de verdad y de palpitante interés.

Los ánimos débiles se anonadan en los momentos terribles y ante los sucesos extraordinarios; pero los fuertes toman mayor vigor y lucidez, se entusiasman y ele-

van con los acontecimientos y adquieren la grandeza del genio. Hay seres vulgares en la normalidad de la vida que necesitan esos momentos para demostrar su valor; ya porque sólo se conmueven ante hechos extraordinarios, ya porque, como las águilas, necesitan inmenso espacio para volar, y se rinden y empequeñecen en reducida atmósfera.

Si se estudiara detenidamente este carácter español, que tan poco han comprendido cuantos extranjeros han tratado de describirle, sería muy fácil tal vez explicar su indolencia habitual, su ordinaria apatía, y su actividad y grandeza en las situaciones extremadas, por esa necesidad que tienen los ánimos no vulgares, de circunstancias extraordinarias. Póngasele ante un mundo y brotarán los héroes como Hernan-Cortés y Pizarro; amenácesele con la esclavitud, y aparecerán los vencedores de Bailen y los defensores de Zaragoza y Gerona.

Lo que á otros pueblos abate y desanima á nosotros nos da aliento, vigor é inspiración. Las heridas nos excitan, la persecución nos levanta, las contrariedades nos fortalecen; y por el contrario el triunfo nos aplanan, nos divide y nos debilita. Somos fuertes luchando y débiles venciendo. Toda nuestra historia lo demuestra en cuantas

guerras y conquistas hemos hecho. Parece que la vulgaridad y normalidad de la vida enervan esta gran actividad de una sangre meridional, que late generosa al calor de las grandes ideas y de los grandes sacrificios. Todos nuestros héroes son hijos de la pobreza ó de la desgracia; casi todas las obras más notables de nuestros ingenios se han escrito en la miseria ó en la cárcel, en el destierro ó en el campo de batalla.

La frase corresponde también á cierto estado del ánimo. La emoción, la pasión, los hechos que conmueven profundamente exigen un estilo cortado, un período breve y compendioso, porque entonces el lábio no puede pronunciar palabras meditadas ni cláusulas compuestas. Es preciso que en pocas articulaciones se resuman todos los sentimientos que agitan el alma.

Un discurso en boca de Guzman el Bueno, arrojando el puñal para que quitaran la vida á su hijo, habría sido ridículo é imposible; esta acción habría perdido la mitad de su sublime y bárbara grandeza.

El sentimiento en el orador y en el cómico debe tener un límite; uno y otro deben sentir la situación, pero no impresionarse, porque el exceso de sentimiento hace difícil la expresión.

II.

El vulgo, que corrompe las palabras y hace de Bertran Duguesclin, Beltran Claquin; de Timur-bek, el gran Tamborlan y de Nuestra Señora de Enkuysen, la Inclusa, corrompe tambien las frases llegando á hacerlas ininteligibles. Así ha convertido la adoracion del *lignum crucis* en el "Niño en cruces."

Otras veces pretende expresar en frases los hechos y los sentimientos, ó traduce á su modo las más bellas expresiones, dándoles una forma del más pésimo gusto. De la santa resignacion de San Lorenzo en el martirio, ha hecho esta frase tan pobre como inverosímil:

"Volvedme del otro lado
Que de este ya estoy tostado."

El pueblo hace refranes, que son hijos del tiempo y de la experiencia, hace alguna vez frases, hijas de su imaginacion; pero casi nunca da forma culta ó literaria á sus conceptos. Son diamantes sin pulimento.

Algunas veces resume su pensamiento en breves y enérgicas palabras, creando modis-

mos; pero nada más. "Salud y pesetas" es una frase vulgarísima que expresa perfectamente el deseo de los dos mayores beneficios del mundo; así como el antiquísimo "Adios" ó "Vaya V. con Dios" expresa todo el buen deseo de un cristiano.

Los saludos son modismos y costumbres y alguna vez frases. En ningun país se dice á las señoras "A los pies de V." más que en esta patria de la galantería natural y espontánea, no impuesta aún por la cultura y progreso de la educacion y del buen trato social.

Tambien suelen ser protestas, juramentos, profesiones de fe y símbolos de afinidad política ó religiosa. "Ave María", "Sin pecado concebida" era un saludo protesta contra los dominicos, de quienes se decia que "en España toda la semana se tenía camisa limpia ménos el domingo," porque negaban el misterio de la inmaculada Concepcion. Los primeros cristianos se saludaban llevando la mano á la frente y al pecho, indicando la identidad de creencias y de sentimientos; otras veces hacian solamente la señal de la cruz, y en las reuniones se saludaban y despedian con el beso en la frente. Tambien empleaban la fórmula que les dió Jesucristo y que expresa una santa tranquilidad: "Paz sea en esta casa."

Los partidos políticos, las conspiraciones, las sociedades secretas, la noche de San Bartolomé, las guerras civiles han tenido sus saludos que solían ser juramentos, esperanzas ó sangrientas alusiones. El santo y seña de las guarniciones y de los campamentos no es otra cosa. El "¿quién vive?" es un saludo de reconocimiento, que ha tenido en diversas épocas contestaciones que eran grandes frases, y que la historia ha conservado como un gran recuerdo.

"La amiga," nombre dado en España é Italia á la maestra, es un término de agradecido cariño; así como "la señora" que hoy se usa más es una muestra de respeto (1); uno y otro igualmente distantes del soberbio y presuntuoso "la buena madre" que han introducido hace poco las monjas francesas, y del cual resulta una comparacion humillante para la verdadera madre, para la madre que nos llevó en su seno y nos dió la vida de sus entrañas.

(1) ¡Con qué claridad está expresada la diferencia entre el niño y la niña respecto de la enseñanza, en este romance de Góngora:

Hermana Marica,
Mañana que es fiesta
No irás tú á la amiga,
Ni yo iré á la escuela.

III.

Hija de la inspiracion, la frase rompe alguna vez la gramática y desconoce sus leyes, como los flúidos imponderables rompen las leyes de la mecánica, hechas para la grosería de los cuerpos sólidos.

Por esto es imposible estudiar gramaticalmente la estructura de la frase. Nombres, pronombres, adverbios... son clasificaciones de la arquitectura y anatomía de las palabras, que no pueden dar á conocer su significacion combinada, del mismo modo que sólo con los tornillos y palancas de una locomotora no se puede comprender el rápido vuelo de los trenes.

Ningun gramático, sólo por serlo, es escritor, como ningun albañil es arquitecto, ni ningun rimador poeta. Una trasposicion que jamás se ocurriria á un gramático, y que tal vez le asustase, es una belleza, una frase, quizá una inspiracion. El que siguiera ciega y servilmente las leyes gramaticales haria del lenguaje lo que los dialécticos hicieron del pensamiento con las formas del silogismo: un árido esqueleto, una de esas figuras anatómicas en que sólo se descubren los nervios y los músculos. Ni el pensamiento tiene troquel, ni las ideas viven

geométricamente. Eduardo Benot ha querido introducir algo de esto en la gramática; ha querido llevar el análisis, no á la parte de la oracion aislada, sino al pensamiento que vive en el fondo de la oracion; y los maestros se han reído ó se han asombrado, creyendo destruido su edificio.

Las irregularidades de una lengua, los tiempos dobles de los verbos, las concordanCIAS absurdas, que tanto abundan en la nuestra, no pueden explicarse solamente por las reglas gramaticales: hay que buscar un origen más alto y más profundo; ya sea en la historia de las vicisitudes del idioma, ó en la libertad del pensamiento que se emancipa de toda traba.

Los que han dicho que el estilo es el hombre, los que copian este pensamiento de Buffon, más naturalista que filósofo, han dicho solamente una cosa discutible desde que hay quien sostiene que el lenguaje ha sido dado para disfrazar el pensamiento. Pero se han olvidado de la frase, que, sin el descuido de la palabra, sin la meditacion de la cláusula escrita y sin la forma sentenciosa del refran, es generalmente más que el estilo y más que el libro, como reflejo del hombre.

Aunque en el estilo hay algo característico, algo permanente, algo idéntico á sí mis-

mo, siempre, como que procede de una misma inteligencia, hay en él la variedad de acentos de una misma voz. Como ésta se modifica con el tiempo, varía con las circunstancias, toma nuevo tono con las emociones, se aguza ó se enronquece, se hace flúido ó premioso. El estilo es la voz escrita desde la inteligencia y la costumbre, y nace naturalmente con el sello de su origen, por más que se filtre en la voluntad.

El estilo es la vida ordinaria del lenguaje, la corriente flúida y monótona; pero la frase es uno de sus episodios horrible ó brillante: es la cascada ó el torbellino; la ola que sobresale y descompone la luz, el plateado reflejo de la luna en una de sus inflexiones ó movimientos. La escritura sólo con frases deslumbraría como una serie de incessantes reflejos. Ni la vista podría resistir éstos, ni el espíritu aquellos: se deslumbrarían como los viajeros en el polo por la luz sobre el hielo.

Los estilistas no suelen hacer frases: prefieren la melodía á la profundidad; porque la frase suele romper la uniformidad del estilo.

IV.

Una sola emision de voz puede ser una frase; y entónces, expresion intermedia,

considerada gramaticalmente, entre la cláusula y la palabra aislada, encierra á veces como la interjeccion un afecto del alma en un solo grito.

Pero la interjeccion, áun para los que la consideran como una oracion completa, vive sola, invariable, inmutable, indeclinable en la proposicion gramatical como en el entendimiento. Cuando es frase, suele expresar mucho más que la misma oracion á que se refiere.

»—Era yo entónces inocente y pura...

—¡Tú!"

Hé aquí una sola palabra que para unos será un pronombre y para otros una interjeccion, y que es una gran frase; una frase que dice tanto, que sería muy difícil expresarlo á la lengua y á la pluma.

La interjeccion es solamente el grito instintivo: es el grito pasivo de la sensibilidad que se escapa de los lábios; y la frase es un grito inteligente. El germen de la interjeccion se encuentra en todos los animales, y la frase sólo en el hombre. La interjeccion es tanto más inarticulada, cuanto mayor es la pasion del ánimo de que arranca, y llega á ser un grito salvaje en el exceso del sentimiento, del furor, de la ira ó del dolor. Indica un estado privado de razon ó de inteligencia. Así, como grito dependiente sólo

del instinto ó de la sensibilidad, es casi igual en todos los pueblos y en todas las lenguas, y se aproxima á ser una emision de voz con el impulso sólo del aliento y sin voluntad que la articule. En los grandes dolores físicos es un grito delirante y á veces músico; en la ira es un rugido, y en el placer una exhalacion del alma.

No hay palabra que no pueda ser interjeccion; una cláusula entera puede serlo tambien; pero el campo de su significacion es muy limitado. Suele expresar, como hemos dicho, afectos pasivos ó instintivos, afectos puramente animales. Bajo este punto de vista la clasificacion de las interjecciones que hacen las gramáticas, está bien hecha: las hay de dolor y de alegría; de temor y de sorpresa; de admiracion y de cólera: viven solamente en la region de la sensibilidad.

Pero la frase vive en la region del sentimiento; se alumbra con la luz de la inteligencia y con los colores de la imaginacion. Asoma en los grandes afectos; pero con una intensidad, con una profundidad de expresion, que no puede tener el grito puramente animal.

La fisonomía humana puede hacer frases, porque en ella se reflejan las pasiones.

La risa es á veces una gran frase. Como

todas las expresiones de los afectos del alma es interjección en la gramática, frase en el lenguaje.

En los niños la risa es una sincera expansión del sentimiento; una frase clara, límpida, pura y trasparente, compuesta de notas delirantes. ¡Oh! ¡rien con todas sus fuerzas, con toda su inocencia, con toda su voluntad! Risa espontánea que todo lo llena, torrente desbordado de alegría, bullicioso como una catarata, trinada como el canto del ruiseñor. Los niños viven sólo del sentimiento y á él se entregan por completo, pasando rápidamente por sus extremos, sin este intermedio de infinitas gradaciones que forma el estado habitual de las personas mayores. Su risa seca muchas veces las lágrimas, como los rayos del sol en primavera aparecen entre las nubes y secan las gotas de lluvia sobre las flores.

Hemos leído, no recordamos dónde, que un gran músico se propuso imitar esas notas alegres, y concluyó desesperado por tirar la pluma y el papel; porque no hay en el arte notas tan puras y tan vivas como las de esas almas inocentes. La dulzura y la estridencia del violin reproducen el llanto y los gemidos de dolor; pero no llegan á la risa del niño.

Esa risa se pierde como un aroma que

se evapora ó un sueño que pasa. Despues no se vuelve á reir así nunca, y se llega hasta creer imposible que se haya reido alguna vez; porque el alma se seca y se endurece mucho más que el cuerpo. Hay quien dice que los hombres son niños grandes; mas para que esta definicion sea exacta hay que añadir: sin la risa de los niños pequeños.

La sociedad, que tiene la conciencia de lo que es, no permite tampoco esa risa en los niños grandes. Sería una imprudencia ó una falta. Sólo permite reir así á los tontos ó á los locos, burlándose de los primeros y encerrando á los segundos. La reemplaza con la sonrisa, que, más que un sentimiento, es un arma que puede herir y matar, consolar y entristecer; con esa sonrisa social que es á la risa lo que la máscara al rostro y la diplomacia á la sinceridad.

En los niños no hay más que una risa: en los hombres hay tantas como afectos caben en el alma con sus infinitas combinaciones. Risa puede llamarse llanto, insulto, desprecio, horror; es decir, una frase.

V.

La frase no es tampoco el refran.

Este lleva consigo algo de la frialdad de

la experiencia; algo de la amargura y desengaño de la vida; corresponde á los pueblos viejos, y es hijo de la tradicion; se aprende y no se inventa, se hace y no nace.

El refran es una elaboracion, casi un conocimiento científico, tarda en formarse como una consecuencia y despues varía de forma hasta llegar á adquirir aquella más sencilla, más breve y más estable. Se llama ley, sentencia ó axioma; y no hay leyes ni sentencias que se improvisen. Abraza todo lo que puede ser objeto de la atencion, del estudio y de la experiencia, desde las variaciones del tiempo á las menores necesidades de la vida. Busca el modo de grabarse en la memoria, independientemente del sentimiento, con el verso, con la rima y cuando ménos con el sonsonete que tienen casi todos nuestros refranes; ó se divide en períodos y cláusulas armónicas con arreglo á leyes mnemotécnicas que existen en la inteligencia y que no han sido formuladas por nadie. Otras veces acude á la antítesis, á la comparacion, al dilema para adquirir no sólo una forma breve, sino convincente é irrefutable.

Tiene casi siempre un carácter local, como las costumbres. Las ciencias, las artes, las profesiones, las virtudes y los vicios; todo lo que es práctico, todo lo que exige re-

glas, todo lo que necesita ser aprendido, es objeto del refran, que no es en el lenguaje y en la vida más que la expresión de una ley deducida de la experiencia. Es compatible con la ignorancia y con la vulgaridad, hasta el punto de que en rigor no es más que una enseñanza adecuada al vulgo. Si se suprimieran los refranes, se quitaría á esa masa social, que apenas vive de la inteligencia, la mayor parte de sus conocimientos y de su criterio.

La desconfianza de la vejez; las marrullerías de Sancho Panza, fiel reflejo de la grosera realidad del mundo; las picardías de Guzman de Alfarache y del escudero Marcos de Obregon; la ciencia de los pastores, tomada de la vida en su primitiva rudeza; la apática observacion del labrador, alimentada por el interes; las truhanerías y probabilidades del juego, hijas de la avaricia; la comodidad y el egoismo de los solterones, se traducen en refranes con exactitud y propiedad maravillosas.

Los niños no saben refranes y hacen frases; como no saben ciencias y tienen inspiraciones, porque viven sólo del sentimiento y del instinto.

No hay refran sin que le preceda una constante observacion: se conserva una vez adquirido; los padres le transmiten á sus

hijos, y las generaciones le heredan como un tesoro y una ley del mundo; participa de la educacion natural que todas las madres dan á sus hijos; se aprende con el tiempo y con el trato.

No era Sancho, sino Cervantes, el verdadero costal de refranes, aprendidos en aquella vida aventurera de soldado y de cautivo, de estudiante y de viajero, con que pudo escribir las hazañas de Rinconete y Cortadillo. Esas cosas no las escribe ningun inocente de la vida del mundo.

El refran, como regla, como norma, como consejo, se repite hasta lo infinito, aplicándole constantemente. Se refiere á hechos constantes, y la frase á hechos extraordinarios ó grandiosos: el refran es una ley del tiempo, y la frase un momento de la historia ó de la vida.

La frase, cuando se repite, pierde por lo general su mérito y su espontaneidad, excepto cuando ha nacido para ser repetida como un eco ó como una amenaza. El *Carthago delenda* se encuentra en este caso. Pero en los demas degenera en una muletilla enojosa ó en una vulgaridad insufrible.

Los maestros rutinarios, los consejeros de aficion, las coquetas, todos los que hacen de las cosas santas y delicadas un oficio, tienen muchas de estas frases que repiten siem-

pre del mismo modo, aplicándolas con una frialdad é indiferencia que las pone al nivel del más prosáico refran. Un orador de nuestros días llegó á excitar la risa cada vez que citaba la espada de Damocles y el tonel de las Danaides.

Las frases suelen conservar el nombre de su autor y la época de su nacimiento: son demasiado importantes para perder la genealogía y la patria. En el refran se desconoce su origen, su historia, su tradicion y su autor, porque nace del tiempo y de la observacion; se forma y se elabora con la repeticion de hechos iguales, y en el descubrimiento de la relacion de causa ó efecto. Los literatos para darle cuna tienen que inventar cuentos, anécdotas y novelas ingeniosas, haciendo de este modo el padre para el hijo.

Como ley empírica le destierran y le quitan importancia el progreso y la ciencia, reemplazándole con el exacto conocimiento de los hechos y sus relaciones, y dejándole circunscrito y relegado al verdadero vulgo, que mira en él un código de la tradicion.

Ningun hombre se ha hecho una reputacion sabiendo muchos refranes, ni ha conseguido con ellos más que caer en el ridículo ó demostrar que aplica á los hechos de la vida el juicio de los demas, en vez del

propio criterio; por más que haya habido quien ha dicho que esas sentencias almacenadas son ropas hechas que no vienen bien á nadie.

Pero en cambio en nuestra sociedad hay hombres que se han hecho una reputacion, una fama, un nombre, una fortuna sólo con sus frases. Hombres talvez ignorantes, que no son ni oradores, ni escritores, ni políticos, ni banqueros, pero que saben hacer frases. Con esta llave abren todas las puertas y entran en todas partes: todo el mundo les conoce, y nadie tal vez sabe exactamente el secreto de su mérito. No citaremos ningun nombre; pero el lector los podrá señalar con el dedo. Son decidores y oportunos, y llevando sus frases estas condiciones juzgan los hechos con una vivacidad que á veces reemplaza al más profundo criterio. La inspiracion del momento da á sus palabras un mérito que no tiene la crítica meditarunda.

Estos hombres, encanto de las tertulias y oráculos en el café, abundan en todos los paises de imaginacion brillante, como España.

No; la frase no es el refran. Nace perfecta, nace completa: es Minerva brotando armada de la cabeza de Júpiter. Como el relámpago, no da tiempo para estudiarla; el que quiera corregirla, la desnaturaliza; el que quiera tocarla, la marchita.

Al contrario que el refran, nace con la naturalidad del sentimiento, con el sello de la oportunidad, con la rapidez de la impresion ó de la concepcion. No es ni regla, ni precepto, ni consejo; más que una luz es una ráfaga; más que un fuego es una chispa. No enseña tal vez, pero deslumbra; no corrige, ni advierte, pero conmueve.

Brota espontáneamente donde hay ciencia, ingenio, arte, sentimiento, como las flores donde hay sol y ambiente. Se recoge como un suspiro en la boca del moribundo á la trémula luz del crepúsculo de la vida, y toma entónces el tinte cárdeno del cadáver, ó tal vez ese resplandor misterioso que alumbra las últimas visiones de un alma flotante entre la tierra y el infinito. Se presenta como una imprecacion en la ira y en la venganza, enrojecida con vapores sangrientos; como una claridad de la inteligencia en las meditaciones del sabio; como una punzada venenosa en las horribles profundidades de la envidia; como una oracion en los labios del santo, con el nacarado reflejo de la pureza; como un delirio en los brazos de la mujer enamorada, con el fuego de la passion que brota de unos labios temblorosos ó con la ternura de una melancolía que fluye de una lánguida mirada; como un desengaño en la vejez; como una constante ilusion

en la juventud; como un deslumbramiento ante los grandes sucesos ó los maravillosos espectáculos.

Nace de todos los sentimientos llevados á lo bello y á lo sublime. ¡Oh! ¡Los niños, las madres, las mujeres, qué frases hacen! Unas al suave resplandor de la inocencia; otras al calor de su tiernísimo cariño; otras á la abrasadora luz del vértigo de la pasión. ¿Quién no las ha oído alguna vez? ¿Quién no las ha sentido penetrar en el alma? ¿Quién no las ha hecho repetir para aspirar otra vez su encanto?

VI.

Es muy difícil, á veces, sin embargo, distinguir lo que es frase, lo que es refran, lo que es figura retórica y lo que es modismo. Estos fuéron tal vez frases en el primero que los empleó, convirtiendo una licencia gramatical en una belleza; las figuras retóricas se convierten en refranes y en modismos por el uso. El "huevo de Juanelo" fué una gran frase en labios de este mecánico, y despues es un refran. "Peor es meneallo" fué otra gran frase en boca de D. Quijote; y ha venido á ser tambien un refran. Pero en esta modificacion que imprime el uso, la frase pierde su mérito, y le adquiere sólo

como oportuna cuando es aplicada convenientemente. Alguna vez, sin embargo, esta aplicacion es tan brillante que puede convertir una locucion vulgar en una frase notable.

El número de estas locuciones es infinito. Las hay tomadas de comparaciones históricas, que vivirán seguramente mientras se conozca la historia. Llamar Cides á los valientes, Nerones á los crueles, Calderones á los orgullosos, son ejemplos de este género. Hay otras tomadas de la naturaleza ó de las costumbres de los animales que gozarán de la misma perpetuidad. La blancura de la azucena, las espinas de la rosa, la ferocidad del tigre y la agilidad de la ardilla, se emplearán siempre entre poetas y prosistas, y en todo género de lenguaje como lo usaron nuestros padres y lo he nos usado nosotros.

La perpetuidad de la existencia del objeto comparado se trasnite á la existencia de la frase. Son casi iguales en todas las naciones y en todas las lenguas.

Hay otras que provienen de hechos históricos de pequeña importancia, que si bien impresionan por el momento ó en pequeño círculo, no merecen el honor de que la historia las consigne; comparaciones de localidad, de costumbres que pasan, de usos que envejecen, de edificios que se arruinan ó se

derriban, de instituciones que mueren, de objetos que se trasforman. Estas frases, que tal vez gozaron en sus días de gran esplendor, están destinadas á morir con los objetos de que tomaron origen, sobreviviéndoles si acaso con una existencia oscura é incomprendible. No hubo uno de nuestros padres que no hablara de "tirarse al canal," de alguna cosa "más alta que la torre de Santa Cruz;" y ¿quién de nuestros hijos usará estas frases, después de haberse cegado aquel y derribado ésta?

Otras del mismo origen, que se han convertido con el uso en refranes, viven con cierto sosiego, aunque sólo fuéron propias del tiempo en que nacieron y de una sociedad y unas costumbres que han dejado de existir. A nadie se le ocurriría hoy inventar la frase: "Arrieritos somos y en el camino nos encontraremos," tan propia de una época en que el principal y universal elemento de locomoción en España, para las cosas y para las personas, era el mulo del arriero, que así traía los pescados á la plaza como llevaba los estudiantes á Salamanca.

Estas frases pasaron, y sólo como figuras retóricas pueden usarse hoy. "La bien cortada pluma," se decia en aquellos tiempos de las plumas de ave en que no se habia descubierto que el acero podria servir lo mismo

para espadas y lanzas que para plumas de escribir. "Hacer una cosa por la posta" era el último límite de la velocidad, cuando para hacer un viaje á Valladolid ó Salamanca se ponía el viajero bien con Dios.

A este grupo pertenecen todas aquellas que se refieren á costumbres que han desaparecido, como la de "Morir en la plaza," y cuantas recuerdan la frecuencia de la pena de muerte, la importancia del verdugo y las penas antiguas; el precepto y axioma de la enseñanza: "La letra con sangre entra;" las fanfarronadas de nuestros antepasados, como "Sólo Madrid es córte;" y otras muchas que corresponden á sitios, edificios, fiestas y creencias que ya no existen, y que son objeto de estudios arqueológicos, por decirlo así, y motivo de eruditas notas ó comentarios en la reproduccion de las obras clásicas de nuestra literatura.

El uso, maestro despótico del lenguaje, así como en algunas concordancias rompe las leyes de la gramática, da á algunas frases una significacion exactamente contraria á la que deben tener.

Nuestra lengua abunda mucho en este género de locuciones, que podrian llamarse frases al revés: "El orden de los factores no altera el producto," quiere decir el desorden de los factores. "Qué pesada está la

la atmósfera» se dice cuando disminuye la presión barométrica. "Es un escuerzo," se dice de las personas delgadas, cuando significa hinchado como un sapo., "Hacerse la barba" por quitársela. "Le engañaron como á un chino," siendo los comerciantes chinos los que engañan á todo el mundo. "Llevar aquí un traje ó vestido," en vez de traerle, como han dicho siempre nuestros buenos hablistas. "Coger una enfermedad," siendo extraño que en lo antiguo se usase propiamente este verbo, diciendo: "Cogiéronme unas calenturas." "Meter los zapatos en la horma;" que es tan imposible como meter el horno en el pan.

Podríamos citar otras muchas, y entre ellas gran parte de las que pone Quevedo en la dedicatoria del *Cuento de cuentos*, verdadero tejido de frases populares, cuyo uso satiriza con más gracia é ingenio que profundidad gramatical ó filosófica, y que explicó profundamente Covarrubias.

Hay otras que sin ser completamente absurdas como éstas, son inexactas ante el rigor de la ciencia ó la genuina significación de las palabras. "Me fuí estático," es un absurdo, porque se une la idea de movimiento á la de quietud. "No me ha caído la lotería por un número," en vez de decir por una unidad, porque siempre deja de

caer por un número. "Ser un cero á la izquierda," recuerdo del sistema de numeracion aplicado sólo á las cantidades enteras; porque si se consideran las decimales, el cero á la izquierda cambia su valor.

El lenguaje científico es tan riguroso, que en la conversacion pierde generalmente la exactitud, en gracia de la brevedad ó la elegancia, y por esta razon abundan las locuciones viciosas en este punto.

VII.

Cuanto habla al alma es un lenguaje; y bajo este punto de vista la música es una serie de frases, porque es un idioma con palabras, interjecciones, gritos y gemidos. La italiana (ya que se admita esta division, no como género, sino como origen) es un estilo flúido; la alemana una combinacion de frases: la primera una melodía continúa; la segunda una serie de armonías. En su union hay una especie de fraternidad que se rie del exclusivismo de los apasionados, formando ese número ilimitado de combinaciones, que no se agotará jamás, porque corresponde á la infinidad de sentimientos, así como las combinaciones de palabras corresponden á la infinidad de ideas.

Si fuera posible dar al oido ó á la vista

la perspicacia necesaria para ver ó sentir el movimiento que en el aire produce una sola nota, se concebiría el poder colosal y asombroso de esa impresion en el oido y en el alma. El arco que roza el violin produce en un segundo más de 150.000 vibraciones, convulsiones vertiginosas y estremecimientos íntimos del átomo en el aire, que hieren el tímpano, originando á su vez en este órgano un movimiento de igual número de vibraciones. Esa trepidacion es tan espantosa que rompe los bronces y destruye los cuerpos más resistentes en virtud de lo que los físicos llaman el principio de la mínima accion.

Pues ahora combínese este número de vibraciones en una serie de notas, en un conjunto de instrumentos, y se tendrá idea del incalculable número de sensaciones complejas que pueden llegar al oido, á cada una de las cuales corresponde una modificacion interna.

En el alma hay tantos sentimientos como arenas en el mar: sus emociones son en número infinito como las olas. Existen dentro de nosotros mismos, á la manera de notas que no se han hecho vibrar.

La gran mayoría de los hombres muere con muchas de ellas adormecidas, como estrellas que no se han descubierto ó nebulos-

sas que no se han resuelto: como gérmenes que no han brotado en una tierra que parece estéril, y que sólo lo es porque no ha encontrado ocasion de dar plantas, ni flores. Hay almas que pasan por el mundo como el viajero dormido por un país; del mismo modo que pasaron nuestros padres sin sospechar que en la tierra que pisaban, en los metales que manejaban y en el agua que bebían, existieran amortiguados el flúido eléctrico y el vapor; elementos más poderosos que todas las groseras fuerzas mecánicas.

El precepto griego de conocerse á sí mismo encierra una inmensidad cuando se refiere á los sentimientos. El hombre descubre á veces de pronto en sí mismo algunos de que no tenía idea y cuya existencia no había sospechado. Un suceso imprevisto abre la puerta á un nuevo campo, á nuevas sendas y á nuevos horizontes; y entónces conoce que ha vivido sin conocer su propia morada; como el que descubre en su casa habitaciones que nunca había visto ó tesoros que yacían escondidos.

Las grandes conversiones y los cambios de genio y de carácter no suelen ser más que el hallazgo de estos sentimientos ignorados en el fondo del alma. San Agustin, aquel jóven disoluto y calavera encontró en un

rincon de su pecho el germen de la fe y de la grandeza de pensamientos con que asombró al mundo alejandrino. San Pablo, herido por una vision, halló tambien nuevas moradas en su alma: el mancebo que guardó las capas á los que apedreaban á San Estéban fué despues un modelo de caridad.

Y tal vez nada despierta en más breve tiempo y con más fecundidad y riqueza sentimientos nuevos que la música. Se ha dicho que sus impresiones son fugaces como el viento que las lleva; pero sucede con ellas lo que con las semillas; se arraigan donde hallan eco y se pierden donde no penetran bastante profundamente.

Las frases de la música recorren todo el diapason de los afectos del alma; tienen sobre su significacion como palabras el colorido; el calor y la luz; porque la música es el único ensayo de la escritura fonética, que comunica á la articulacion fria y muerta el acento con que sale del alma, no sólo en los individuos, sino en los pueblos; no sólo como resultado del estudio y del arte, sino como grito natural del sentimiento.

Los cánticos mortuorios y religiosos de muchos pueblos salvajés expresan tanto sentimiento como los nuestros; las canciones con que las madres duermen á los niños son y han sido casi iguales en todos los puntos

del globo. Los pueblos primitivos cantaron y los pueblos bárbaros cantan, y conservan de este modo su historia y sus tradiciones. Las demás artes servirán tan sólo para demostrar su rudeza y su atraso; pero el canto servirá siempre para dar á conocer sus sentimientos.

Las "canciones de la miseria" que entonan los fenianos de Irlanda, como un consuelo y como una amenaza, son gritos de dolor y de guerra, de angustia y de venganza. Inglaterra los ha discutido en el parlamento, en la prensa, en los clubs y en las academias. Cada uno los ha interpretado de distinto modo; para éstos han sido la debilidad de un pueblo que canta, y para aquellos una voz que llamaba á las armas. Sólo un músico dijo: "Son el Evangelio político de la Irlanda". Y acertó.

Nuestras soledades y malagueñas, nuestro estilo flamenco, son frases, nada más que frases, tan habladas como cantadas, que empiezan por excitar el sensualismo y van elevando el alma hasta desmayarla de sentimiento en la temblorosa y vibrante prolongación de las notas. Son alegres como el sol de Andalucía, y tristes como el canto en el desierto. Nacen en la tierra y terminan en el cielo. Seducen el alma con su dulzura, y sin embargo dejan en ella una melancolía

profunda, como los astros dejan detras de sí una sombra infinita. Créese oír el lamento de un esclavo que esplaya su alma en las más delirantes aspiraciones de libertad y tiene el cuerpo y la vida sujetos por una pesada cadena.

Sí; tienen esta mezcla incomprendible que no tiene ninguna otra música: son gritos de pena angustiada, de dolor cautivo, de ausencias, de soledades. Alegran y enternecen; buscan el germen de tristeza que hay en toda pasión.

No suelen cantar nunca las delicias y los triunfos del amor, sino sus celos, sus tormentos y sus dolores. Parecen escritas para atravesar los espacios y herir un alma, ó llegar al cielo y pintar una angustia. Traen á la memoria la triste suerte del cautivo en las playas africanas; del presidiario con la poesía que le da su desgracia, cuando se adivina en su cadena un arrebatado de celos ó una venganza apasionada. Tienen más sentimiento que exaltación; más melancolía que frenesí. Unas veces llegan al amor platónico:

Querer por sólo querer,
Querer como yo te quiero,
Querer sin verte ni oírte,
Ése es querer verdadero.

Otras son lúgubres como un funeral:

Al salir esta mañana
Tropecé con un entierro,
Y dije: bendita sea
La paz que gozan los muertos,
Le llevaban entre cuatro
Camino del cementerio,
Mientras que yo llevo sólo
Un cadáver en mi pecho.

Jamás tienen la alegría de la jota, el vivo movimiento de la seguidilla, ni la fogosa imagen del amor que copian casi todos nuestros cantares populares. Son un gemido perpétuo, un dolor constante.

Todas las canciones populares suelen tener profunda significación; pero como éstas creemos que no haya ninguna otra. El juicio que los extranjeros han hecho de ellas nos lo demuestra claramente.

La frase hablada se convierte en música con el tono y el compás, así se transforma de letra en nota y de palabra en canto, dejando á la voz humana el timbre, que es su personalidad. Entónces las frases tienen, por decirlo así, cierto fuero atractivo y contagioso; arrastran lo que tocan como una corriente eléctrica, y toman, como las aguas y como los vientos, las sales y perfumes por donde pasan. Después que han brotado de la voz ó del instrumento se inspiran en

el aire de los salones ó en el estrellado cielo; adquieren nuevas vibraciones en las temblorosas hojas del árbol, combinándose con su murmullo; se bañan en la pálida luz de la luna, empapándose en su melancolía; y se impregnan de encanto en los ojos de la mujer amada, llegando al alma modificadas con esas nuevas armonías y depositando allí todo su misterio.

Tal vez no rompen el silencio de la noche sino que se unen con sus misteriosos ruidos; se mezclan con su aliento, que alguna vez es sofocante hasta quemar la frente, y se combinan con sus murmullos incessantes; porque no hay nada que tenga más latidos en la quietud que la noche, ni más rumores en el silencio, ni más visiones en la soledad; así como no hay nada que tenga más luces, más resplandores, más astros y más estrellas en la oscuridad.

Es verdad que esas luces no hieren los ojos de la cara como los rayos del sol; ni esos murmullos producen un eco en los oídos como los ruidos del mundo; pero brillan y resuenan en el alma. Son

La música callada

La soledad sonora

que oía el alma en las canciones de San Juan de la Cruz, y que le llevaban al éxtasis de

un amor tan apasionado como delirante.

De este modo, uniendo y combinando todos los sentimientos, despertando cuanto duerme y cuanto habla, cuanto llora y cuanto ríe en el seno de la misteriosa naturaleza, la música establece una especie de concierto universal en que se comprende ese amor infinito de todo lo que Dios ha creado para amarse; así, el murmullo del libre río se une al del cercado bosque, aunque los separe una muralla; y el gigantesco y potente rumor del mar se une al mudo lenguaje del cielo, aunque los separe un infinito. Así, en esa inmensa y profunda vibración que todo lo conmueve, se encuentran las notas caminando unidas en un dúo, formando un acorde, prolongadas en un mismo eco, ó separadas como dos rayos que se besan y siguen su camino.

La música es un misterio y un enigma, un arte y un oráculo. Como misterio es inagotable; el alma se sumerge en sus profundidades, sin encontrar jamás el fin; y se combina con todos los demás misterios, prestándoles su encanto y su lenguaje, su armonía y sus vibraciones. Como arte se viste con todas las formas del sentimiento, penetrando en los más íntimos rincones del corazón. Como enigma y como oráculo, tiene la infinita variedad de interpretacio-

nes de cuantos la oyen, y es el prisma que colora cada sentimiento con el rayo de luz más propio.

Vive fuera de nosotros y se oye dentro. Es una serie de palabras, de ayes, de gemidos, de gritos, de estremecimientos que hacemos nuestros en cuanto entran en nuestro sér, identificándonos con ellos. Unas veces parecen esas palabras que se murmuran y esos besos que se dan al oído para que lleguen más rápida y más profundamente al alma; otras, las vibraciones que producen son ténues como el quejido de la brisa, y resuenan en el fondo del corazón como esas olas que parecen tan débiles y se rompen en la costa, produciendo el espantoso ruido de un cañonazo. Y allí forman ecos centuplicados, reflexiones infinitas.

Tal vez la música no hace más que poner de manifiesto, concentrar, dirigir y combinar, por medio de una misteriosa relación ó simpatía, los acentos, las palabras y las frases que viven adormecidas en el aire. El flúido eléctrico se desarrolla con una acción física ó química cualquiera, y despertando el poderoso agente, alma del mundo, que existe amortiguado en los cuerpos, da origen á esos fenómenos asombrosos de luz, de calor, de fuerza y movimiento. La vibración de un átomo electrizado conmueve

todos los flúidos imponderables. Tal vez las notas existen del mismo modo en el aire, como frases que hablan en lenguaje propio á cada pasion y á cada sentimiento.

Ello es que sin este plano de prueba que las excite, hay frases que el alma oye con frecuencia dentro de sí misma; frases que ningun labio pronuncia, que no resuenan como los demas sonidos y que no se sabe de dónde vienen; frases sin rumor y sin vibracion aérea, que entran en esa categoría insondable de las cosas que no se sabe cómo se llaman, de las cosas sin nombre.

Y estas frases, como esas cosas, son todas celestiales ó infernales; jamás tienen término medio. Participan de la "Obra sin nombre" de las brujas del Macbeth alrededor de la caldera de los conjuros; del espanto del "Príncipe sin nombre," de Campoamor; de la profética vision de San Juan, al presentársele aquella aparicion con ropas teñidas de sangre y "cuyo nombre nadie sabe," seguida de los caballos y ginetes cubiertos de finísimo lino blanco; de los sueños y delirios inefables que embriagan el alma con la "luz sin nombre" de las regiones celestiales.

Hay quien ha dicho que la música es hija del cielo; hay quien ha dicho que es un eco del alma universal que nos habla y nos conmueve; hay tambien quien ha dicho

que es el único lenguaje del arte, que rompe los límites de nuestra vida terrena y recorre los ámbitos del universo, subiendo al trono del Creador. Tal vez todo eso sea cierto.

Esa gran idea de la adoracion universal, del concierto y armonía de los mundos, de la música de las esferas, de ese culto asombroso y delirante, que aparece como un vago presentimiento en la filosofía antigua, que se descubre como una conviccion en las profundidades metafísicas de San Pablo, y como una adoracion en el *Te Deum*; y se siente como una grandiosa revelacion en el Apocalipsis; esa idea, que llena el universo de altares y de misterios, de sacrificios y adoraciones, tiene su reflejo y su realidad dentro del alma humana.

Sí; el alma es un mundo de creencias y de confesiones: debe tener dentro de sí misma muchos altares en que jurar y en que adorar, en que tributar culto y rendir homenaje, porque hay una obligacion escrita en un código divino de adorar todo lo bueno, lo bello y lo santo. No entraremos aquí á examinar con los filósofos y moralistas si eso es una predisposicion natural é innata ó una adquisicion; si es un acto nuestro ó un precepto ineludible, escrito por un poder supremo: lo cierto es que el alma es una es-

pecie de templo donde se rinde culto á la bondad y á la belleza, y que es preciso reconocer y venerar ese culto como un bien lleno de encanto.

Si hubiese algun hombre completamente privado del conocimiento de ese culto sería un sér muy digno de lástima; porque estaría privado tambien del íntimo placer que encierran esas adoraciones, semejantes en su efecto á la música del templo, que se hace para Dios y nos encanta á nosotros; que sube al cielo como un tributo é inunda el alma con sus armonías. Toda adoracion á la bondad y á la belleza parece que lleva en su fondo una purísima y providencial recompensa, que da claridad y calma al pecho de que brota.

Todos los sentimientos nobles y perfectos suelen tener tambien este carácter. Son flores que perfuman el aire y reciben á su vez de él luz y vida. Son contactos en que se comunican los encantos. Parece que en el mundo moral hay tambien esa doble y grandiosa circulacion del mundo físico, que desprende los vapores de la tierra como grata respiracion, los eleva en la atmósfera formando bellísimas nubes, y luégo los hace descender en lluvia que riega los campos y en gotas de rocío que esmaltan las flores. La evaporacion calma la anhelante sed de la at-

mósfera, y esta la abrasadora sequedad de la tierra: ¡movimiento y misterio infinito de la creacion!

La religion sube como un homenaje al cielo, y desciende al alma desde allí como un beneficio: los vínculos generosos de las almas son resplandores inefables que pasan de una á otra, reflejándose hasta al infinito como la luz en los espejos paralelos: cada rayo devuelve su claridad y su imágen. El amor perfecto, el cariño de los padres y los hijos ofrecen este espectáculo. Son deberes que encierran infinitos placeres; porque las almas no se aproximan jamás, no se acercan, ni se unen en un sentimiento noble sin que brote de su contacto un placer profundísimo, una vibracion celestial.

Y en todo esto hay un lenguaje, porque lenguaje es todo lo que sirve para comunicar las ideas y los sentimientos, todo lo que establece, mantiene y explica estos vínculos. Unas veces se compone de palabras, otras de notas; unas de suspiros, otras de lágrimas. Palabras y notas que son concentradas y premiosas en las pasiones miserables, expansivas en las nobles y santas; frias como la serpiente ó incoercibles como los gases. Suspiros y lágrimas que reemplazan á las palabras, cuando el exceso de sentimiento domina la voluntad y la impo-

sibilita para expresar lo que se siente.

Así como la literatura, según hemos visto, busca al hombre en cualquier nación y en cualquier tiempo, para retratarle, la música busca también los afectos del alma en cualquier siglo y en cualquier pueblo. Meyerbeer los interpreta en medio de la exuberante naturaleza tropical en la *Africana*, y en el fondo de las luchas del fanatismo en los *Hugonotes*; Rossini los copia en los antiguos imperios asiáticos con la riqueza de *Semíramis*, en Suiza, con el patriotismo de *Guillermo*, y en España con la variedad del *Barbero*; porque donde vaya el hombre van con él sus sentimientos.

Si fuera posible descender á una comparación minuciosa entre arte y arte, entre música y literatura, ¡cuántas semejanzas podríamos encontrar! Rossini escribe cláusulas, períodos redondos, entusiastas ó burlescos, con toda la entonación del orador y la delicadeza ó sentimiento del poeta: la palabra desaparece en el período, y la frase en el estilo. Rossini es el Zorrilla de la música. Así como de Haydn se ha dicho que es el Lope de Vega por su fecundidad y fluidez, y de Palestrina que es el Voltaire, podríamos decir también que Meyerbeer es el Calderón del arte divino. La gran verdad de las armonías del autor del *Ro-*

berto, la *Africana* y los *Hugonotes*, el carácter local y profundo de sus armonías se asemejan á la realidad descriptiva de Calderon en los dramas del alma. La *Vida es sueño* y el *Tetrarca de Jerusalem* adquiririan más fuerza de luz representados al oido por la robusta inspiracion de Meyerbeer. La entonacion de Nelusko conviene muchas veces á Segismundo. *La devocion de la cruz* hallaria un eco perfecto en los *Hugonotes*. Aquel fantástico y delirante baile de Dinorah con su propia sombra, en un momento de locura, cortado por el coro religioso á Santa María del Perdon, recuerda siempre á nuestro poeta, limitando la locura de sus héroes ante el sentimiento católico; á Segismundo ante Dios y á Justina ante la Virgen.

Si se pusieran en música las canciones de San Juan de la Cruz habria que acudir á Gounod, el autor del *Ave María* y del *Himno á Santa Cecilia*, tierno, amoroso, inspirado por una religion que encierra esos delirios de amor y de poesía; á Gounod, que concibiendo de ese modo el amor divino, concibe tambien el diablo en el *Fausto*, asemejándose en uno y otro extremo á nuestros grandes místicos del siglo xvi, que vivian entre el éxtasis erótico y el horror al demonio.

Las armonías y cantares de Aguilera ha-

llarian un fiel intérprete en la delicadeza de Beethoven; los poéticos ecos de la flor del Zurguen y de las pastoras del Tormes, de Melendez, en Mendhelson, y la riqueza y animado movimiento de Mozart interpretarían á Moreto y á Breton.

La música de Lecoq empeñado en deducir del estilo bufo armonías sentimentales, y en aplicar el cancan á escenas tiernas de la vida, tiene algo de Quevedo, pretendiendo ser moralista con los retruécanos, y explicar á veces conceptos filosóficos con chistes desvergonzados. Otras veces hemos dicho que en el fondo de lo bufo habia un gran principio de donde deducir la moral; pero este trabajo no es para el vulgo que quiere le presenten las verdades sin máscara. El análisis del contraste, la lágrima que se sepulta tras una risa, la belleza oculta entre la hojarasca y la deformidad, son hallazgos que sólo se encuentran despues de una investigacion que rechaza la inteligencia popular. No hay nada más delicado para corregir ó enseñar que la caricatura y la ironía. La mayor parte de las veces produce un efecto contraproducente.

Pero esta comparacion que hemos hecho sólo puede existir dentro de ciertos límites, porque la música es respecto de nosotros una impresion y un sentimiento, y no puede ser

un juicio y una referencia; no puede crear un tipo dentro del alma, es sintomática en cuanto expresa sólo atectos; pero no seres ideales. El *Quijote* no se pondrá jamás en música con propiedad.

El noble hidalgo es un héroe más real, más humano que todos los demás; y sin embargo su vida es tan interior, que no hay medio de exteriorizarle por medio de la música. D. Quijote y Sancho viven y hablan dentro de nosotros: son una interpretación nuestra. Cervantes no los ha dejado en el mundo como un espectáculo, sino que los ha introducido dentro de nuestro espíritu.

La música no podría expresar nunca la contradicción entre el pensamiento de Don Quijote y sus aventuras: no tendría para hacerlo punto de vista, ni campo en que moverse. En medio de su idealismo se refiere á actos, á expresiones, y no le es posible representar lo que al exteriorizarse se convierte en la oposición y contrariedad de su origen.

Macbeth y Fausto viven entre brujas y diablos, entre monstruosidades y prodigios, que dentro del drama tienen una existencia real. En la ingeniosa creación de Cervantes no hay nada de esto: los brujos y los magos, los encantadores y los encantos viven como viven en el mundo, sólo en una imagina-

cion extraviada; sólo como una ilusion hija de la locura en el héroe manchego, así como son en la sociedad una ilusion hija de la supersticion y la ignorancia.

Al seguir á Macbeth y á Fausto hay que creer en los conjuros y en las visiones, en los espectros y en las selvas que se mueven, en las transfiguraciones y en la personalidad de Satanás; pero siguiendo al héroe de Cervantes, el lector no cree en nada de esto: los encantadores son un delirio. Como sucede en el mundo, esos hechos que inspiran el terror y la supersticion, las creencias y explicaciones embrujadas, suelen ser los hechos más vulgares y risibles. Un molino de viento es un gigante, como una sombra una fantasma; una venta es un castillo, como unos monederos falsos son unos duendes; un bataan es una aventura encantada como un perro arrastrando una cacerola es el diablo suelto en una poblacion; Clavileño es un bruto fantástico, como un mago de los salones ó un taumaturgo en el teatro es un jugador de manos.

No; la música no puede hacer lo que Cervantes llevando á su héroe por los espacios más imaginarios y dejando al lector quieto en la tierra. Es ineficaz para eso.

CAPITULO II.

LA FRASE EN RELIGION.

I.

No se puede hablar sólo con frases, como no se puede hacer un manto sólo con perlas.

Unicamente Dios, los santos y los profetas, han hablado constantemente por frases; porque en ellos cada palabra es un mandamiento ó una revelacion; una confesion ó una ley. Sólo Dios puede decir: *Fiat lux*, extendiendo la mano en el cáos, y haciendo brotar de ella las chispas y fulgores del esplendor que alumbra los mundos.

Todas las religiones tienen en sus dogmas y en sus libros grandes frases, que responden al carácter de los pueblos y de los tiempos; severas como el culto judáico en el Talmud, delirantes como la poesía árabe en el Coran. Pero en la religion cristiana abundan como en ninguna otra. La Biblia está llena: en el antiguo Testamento, con el asombroso poderío de Jehová, con la grandeza de Moisés, la sabiduría de Salomon y la inspiracion de David; en el nuevo, con la dulzura penetrante de Jesu-

cristo, la sencilla pero enérgica fe de sus discípulos y la poderosa entonación de San Pablo; delirantes en el Apocalipsis, como las misteriosas visiones del profeta de Patmos, ante cuyos sueños se rompen los velos del porvenir y la cubierta de los cielos.

Los comentaristas y hermenéuticos vulgares llevan diez y nueve siglos dándoles tormento y explicándolas en miles de volúmenes. Se ha dicho que los libros impresos sobre religion, puestos en fila, llegarían á la luna. ¡Y no llegan á una frase! Porque Dios está más lejos de muchos de esos comentarios indigestos ó pueriles, que la luna de la tierra.

Puede decirse que la religion cristiana está fundada en una sola frase, en la frase que anunció la Encarnacion, que es la última fórmula del progreso moral, social, político y científico.

La frase "Hijo de Dios" es la más grandiosa, la más eficaz, la más revolucionaria que han oído los hombres desde el principio del mundo. No pueden volver á oír otra igual, porque no puede haber una nueva religion que realice mayor progreso. Si en los incógnitos destinos del mundo está escrito que haya de haber una nueva redencion, no vendrá como en la predicacion de Judea, á destruir la ley antigua,

sino precisamente á ampliar la doctrina del Gólgota.

La filosofía antigua no habia podido descubrir la relacion que une á Dios y al hombre; y de esta ignorancia provinieron casi todos sus errores. Lo infinito y lo finito, lo absoluto y lo contingente, lo eterno y lo humano, eran en ella términos contradictorios que se repugnaban siempre.

El Oriente tiene, á pesar de la diversidad de doctrinas de sus grandes pueblos, un carácter comun, una propension constante á la unidad, y como consecuencia, al estacionamiento, que se manifiesta en la ciencia por su union indisoluble con la religion; en filosofía, por el panteísmo; en la vida social, por las castas, y en política, por el absolutismo.

Grecia protestó contra ese cúmulo de tiranías; y estableció en religion y en política, en ciencias y en artes, la anarquía. Al quietismo, sustituyó el desbordamiento, el vértigo de la actividad; al silencio tenebroso del templo, la verbosidad; á la sombría concepcion del todo, la luz que penetra en todas partes y aísla los objetos y las ideas; la repulsion, el individualismo que destruye los vínculos y rompe los sistemas.

El Oriente, conteniendo tal vez los gérmenes de toda la civilizacion posible, so-

foca el progreso con el panteísmo; mientras Grecia le impulsa primero y le detiene después con el extravío de todos sus elementos: allí la inmutable roca y aquí la disgregada arena; allí la concentración, aquí la radiación; allí la unidad total, aquí el atomismo; allí Brahma, aquí la mitología. Ninguno de estos elementos podía ser base del progreso.

Uno y otro extremo desaparecen ante el Cristianismo, que establece el principio dinámico, el movimiento en la idea, en el ser, en la doctrina; que crea, no el exagerado individualismo, sino la personalidad completa, inteligente, activa, responsable, que hace, según una bella frase, bajar á Dios del cielo y subir al hombre desde la tierra; que concibe la relación espiritual y la ley física, sin más vínculo que la subordinación necesaria de causa y efecto, principio único de la ciencia.

El panteísmo asiático, absorbiendo en la unidad tenebrosa de Dios, al mundo y al hombre, negaba á éste la personalidad, y al mundo la existencia individual con sus caracteres físicos. Grecia predicó el individualismo que podía prescindir de Dios, y llegó á negar su existencia; y en cuanto á los panteístas griegos, se diferenciaron de los orientales en que ponían el universo y

la materia sobre Dios; no confundían, como el Asia, el mundo en el seno de Dios, sino á Dios en el seno del universo, haciéndole muchas veces parte del mismo universo. La filosofía alejandrina ideó un misticismo ineficaz, en que Dios y el mundo, y Dios y el hombre, estaban unidos por una serie de ángeles ó demonios, ó por una porción de influencias mágicas ó supersticiosas. No se había conseguido, pues, dar á Dios el atributo de infinito, sino deprimiendo y achicando al hombre; no se había sabido elevar y libertar al hombre, sino deprimiendo y achicando la idea de Dios.

El cristianismo vino á fijar esta relación simbolizada en el Hombre-Dios, que es el principio filosófico más grande, más fecundo que ha conocido la historia; la idea más sublime de toda la filosofía, el fundamento indestructible de todas las creencias modernas y la base de una nueva ciencia cuyo progreso puede llamarse infinito.

Esta frase tan santa como revolucionaria, tan misteriosa como eficaz, no fué tal vez comprendida rigurosamente en los primeros tiempos en que resonó en el mundo. Penetró en los corazones y en la imaginación, más que en el entendimiento. Deslumbró como un relámpago, hirió como una luz.

El cristianismo en sus primeros días tuvo mucho de secta mística, fantástica y misteriosa; vivió, como todas las asociaciones secretas y perseguidas, con los atractivos que para la imaginación tienen las iniciaciones, las ceremonias, los símbolos y los misterios. Las reuniones á deshora y en sitios solitarios, y tal vez abandonados por la leyenda ó la superstición; la inteligencia por medio de miradas ó de signos íntimos, la comunicación espiritual, la unidad de pensamiento, refiriéndose siempre á cosas superterrenales, daban á esta religión un carácter que, lleno de encanto para los fieles, justificaba el nombre de religión fantástica con que la distinguieron los alejandrinos.

Estos, en general, y especialmente los gnósticos, tomaron del cristianismo la parte misteriosa, y sobre ella fundaron su doctrina, ayudando así poderosamente á las alucinaciones, los éxtasis, las previsiones y prodigios, que como toda enfermedad moral, son mucho más contagiosos que las enfermedades corporales. Por esta razón, las mujeres, sobre todo las que habían recibido la educación griega, tuvieron entre los alejandrinos una poderosa influencia y extremaron las opiniones y la lucha desde las dignidades sacerdotales y las cátedras de

filosofía. La historia conserva los nombres de muchas de estas mujeres, algunas de las cuales descendieron de la cátedra del paganismo para subir al altar del martirio.

Por otra parte, la semilla del Evangelio producía en las almas efectos muy distintos. Había creyentes inconscientes que, sin saber la doctrina, se dejaban arrastrar por una especie de delirio, por algo oculto que les seducía; sectarios ilusos "deslumbrados ó fascinados por la nueva verdad, cuyo alcance vislumbraban sin comprenderle;" cristianos que eran, según la frase de un sabio cardenal, "Como mulos atados á la puerta de una iglesia," y que se sacrificaban al sólo nombre del Maestro, con una fe ciega é incomprensible; alucinaciones y arrobamientos producidos por la adoración á Aquél que era todo amor; relámpagos de fe, conversiones instantáneas, contagios imprevistos ante los mártires; terrores íntimos en el seno de las familias y en los cariños más profundos, al contemplar la propagación de la nueva doctrina, que arrebató los parientes y los amigos, que rompía los más sagrados vínculos y separaba en el tormento, en los calabozos y en el patíbulo á los padres de los hijos.

Todo esto, unido al efecto necesario de aquel continuo espectáculo de víctimas, de

tormentos y de sangre; á la distinta, pero siempre prodigiosa impresion que causaban la incomprendible abnegacion y las contestaciones de los mártires, habia de engendrar, por necesidad, el asombro, el terror, la desesperacion, el deseo de venganza en unos, la duda en otros, la exacerbacion de todas las pasiones, un estado febril, una sociedad calenturienta, un pueblo de poseidos, de endemoniados, de víctimas y de verdugos.

¿Quién será capaz de describir el efecto de la palabra cristiana, que cayó en la sociedad como la pequeña simiente que se deposita en la tierra, y que adquiriendo fuerza y desarrollo, rompe su cárcel, separa las piedras, abre y conmueve el terreno y cambia en breve espacio la faz del suelo, extendiendo en secreto sus ocultas raíces? ¿Quién podrá pintar aquella conmocion, aquella agonía, que justificó la frase lanzada en las orgías y bacanales de las fiestas paganas, de que el mundo estaba loco?

Cuantos esfuerzos se han hecho para conseguirlo desde la suposicion de la locura de la cruz, hasta las perturbaciones nerviosas á que han acudido los materialistas modernos, no han podido dar todavía á conocer aquel estado de fermentacion de una sociedad que luchaba consigo misma, declarándose

impotente con toda su grandiosa fuerza, ante la sencilla palabra de un hombre muerto hacía mucho tiempo en el suplicio más ignominioso, y en el lejano rincón de un pueblo despreciado.

Aquel espectáculo fué, sin embargo, nada más que el primer acto, el efecto inmediato de esa frase tan revolucionaria: ¡Hijo de Dios!

Comprender bien esta frase, es adquirir la noción perfecta de la religion cristiana. El hombre debe buscar en sí mismo su reflejo y su traduccion; debe tener su encarnacion especial, y ser hombre y ángel, así como Dios fué Dios y hombre; debe comprender en una sola fórmula lo divino y lo humano; dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios; porque renegar del mundo, en que hemos sido puestos para algo, es oponerse á los designios de la creacion, y renegar del cielo en que hemos de llevar la vista, es oponerse á nuestro origen. Los delirios místicos atropellan esa frase, lo mismo que las pasiones humanas.

II.

El cristianismo, influencia viva, ciega é incomprendible en los tiempos de la predicacion apostólica, en que los convertidos apé-

nas conocian la doctrina, pero se sentian arrastrados por una fuerza desconocida;—locura, tal vez, en los tiempos de la persecucion y de los mártires, que iban al patíbulo y á la hoguera, al tormento y al circo, llevados por un contagio espiritual;—doctrina dialéctica en Alejandria luchando con la filosofía pagana;—consuelo y refugio en solitaria ermita ó triste celda ante los bárbaros;—móvil del entusiasmo guerrero contra los árabes;—flor sentida y no comprendida en la Edad Media; arma de los fanáticos, idealismo de los caballeros y esperanza de la mujer;—civilizador del mundo desde el papado y escudo de los abusos del poder temporal;—pretexto de la reaccion, de la tiranía y de las persecuciones, y al mismo tiempo esperanza, consuelo y bandera de los pueblos;—grandioso en San Agustin; escolástico en Santo Tomás; amorosísimo en Santa Teresa; tierno en San Juan de la Cruz; elevado y persuasivo en Fray Luis de Granada; apacible y sereno en Fray Luis de Leon; severo en Bossuet; accesible y social en Fenelon; protector de las artes y las ciencias en Leon X;—feroz en manos de los inquisidores y en las guerras religiosas de Alemania;—tenebroso con Felipe II; y sangriento con los hugonotes; heróico en las misiones y temible en el con-

fesionario;—mezclado con groseras supersticiones en el vulgo ignorante y con delirios y extravíos en las inteligencias superiores—redentor de cautivos; asilo de las grandes desgracias de la vida y remedio al suicidio, —condenando unas veces los descubrimientos de las ciencias y pidiéndolas otras las pruebas de su verdad;—asustado ante todo progreso y bendiciéndole despues:—el cristianismo, decimos, ha sufrido el reflejo de los hombres y de los tiempos en su historia humana, y no ha penetrado todavía lo bastante en lo íntimo de la sociedad.

Diez y nueve siglos no nos han dado todavía una nocion perfecta. Es tan grande y tan sublime la palabra sembrada en el rincon de la Judea, que aún no ha germinado lo bastante, ni ha penetrado lo suficiente en el corazon y en la cabeza de los hombres, ni en el espíritu de la sociedad. Por fortuna caminamos cada día más rápidamente con arreglo á la ley física del movimiento acelerado, porque llevamos la velocidad adquirida. Pero todavía somos un rincon del mundo los que vamos interpretando esa doctrina.

El cristianismo es más que una creencia y una doctrina; es una influencia viva, que cambia el modo de sér de las sociedades y de los pueblos. No se le puede encerrar

en una fórmula, en un decreto, en una definición, con palabras inalterables; no es posible enfrenarle en el criterio de un siglo y mucho ménos en el de una persona, porque está por cima de todos los siglos y de todas las personas. El orgullo humano ha querido someterle á las pasajeras ideas de una época, y no ha conseguido como justo castigo más que ese horror de las guerras religiosas que han ensangretado estérilmente la tierra, muriendo los hombres á millares sin saber porqué morían, y sin llevar en su corazón más que ódios y rencores. Así se han querido imponer sus fórmulas por medio de la fuerza y de la sangre, cuando su Creador las impuso todas con la dulzura de su palabra.

La sociedad no podrá ya ménos de ser cristiana; no se concibe su existencia fuera de esta religion, en cuyo seno se ha verificado el inmenso progreso de nuestros tiempos: el conocimiento íntimo del mundo material y la perfeccion moral á que vamos caminando.

Si alguna duda nos quedara, bastaria observar que en el fondo del cristianismo hay un vírus venenoso y deletéreo para todo lo que no sean sus santas máximas. Destruye, corroe, aniquila cuanto se pone á su lado y en contacto suyo. No hay que dejar penetrar más que un átomo en un pueblo, y le

transforma. Es un poder atractivo y destructor, que no ha tenido semejante en el mundo. Mata todo lo que no es él, como la luz mata la oscuridad. Para los grandes creyentes esto es un milagro; para los filósofos es una prueba de su superioridad. En el mundo moral se está reproduciendo siempre el espectáculo de los bárbaros, conquistando y destruyendo los reinos cristianos y recibiendo su doctrina. Donde vayan nuestras armas y nuestras ciencias, nuestros soldados y nuestros sabios, vencedores ó vencidos, dejarán esa semilla, que progresará por sí sola, sin que haya presiones capaces de detener su desarrollo. Como la influencia atmosférica se siente toda entera por el orificio capilar del barómetro; como produce su efecto sin que el hombre pueda evitarla, aún encerrándose entre gruesas paredes y formándose un aire artificial, el cristianismo obra insensible é incontrastablemente, ejerciendo su presión sobre el alma, sobre los sentimientos, sobre la conciencia de los pueblos. En el conjunto de las razas y de las naciones se verifica hoy aquella misma presión, aquel mismo contagio de sus primeros tiempos en el reducido espacio de Grecia y de Roma. Si entónces se aterraban los hombres ante las conversiones, hoy pueden aterrarse los pueblos ante sus progresos.

Si desapareciera del mundo, á pesar de lo que creen los deistas, enemigos de las religiones positivas, volveríamos á la idolatría, al paganismo, al sin número de dioses de Grecia y de Roma, á la alquímia, á la mágia, á las brujas, fantasmas y ciencias ocultas, á cuantos errores han tenido los pueblos que no han conocido esta doctrina ó que no pudieron comprenderla en toda su intensidad y en toda su belleza.

A medida que pasa el tiempo y que los siglos le confirman, se van poniendo más claros los términos del dilema en que se mueve la historia: ó barbarie ó cristianismo; ó muerte ó progreso; ó Africa con sus horrores y su miseria, ó Europa con su luz; ó Turquía con su podredumbre y sus temores, ó los pueblos que viven con la esperanza escrita en sus dogmas; ó las razas bárbaras con su repugnante grosería y su esclavitud; ó las razas civilizadas, que podrán tener delirios y extravíos, que el cristianismo curará.

La duda no es posible. Sólo algunos hombres de poca fe y débil inteligencia han podido preguntarse ante ciertos delirios, dignos de lástima, si el hombre era indigno de la civilización, y si su maldad le llevaría de nuevo á la barbarie. Las extravagancias y las locuras, hijas de la libertad, son solas

mente pequeños escollos del camino, que no pueden resistir el peso abrumador de la organizacion social. Si no los hubiera, el mundo sería perfecto, lo que no puede ser. Vivir, lo mismo individual que colectivamente, es luchar y triunfar; y si el hombre como la sociedad hubiesen de ser santos, desde luégo el mundo moral sería imposible, tal como ha sido hecho. Por otra parte, ¿qué peligro de la sociedad moderna puede compararse al menor de los tiempos antiguos? ¿Qué tormentas pueden amenazar-nos semejantes á las que el hombre ha pasado en tantos siglos de horrores?—La civilizacion, como la lanza de Aquiles, cura las heridas que hace.

El cristianismo triunfará, porque en su seno contiene el gérmen de todos los progresos posibles, tanto en el espíritu como en la materia; porque permite recorrer la escala desde el hombre al ángel, y porque segun la bella frase del apóstol, Dios ha entregado "el mundo á las disputas y controversias de los hombres." En su seno caben todas las perfecciones y bellezas de la materia y todas las elucubraciones del espíritu; única religion en que se desarrollan á la par el *kosmos* y el *psiquis* de los griegos. Hasta ahora la mayor parte de los sistemas y de las doctrinas no han sido más que verdades

incompletas, puntos de vista singulares, que no han alcanzado todavía el elevado criterio con que deben mirarse desde el cristianismo.

III.

Nuestras grandes oraciones son frases. El Padre Nuestro, modelo de oraciones, no es más que la reunion de siete frases que un hijo Santo dirige á su Padre, Santo tambien. Siete frases perfectas de amor, de respeto y de sumision. Toda la doctrina cristiana; todas las relaciones entre el cielo y la tierra; todas las confesiones religiosas; la grandeza y bondad de Dios; la dignidad del hombre, su libertad moral; la fe, la esperanza y la caridad; todo está encerrado en esas siete frases, que parecen las siete llaves misteriosas del arca de las creencias. ¡Oh! ¡Bellísima expresion la de aquel catecúmeno, que queriendo decir que era cristiano, exclamó: ¡Mi religion es la del Padre Nuestro!

Las Bienaventuranzas son frases de amor que brotaron como consuelos á un pueblo desgraciado, en el sermón de la Montaña: flores del cielo, cuyo desconocido y balsámico perfume caía sobre unas almas sedien-

tas de esa paz que los judíos sólo comprendieron en lontananza.

La Salve es una serie de frases, que son otros tantos gemidos de un alma sensible y atribulada, como la del monje que la escribió; suspiro eterno y constante de la humanidad. No tiene la grandeza del Padre Nuestro; pero es, ha sido y será la oración que brota de los labios en las grandes crisis de la vida; la oración humana por excelencia; la oración con que el tierno espíritu de la mujer cristiana resume sus súplicas y sus dolores, sus esperanzas y sus recuerdos, sus angustias y sus misterios; formándose con su rezo un coro universal, que sube al cielo desde todos los ámbitos de la tierra, como una aspiración, como un gemido, como una adoración llena de ternura y sentimiento.

El Credo, ese símbolo magestuoso en que expresan su fe, su unidad y su eterno vínculo los Apóstoles, ántes de separarse y esparcirse por el mundo, no es más que una colección de frases que fueron saliendo, una por una, de los labios de cada discípulo, como juramentos en que ponían su vida.

Los mismos enemigos del cristianismo han mirado con cierto respeto el Credo; porque cada frase de esas, era en el porve-

nir un martirio, cada letra una gota de sangre!

No hay frases que hayan presenciado más tormentos, ni más suplicios, porque salían de la boca de los mártires con el extertor de la muerte, y penetraban en el alma de los mismos verdugos, arrastrándoles á su vez al cadalso. Respiraban el contagio de la persecucion y del martirio. Llevaban en su aliento un gérmen misterioso, que trastornaba las cabezas y esclavizaba las almas. Eran el principio de la locura de la cruz.

En nuestros tiempos, el Credo ha conservado tan horrible tradicion, y sus frases han sido las últimas que pronunciaban los reos de muerte. Decir el credo, equivalia á perder la vida. En los horribles anales de la pena capital, el Credo era el horror de las víctimas, y la Salve su esperanza.

La historia ha dado á cada una de estas oraciones su mision en el mundo. El Padre Nuestro es la voz de la inteligencia, y la Salve la del sentimiento: el Credo es una confesion. Esta costumbre latina de llamar las cosas con la primera palabra, tiene aquí una realidad misteriosa: *Pater Noster*, reconocimiento del Dios Creador; *Salve*, saludo cariñoso; *Credo*, declaracion religiosa. Respeto, amor y creencia; trilogía que cor-

responde á la trinidad de las facultades del alma.

Así como el Credo trae á la memoria todos los horrores de la crueldad humana, las angustias del reo y los misterios del patíbulo; la Salve hiera la imaginación con otro género de recuerdos, llenos de encanto y de poesía. Es la plegaria que se oye en el solitario templo, fuera de las horas de concurrencia, cuando alguna mujer llena de fe, se arrodilla para pedir por su hijo ó por su amante. Es la palabra que con medroso corazón pronunciaba el valiente caballero, descubriéndose á deshora de la noche, ante aquellas imágenes que había en las calles, alumbradas por macilenta luz. Porque, como súplica dirigida á una Madre, cabe en todas las situaciones de la vida, y toma parte en todos los actos en que se interesa el sentimiento.

Los poetas, impresionados por su ternura, han tratado de ponerla en verso; pero sus esfuerzos han sido infructuosos, porque la rima y el metro han destruido su belleza en vez de aumentarla (1).

Cada frase de estas que hemos citado, brilla con su color propio, como cada faceta

(1) Creemos que de estos ensayos, es el mejor el de D. Angel María Terradillos.

del diamante, en ráfagas aisladas que forman todos los colores del iris. Cada una lleva su acompañamiento y su escena propia. El "No matarás," resonó entre los truenos y misterios asombrosos del Sinaí; las Siete Palabras brotaron entre las angustias de la muerte, la oscuridad tenebrosa del cielo y el temblor de la tierra estremecida de espanto, que parecía retroceder fuera de su asiento ante aquel lúgubre cadalso; las Bienaventuranzas entre las aromáticas flores de los valles de Judea y la fresca brisa de la Montaña. Porque estas frases necesitaban tales decoraciones, en que tomaran parte el cielo y la tierra.

IV.

Las oraciones de la Iglesia católica, consagradas por el uso y la tradición, son también conjuntos de frases con que se ha ido enriqueciendo el culto.

La Letanía de la Virgen, bellísima sarta de perlas, es un torrente de frases delirantes, de tiernísimas adoraciones, depositadas á los piés del tipo más ideal y perfecto que ha podido concebir, no ya la imaginación, sino el sentimiento humano. No hay ofrenda de flores que tenga sus matices, su aroma

y su encanto. Es un himno de perfumes, de idealismos, de purísimo amor; un homenaje de delirios.

El *Dies iræ* es también un conjunto de frases, pero espantosas: gritos del otro mundo, lamentos de condenados, temblores del alma, horrores y sueños de la conciencia! Es el Sinaí del juicio, bajo un cielo sombrío, cruzado de sulfúreas exhalaciones. Parece un respiradero del infierno por donde salen sus gritos y quejidos, acompañados de la monótona consonancia del verso latino, como el eco incesante de un dolor prolongado. No es una oración, porque es una serie de maldiciones; no es un rezo, porque es un espanto: es el delirio de un reo. Es un cúmulo de imágenes horribles, aglomeradas con ese propósito de hacer de la muerte una tragedia espantosa para asustar á las almas timoratas; el retroceso del Dios del Evangelio al Dios de los hebreos; del Dios de paz, de amor y de dulzura, que predicó las Bienaventuranzas, al Dios que amenazaba con su diestra á los hombres de generación en generación; el resplandor rojizo del infierno arrojado sobre la blanca luz de la religión de los mártires. Su tremebundo eco en el templo, rodea el alma de sombras y de abismos, hace temblar los altares de la Redención y cubre la

dulcísima faz de la Virgen con el humo de la carne y de la sangre!

La sociedad, la vida, el progreso, miran con horror esa espantosa decoracion de la muerte; detras de ella no queda más que la vida salvaje del ermitaño, la vida grosera y estéril del trapense, demandando siempre piedad!

El *Miserere* es el alma humillada, y el *Te-Deum*, el alma que se esplaya en cánticos de adoracion. Las frases del primero se arrastran de rodillas, con la faz en tierra, pronunciando el *Dele iniquitatem meam*; mientras las del segundo recorren el universo visible é invisible, buscando ángeles, querubines, profetas, mártires, astros y cielos que canten alabanzas. Es la grandiosa letanía del Dios Omnipotente.

El *Veni Creator* es una súplica del alma llena de fe, y el *Ave maris stella* es un eco en que se confunden la Salve y la Letanía.

El *Stabat Mater* es y será la oracion de sentimiento, la oracion dramática de la Iglesia; su fondo es trágico y su dolor sublime. Sus estrofas son otros tantos gemidos, adoraciones y meditaciones con intervalos de pavoroso silencio.

Así como la Salve, el *Stabat Mater* ha sido tema de inspiradas poesías en castellano,

algunas de indisputable mérito. Zorrilla le ha embellecido con su fantasía en su inspiración "Al pié de la Cruz;" así como ha puesto de relieve el horror del *Dies iræ*, en el "Día sin sol." También los más distinguidos maestros han buscado un motivo de inspiración en los "Dolores de la Virgen," tan dramáticamente traducidos en notas por Rossini, que ha hecho olvidar á todos los demas.

Las oraciones espontáneas inspiradas por la fe, por el dolor, por la angustia, por la alegría, por todos los sentimientos que hacen mirar al cielo y buscar á Dios, son siempre un tejido de frases que se evaporan entre la conciencia y el infinito. No las conoce, ni las siente más que el alma de que brotan; sería imposible reproducirlas, ni escribirlas. Son frases del alma que en la tierra no oye más que el que las pronuncia; pero que creemos se oyen en alguna parte; porque es consolador creer, que así como Dios nos ha dado la boca para que nos oigan nuestros semejantes, nos ha dado también esas voces del alma para que las oiga alguien, para que resuenen en algun punto, para que su eco retumbe en alguna region. Es horrible pensar que se pierden, que se deshacen en el vacío infinito, que se evaporan en la nada; que son voces á que

nadie contesta, que nadie oye. ¡El *vox clamantis in deserto!*

Los que rezan oraciones escritas por otros para momentos determinados de la vida, los que hablan á Dios por medio de esas oraciones vulgares y casi siempre frias y monótonas de algunos devocionarios, hacen lo que los amantes que encargan versos y cartas para su amada; lo que ese pobre comerciante holandés que ha mandado hacer un fonógrafo que repita todas las mañanas una oracion.

Es tristísimo que nuestras hijas recen con esos libros que nos vienen allende el Pirineo, llenos de oraciones demasiado humanas, ajenas á nuestro carácter y á nuestro modo de sér, ridículas ante nuestra formalidad, y traducidas en un lenguaje esmaltado de galicismos. Nosotros protextamos contra esa costumbre en la patria de Santa Teresa, de Fray Luis de Leon y de Fray Luis de Granada.

CAPITULO III.

LA FRASE EN CIENCIAS.

I.

La historia de las ciencias encierra notabilísimas é inmortales frases, que han brotado en el solitario cuarto de estudio, ante la resolución de un problema ó contemplando las maravillas de la naturaleza, y también á veces en el tormento ó en el caldoso.

La ciencia, no sólo en su forma, sino en su desarrollo y en sus vicisitudes, se presta admirablemente á la frase, porque encierra la inspiracion, el martirio, el drama y la historia; por más que haya habido quien ha negado casi en absoluto la participacion de la imaginacion y el sentimiento en las bellísimas conquistas científicas, que son el orgullo de nuestro siglo. Error crasísimo, que demuestra una gran obcecacion y un desconocimiento casi completo de la historia.

La grandiosidad de la ciencia habla á un tiempo al entendimiento y á la imaginacion. Pensar, muchas veces es crear. Es encontrar la verdad oculta como hecho, ó es for-

mar un sistema; porque si la ciencia moderna tiene un análisis que penetra hasta la célula, tiene también una síntesis que abraza el universo. En el progreso hay cierta tendencia á un panteísmo especial, que suele darse á conocer admitiendo la variedad en la unidad. Todo se confunde, y se relaciona con todo. No hay un hecho aislado, ni un fenómeno independiente; y esta gran combinacion de elementos presenta un riquísimo material á la imaginacion.

La ciencia sería imposible, no existiría sin los grandes sentimientos del alma, que tienen una parte tan activa y principal en todos los grandes hechos históricos. Sin entusiasmo, sin constancia, sin fe, no habría ciencia. Decimos todavía más: la fe científica, aunque humilde y laboriosa, casi siempre, puede presentar en la historia del mundo ejemplos nobilísimos, que tal vez no abundan tanto en ninguna de las demás manifestaciones de la vida pública, desde la religion á la política; ejemplos de abnegacion, de virtud, de patriotismo, que se recuerdan con orgullo y pueden servir de estímulo á una juventud capaz de comprenderlos.

El hallazgo de una verdad deslumbra y conmueve como el de una belleza artística; excita la alegría, el entusiasmo y la fe.

El *Eureka* de Arquímedes no es el frío resultado de un problema: es el grito del alma herida por la verdad como por una luz.

La fe científica no es tampoco una pasividad, hija de la convicción; tiene el calor de la creencia, porque la hipótesis en el terreno científico es algo semejante al misterio en el terreno religioso. Por ella, más que por la verdad comprobada, han muerto los sabios; por ella han sufrido las persecuciones y las injurias. La hipótesis convertida en teorema demostrable somete con su férreo yugo á los entendimientos más rebeldes: entónces ya no hay mártires, sino esclavos de la verdad.

La concepción sintética de la fórmula de una ley natural es en rigor una inspiración; porque la verdad hiere á veces la imaginación como un sentimiento, sin que la preceda el procedimiento racional y dialéctico. En las ciencias no hay sólo aridez, lógica, observación y experimento.

Hay relaciones, conexiones, vínculos que se escapan al laborioso trabajo de la inteligencia, y descubre una intuición rápida y maravillosa; que no caben dentro del procedimiento científico ordinario, ni nacen del cálculo, y en que la imaginación obra, lo mismo que en el arte, como potencia creadora.

Contra el falso aserto de los que lo niegan protexta de una manera enérgica é incontestable el sentimiento íntimo de respeto, de culto, de admiracion que tributamos á los hombres que han creado una época en la historia de la ciencia. Si el progreso fuera continuo como el trabajo de una obra material, si dependiera solamente del *constans labor*, esos nombres escritos en el templo de la inmortalidad no merecerian más culto que el respeto al trabajo laborioso y paciente á que se hace acreedor el humilde y desconocido minero que poco á poco va penetrando en el seno de la tierra, desmoronando las piedras y taladrando las rocas. Eso sería confundir al que se alumbra con la lámpara de Davy en los tenebrosos subterráneos, con el que se alumbra con la divina luz de su entendimiento, caminando en el infinito de las ciencias ideales.

No. El progreso de la ciencia no es sólo el *gutta cavat lapidem*. Es el raudó vuelo del águila unas veces, y un rayo de luz y de calor otras. Del día ántes de enunciar Newton la ley de la atraccion universal al día siguiente no hay un día, ni un paso, hay muchos siglos, un abismo inmensurable; una ciencia nueva: el tránsito de la oscuridad á la luz y de la ignorancia á la verdad. Así se comprende que sea un misterio cómo New-

ton llegó á este fundamental descubrimiento; del mismo modo que en nuestros dias es casi inexplicable cómo se han venido sospechando oscuramente verdades científicas, que algun afortunado ha conseguido demostrar en un momento de inspiracion.

Si Platon hubiese arrojado de su república á los poetas; si Pitágoras hubiese creado un mundo compuesto sólo de geómetras, áun allí la imaginacion habria brotado de entre los teoremas.

Los poetas que han escrito en este sentido contra los hombres de ciencia, los hombres de ciencia que han escrito contra los poetas, pretenden un imposible. Dar á la flor que nace con espontaneidad misteriosa la forma del polígono regular; someter las bellezas del mundo á la medicion del metro, y la hermosura del universo al férreo yugo del número: hacer á Savart el primer músico porque ha contado las vibraciones, y borrar los nombres de Rossini y de Mozart, son iguales absurdos.

La ciencia es una creacion nuestra; tan creacion y tan nuestra como el arte; un mundo luminoso y eterno sacado por nosotros de la nada: una construccion con elementos ideales, invisibles, impalpables, con los que hemos hecho un edificio que llega al cielo.

Más grandiosa que las catedrales en que

cada generacion ha acumulado una piedra, para encerrar entre sus gruesas paredes y macizas bóvedas el nombre de Dios, ella le ha escrito en la inmensidad del infinito sin límites ni murallas. Aquella es obra de mármoles ó granito: ésta de ideas; allí domina la oscuridad misteriosa de lo desconocido; aquí la luz del cielo. Un teorema vale más que una columna, y una teoría más que un arco gótico.

Es un edificio de resplandores cuyos cimientos se abrasan en el calor central del globo y en los misterios volcánicos de la tierra, y cuyas últimas agujas llevan como corona las estrellas del firmamento.

Es eterna con la eternidad, que procede de la vida, que vive de sí misma. El tiempo destruye sólo lo material, por más que arrastre en la decrepitud y en la muerte de los objetos la forma y la idea, es decir, el arte. Tébas, Ménfis y Palmira no volverán á reedificarse: el Escorial, coloso de granito, se desmorona dia por dia: las pirámides de Egipto se desgastan; la superficie de la tierra está sembrada de ruinas inmensas, de cadáveres del arte, cuyos restos fósiles se ocupa en recoger la arqueología. El mundo antiguo pudo desaparecer bajo el pié de los bárbaros ó la cimitarra de los árabes; pero ¿quién podrá destruir la ciencia que vive

hoy escrita en el papel y penetrando en todos los actos de la vida pública y privada? El sable es impotente contra el libro y contra el periódico; el flúido eléctrico es más poderoso que los ejércitos; y si un nuevo pueblo árabe ó germano, desprendido como un torrente asolador de las ardientes arenas africanas ó de las nebulosas selvas del Norte, inundara nuestros países, le ahogaría la atmósfera en que vivimos.

No hay nada más incontrastable que la obra de la idea, de la palabra, de la enseñanza. La fuerza bruta de los hombres se domina como las inconscientes resistencias de la naturaleza; y dominada, se esclaviza y viene á servir fiel y ciegamente á la inteligencia humana.

Las conquistas sobre la naturaleza y la materia no sólo valen más que las conquistas de los reinos y ciudades, sino que satisfacen en más alto grado las insaciables aspiraciones de los mismos conquistadores.

Ninguno de esos héroes que venera la historia vivió satisfecho de sí mismo, ni de su obra; ni habría podido vivir aunque hubiese conquistado la tierra de polo á polo. Terminadas las guerras, saturados de gloria, de poder y de triunfos, su imaginacion se lanzaba aún más allá, para el que no servian ni las armas ni la fuerza. Deliraban

con lo imposible y desconocían ó despreciaban su camino. Desde Leon X, soñando con la alquimia y olvidando la física, hasta Napoleon pretendiendo estar en todas partes y despreciando el vapor, hay una ceguera en todos los grandes personajes históricos.

Quizá la única excepcion de esta ceguera es Isabel la Católica, conquistando á Granada y oyendo á Colon; sometiendo á los nobles y abriendo los brazos al descubrimiento de la imprenta. No queremos aquilatar en este momento si Isabel comprendió el pensamiento del atrevido genovés; si vislumbró todo lo que podia ser el descubrimiento de un mundo; pero en lo que no cabe duda alguna, es en que fué impulsada por un sentimiento generoso; aunque fuese solamente el deseo de extender la religion católica, segun han dicho algunos biógrafos, porque en esa fe y en ese deseo hay algo grande.

Los delirios de todos los conquistadores, los sueños de las edades pasadas, ya se consideren como ambiciones insensatas ó como consuelos de una época desgraciada que lleva su imaginacion á lo imposible, con esa ansiedad con que el pobre sueña con las riquezas y el enfermo con la salud; esos delirios que llenaron los hospitales de locos y las hogueras de víctimas inocentes, son hoy

una realidad hasta vulgar, mediante sólo esta palabra: ¡Ciencia! Antiguamente se estrellaban en la muralla que les oponía la materia y el espacio; todos los grandes imperios, desde el romano al español, vieron debilitadas sus fuerzas y rota su unidad por su extension; la distancia, convertida en tiempo, los devoraba.

El hombre vivía esclavo también de la naturaleza, que le encerraba en un círculo de estrechas aspiraciones, de limitadas fuerzas. Pero nosotros hemos suprimido ambos obstáculos; el imperio indio dista algunos minutos de Inglaterra; Cuba y España se escriben y contestan en un día, al través del mar inmenso cerrado por los antiguos, diciendo: No hay más allá.

El orgullo de la ignorancia humana pretendió subir al cielo por una escalera de tierra y de piedras, que se hundió bajo su propio peso. La tradición nos presenta la torre de Babel como castigo de la soberbia; pero ante la luz de este siglo, es el castigo de la ignorancia. Al cielo se sube solamente con ideas, con inspiraciones, con las sublimidades de la ciencia.

No hay escala, ni camino, que llegue al sol y le arranque el secreto de sus rayos; pero hay una ciencia que se los arrebató para la fotografía, y que estudia y descubre

en ellos la composición química; no hay mano bastante fuerte para desarmar la nube como se desarma á un enemigo; pero Franklin quiebra sus destructores rayos y los conduce mansamente á morir en las profundidades de la tierra. No hay una atalaya tan alta que dé al hombre el poder de abarcar la tierra con una mirada, pero hay un flúido que tiene su pensamiento en todas partes. Hemos realizado los trabajos de Hércules con la mecánica y el vapor; convertimos las montañas en valles y penetramos en el fondo de la tierra. Los más vulgares hechos de la vida moderna serian asombrosos milagros para los pueblos antiguos, si resucitaran.

Entre las fuerzas inmensurables del mundo; ocupa el primer lugar la inteligencia humana; porque nadie concibe lo que puede aplicada á un objeto cualquiera. Si en esta correlacion y trasformacion de las fuerzas físicas quisiera calcularse la actividad intelectual, como funcion de la vibracion, segun algunos materialistas modernos, no habria número que la expresase, ni imaginacion que la concibiese. Vendríamos al absurdo de una causa mayor que el efecto, de un contenido mayor que el continente.

De esa aplicacion nacen el arte y la cien-

cia; brotan las leyes y los principios desconocidos. La inteligencia, potente microscopio, descubre en la nada de las cosas un mundo de seres, de hechos, de leyes y de relaciones, del mismo modo que este instrumento descubre el mundo de los infinitos en una límpida gota de agua. No, no hay microscopio más sutil que la inteligencia.

La mirada del espíritu parece el rayo de luz que lleva la claridad al oscuro seno de la naturaleza; el rayo de calor que da vida, animacion y movimiento donde quiera que se dirige. Tiene para nosotros algo de la potencia creadora que hace nacer los mundos donde penetra; en cierto límite es el *fiat lux* de este mundo que Dios puso bajo nuestro poder.

Observar y estudiar es crear. El frotamiento de un pedazo de ámbar ha producido la electricidad, los telégrafos! Las gotas de agua depositadas por el vapor sobre la tapadera de una marmita, nos han dado las maravillas del vapor: ¡las máquinas y los ferro-carriles! Un objeto visto al traves de una gota de agua, el microscopio, es decir, un mundo!

Inventar es encontrar, dicen los etimologistas; descubrir es quitar una losa. Es verdad. El mundo existe con sus sapientí-

simas leyes, que le conozcamos ó que no le conozcamos. Nosotros no le hemos creado y no se las hemos dado; somos incapaces para crear una fuerza ó un átomo. Pero si los griegos llamaron al poeta creador, cuando sus creaciones existen también ántes que las encuentre, ¿por qué razon no hemos de llamar creador á quien nos ha dado las ciencias ideales, las hipótesis y los sistemas, desde el del universo hasta el de la aplicacion de la más pequeña ley física?

Hipótesis es creacion. Nosotros no podemos asegurar todavía que el mundo sea como le explica la ciencia moderna. Podemos equivocarnos; podemos no tener conocimientos absolutos. Hemos creado una suposicion, dentro de la cual nos explicamos relativa y satisfactoriamente todos los fenómenos, con tal exactitud, que anunciamos con centésimas de segundo los movimientos de los astros, y medimos en centésimas de milígramo las fuerzas físicas. Todo esto es una creacion. El matemático es el verdadero poeta de las ciencias en su acepcion etimológica.

Aunque el universo, aunque el mundo físico, aunque la materia desapareciera y se aniquilara, las matemáticas existirían rigurosamente con todos sus principios y todas sus leyes, con tal que quedara una cabeza

en que residiesen, una memoria que las conservase y una imaginacion que las concibiese. En las ciencias ideales el hombre es el creador, es autor. Aquí, y tal vez sólo aquí, hay que buscar la explicacion de la frase de que Dios hizo al hombre á su semejanza.

II.

La cuna del género humano lo fué también de la ciencia. Nació con la vida errante, guerrera ó pastoril de los primeros hombres, que hicieron observaciones empíricas, y que impresionados por la magnificencia de la creacion, confundieron la obra con el Artífice, y cayeron en el panteísmo que caracteriza á los pueblos orientales. Pero el sentimiento religioso-cosmológico, impidió el libre vuelo de la verdad independiente de la adoracion, y no permitió constituir un sistema que mereciese el nombre de ciencia.

En todo el Oriente hay algo de la meditacion vaga y profunda, pero no analítica, que produce el contacto de la naturaleza; algo del asombro estático que causa la contemplacion de la riqueza exuberante de los climas asiáticos; algo que está representado fielmente en esos monumentos desco-

munales, en esos ídolos inmensos, sombríos é inmutables; bajo los cuales no se concibe esta curiosidad activa, nunca satisfecha, que á nosotros nos hace analizar en vez de contemplar y discurrir, en vez de meditar.

Ni la India con su metempsícosis, ni China con sus minuciosas observaciones, ni el Egipto con su inmutabilidad, ni Persia con su adoracion á la naturaleza, pudieron crear la ciencia. Ya lo hemos demostrado al hablar de religion.

Grecia protectó contra este panteismo absorbente, y dió origen á las ciencias; pero descuidó la observacion y el experimento, y las sometió demasiado á los sistemas filosóficos. Y cuando, á consecuencia de grandes hechos históricos que conmovieron el mundo antiguo, la civilizacion varió de asiento y triunfó sobre el infinito, símbolo del Oriente, el finito, símbolo del Occidente; Alejandría, impregnada ya del cristianismo, buscó una religion que fuese compatible con la ciencia.

El misticismo, el gnosticismo, la cábala y todos los errores de la mágia se combinaron con ella; pero el gran paso estaba dado, y Europa habria tenido ciencia á no haberlo impedido el estado moral de los pueblos, que, tras la revolucion cristiana, nece-

sitaban elementos completamente nuevos.

Aquella escuela, sin embargo, nos dejó dos ciencias independientes ya, no sometidas á vínculo alguno, viviendo de sí propias; la astronomía y las matemáticas, que en manos de Arquímedes habian de llegar hasta donde era posible en el mundo antiguo.

Por todas estas causas, la ciencia y la religion tuvieron la misma historia en sus primeros tiempos: templos, sacerdotes, misterios é iniciaciones comunes. El hombre que poseía los secretos de Dios, poseía tambien los de la ciencia. Esta participó del carácter religioso; habló por medio de los oráculos; conspiró á una unidad tenebrosa; se impuso como un dogma; fué el auxiliar del despotismo y del monopolio y ahogó el gérmen del progreso, sometiéndose á la inmutabilidad y al quietismo del panteismo oriental.

Los bárbaros destruyeron todo el edificio científico: Asia, Grecia, Roma y Alejandría quedaron olvidadas ante su rudeza; y la humanidad padeció la oscuridad de un eclipse que introdujo sus tinieblas en el fondo de las inteligencias y de la sociedad.

Tras de aquella oscura tormenta la ciencia renació en el cláustro, como único asilo del estudio, y recibió calor, alimento y pro-

teccion en el seno del Papado y de la Iglesia. Los sabios fuéron santos. Pero renació esclava y sometida á la teología, que pretendió el absurdo de que la hija no creciera y fuese siempre la niña temerosa, cuando llevaba en su cuerpo medros de gigante y en su espíritu la idea del infinito.

Italia y España, estas dos naciones tan nobles, tan generosas, á quienes el mundo debe tanto que jamás lo pagará con agradecimiento bastante; estas dos naciones que detuvieron la invasion sarracena, que humillaron para siempre el poder turco en las aguas de Lepanto, y encontraron un mundo, empezaron el renacimiento en artes, en letras y en ciencias.

El siglo xvi, siglo de luz, de esplendores, de lucha y de presentimientos, del cual hablamos en otra parte de este libro, rompe las trabas en que la ciencia venía envuelta, extiende sus miradas por un nuevo mundo en lo moral y en lo material, y emprende á un tiempo la lucha con la absurda teocracia y la conquista de la naturaleza. La sumision de la ciencia se convierte en rebeldía y la autoridad del clero en temor, ódio y persecucion. Levántanse los patíbulos y enciéndese las hogueras contra los sabios; comienza la historia del martirio, y apénas hay un hombre ilustre y santo que

no pase por los calabozos de la Inquisición.

Los descubrimientos, sin embargo, se suceden á porfía: las matemáticas pasan de coleccion de prácticas á ciencia; la astronomía arroja el sistema de Ptolomeo y abraza el de Copérnico; la química empieza á aparecer como estudio formal entre los delirios de la alquimia; las ciencias naturales comienzan á dibujarse en nuestros observadores del nuevo mundo: la mecánica concibe los potentes motores y emprende gigantescas obras; y á medida que el tiempo avanza, la brújula, el telescopio y el microscopio cambian por completo la faz de la ciencia.

España toma una gran parte en este brillante movimiento; pero desgraciadamente causas que no son de este lugar la detienen en su esplendorosa marcha, la postran, la aherrojan y la encadenan, haciéndola perder en el siglo siguiente hasta el sentido comun en materias de ciencia.

Pero el impulso estaba dado, y por una serie no interrumpida de triunfos y de conquistas, Europa ha llegado al presente siglo en que se necesitarian muchos volúmenes para trazar el cuadro de las ciencias.

Hoy el progreso científico tiene dos caracteres sobresalientes: el de la inmediata aplicacion á todos los actos de la vida, y el predominio sin temor alguno de la verdad

científica, que no sólo se ha emancipado de las trabas, tiranías y persecuciones; no sólo ha desterrado la idea del pacto con el demonio, de brujerías y de oposicion á las creencias religiosas; sino que se ha impuesto de un modo irresistible, quedando sólo un corto número de seres oscuros ó idiotas, incapaces de comprender su luz, que viven apegados á groseras tradiciones, y que desde sus antros temen ó maldicen el descubrimiento de las leyes con que Dios dotó á la materia.

Por fortuna esa parte á que nos referimos va siendo cada día más escasa. El clero moderno va tomando una parte activa en esta vida de esplendorosa luz, en cuyo fondo hay una gran admiracion al Autor de la naturaleza. En casi todas las ciencias sobresalen sacerdotes insignes, que como Balmes y Arolas, como el padre Secchi, como el obispo Wiseman y como el abate Moigno, escriben en brillantes páginas los esplendores de la religion y los esplendores de la ciencia.

Algundia, cuando salgamos de esta época de transicion, y apagados los rencores tradicionales y los odios del momento, la religion marche paralelamente á la ciencia, hasta unirse con ella en el infinito; cuando se resuelvan en síntesis más elevada estos

conflictos entre la ciencia y la fe que hoy ocupan la pluma de los pensadores europeos; cuando una y otra adoren igualmente el mismo Poder, la misma Bondad, la misma Belleza, la misma Sabiduría; entónces la humanidad, mirando al pasado, con aquel juicio sereno que da la distancia, rendirá un tributo de admiracion y gratitud á todos esos hombres, así comole rinde hoy á los santos y á los sabios de los siglos anteriores.

III.

Sin descender á los principios fundamentales de las ciencias, que son otras tantas frases; sin recordar algunas que vienen repitiéndose desde la más remota antigüedad, porque son más que verdades leyes, y más que leyes axiomas; sin descender á esto, decimos, la historia de la ciencia con sus progresos y sus horrores está escrita en frases imperecederas.

El *Eureka* de Arquímedes y el *E pur si muove* de Galileo son dos frases que resúmen la lucha constante de la ciencia contra la materia y contra los hombres. Aquella es el triunfo de la inteligencia sobre la naturaleza y sus arcanos. Esta el grito de la razon esclavizada por la tiranía y la supersticion. Arquímedes pronunció la primera salien-

do como loco de su casa, corriendo las calles y repitiéndola á grandes voces en la plaza pública. Galileo pronunció la segunda en un calabozo, contemplando tristemente aquella horrible persecucion contra la evidencia de la verdad.

Si fuera posible penetrar en lo íntimo del pensamiento de cada uno de estos sabios, tal vez hallaríamos una oracion en el fondo del *Eureka*, y una duda, una protexta ó una maldicion en el *E pur si muove*: efecto horrible que ha producido y producirá siempre la teología aplicada á la ciencia, porque no puede dar de sí más que problemas estériles ó ridículos, cuestiones insolubles y ociosas, como aquellas que detenian los progresos del estudio de la luz, para discutir si la imagen reflejada por el espejo tenía alma, y si el pecado cometido por la persona que se reflejaba se trasmitia á esta alma.

¡Cuán peligroso, cuán horrible ha sido el empeño de buscar en la teología la razon de la ciencia!

¿Qué hay en la historia maravillosa de la ciencia que no esté comprendido entre estas dos frases, entre ese himno de triunfo y esa resignacion dolorosa?

La primera nos dice que la naturaleza, como madre, es más generosa que los hombres como her nanos. Abre su seno á la mi-

rada investigadora del estudio; premia la observacion; recompensa el trabajo, y le remunera con los infinitos bienes que de sus potentes facultades brotan en manos de la ciencia y del arte. Al estudio del vapor contesta con los ferro-carriles; al del ámbar con el flúido eléctrico; al de los gases con los globos; al de la luz con el telescopio.

Las frases de la ciencia se confunden en lo antiguo con la filosofia, con la religion y con la enseñanza, siendo á veces difícil distinguir á cuál de estos grupos pertenecen.

La severidad de la ciencia griega nos ha dejado dos frases que son dignas de mencion; porque pueden repetirse todavía hoy; porque responden á este grito de la sociedad moderna, que deriva la libertad de la ilustracion y la esclavitud de la ignorancia; y porque establecen la igualdad ante la ciencia. Habiendo pedido Arístipo mil dracmas por la educacion de un jóven, su padre contestó que por este precio podria comprar un esclavo: "Cómprale, contestó Arístipo, y tendrás dos."

Llamado Euclides durante su residencia en Egipto, para enseñar al rey, éste le preguntó si no habia un método más fácil para estudiar matemáticas: "No, contestó secamente Euclides, no se ha hecho un camino científico para los reyes."

Y sin embargo, Arístipo fué un adulator del poder real en Siracusa, disculpándose con que los filósofos tenían que ir á buscar á los reyes porque conocian sus necesidades, ya que los reyes no buscaban á los filósofos, porque las desconocian. Sabido es que Diógenes le reprendió públicamente diciendo: "Si Arístipo supiese contentarse con legumbres, no haria la corte á los reyes;" á lo que él contestó: "Si Diógenes supiese hacer la corte á los reyes, no se contentaria con legumbres."

No pretendemos decidir quién de estos dos filósofos tenía razon, sino solamente hacer constar al recordar estos hechos el triste estado de una ciencia encerrada en el terrible dilema de adular á los reyes ó comer legumbres, y felicitarnos de que esas frases no sean hoy rigurosamente exactas. Si bien en la vida moderna puede haber Homeros pidiendo limosna y Cervantes muriéndose de hambre, la mayoría de los sabios y literatos ganan independientemente para comer algo mas que legumbres.

Los oráculos, las pitonisas, los augures solian hacer frases, algunas veces profundísimas como consejos ó lecciones; y otras de doble sentido: "Defendeos en murallas de madera." También proponian como remedio á los males públicos problemas insolu-

bles á la ciencia de aquellos tiempos: "Duplicad el cubo del altar."

Todos los magos, adivinos, hechiceros, quirománticos; todos esos engañadores que han especulado con la credulidad y la ignorancia, han conservado hasta nuestros días la costumbre de hablar en frases lacónicas y de doble sentido, que pudieran aplicarse con facilidad á los sucesos del porvenir. Su ciencia y su mérito están precisamente en eso; y por una especie de debilidad del hombre, esas frases merecen el respeto porque son oscuras y enigmáticas.

Los alquimistas creían hasta un sacrilegio y un crimen hablar de modo inteligible. Raimundo Lulio aseguraba que el secreto de la alquimia era de Dios, y debía guardarse como cosa que le pertenecía. Basilio Valentin creía que hablar claro sería abrirse las puertas del infierno; y el mismo Schroeder, dice: "Cuando los filósofos hablan con claridad, paso de largo; cuando hablan por enigmas, reflexiono."

Pobre ciencia y pobre filosofía, que así tenía que ocultarse en enigmas, misterios y jeroglíficos para no ser conocida; costumbre que ha conservado casi hasta nuestros días la medicina, y que no es en la historia más que el recuerdo de aquella division de la ciencia en esotérica y exotérica, que hicie-

ron los sacerdotes egipcios, y que guardaba para el templo los secretos de la naturaleza, y para el clero el monopolio de la enseñanza.

Arquímedes, á quien ya hemos citado, dejó en la historia de la ciencia grandes frases. Son tal vez hiperbólicas en la realidad de la aplicacion; pero son exactísimas en la generalidad de la teoría, porque la mayor parte de ellas consisten en hacer igual al infinito uno de los términos de una fórmula.

El círculo ha conservado en nuestros días el nombre de "Sector de Arquímedes," lo cual no es más que una generalizacion de la fórmula del área del sector, así como ésta lo es á su vez de la del área del triángulo. La geometría moderna ha venido á completar y explicar esta definicion, considerando á la línea recta como una circunferencia cuyo centro está en el infinito.

El estudio de las progresiones le sugirió el nombre de "Aritmética arenaria," que es una gran frase, para demostrar que en la fórmula de su generacion y de su suma estaba comprendido el número de arenas del mar; y el descubrimiento en las leyes de la palanca, le hizo decir al rey Heron: "Si me dais el punto de apoyo, conmoveré la tierra de su asiento;" elegantísima y atrevida.

enunciacion del teorema, vulgar hoy, de que si un punto recorre una linea, la divide en una razon que varía constantemente desde cero al infinito. Esa frase resume todas las propiedades de la palanca, todas las aplicaciones de los momentos de las fuerzas y de los sistemas de fuerzas paralelas.

En Arquímedes todo es gigantesco: su poderosa imaginacion concebía siempre el infinito; hallada una fórmula ó una ley, la sometía á ese criterio, que es el último límite de la generalizacion. Lo finito, lo circunscrito no era nunca suficiente alimento para su insaciable aspiracion de someterlo todo á leyes universales. Rompia la estrechez del círculo cuyo radio constante le agobiaba, y haciéndole crecer indefinida y constantemente, creaba la espiral que lleva su nombre. En las aplicaciones prácticas convertía el foco de las lentes y los espejos en un fuego que incendiase las naves que sitiaban á Siracusa, y hacía de la palanca y del torno una grúa inmensa que levantase estas naves, como una garra de un animal monstruoso y las precipitase en el mar. El problema, el procedimiento, el objeto es siempre el mismo: aplicar á lo infinito las leyes de la materia y de los cuerpos.

Meditando sobre estas frases, sobre el propósito de conmover el mundo sólo con

la palanca, el ánimo deslumbrado se pregunta: Si Arquímedes hubiese conocido esta potente fuerza del vapor, y esta velocidad increíble del fluido eléctrico, ¿qué nuevos propósitos, qué colosales proyectos habría concebido su grandiosa imaginación? ¿Quién sabe qué nueva fórmula estaría meditando, cuando no sintió que los enemigos penetraron en la ciudad, y cuando el feroz soldado le sorprendió en su estudio? ¿Qué problema sería aquel que le preocupaba tanto, que cuando la espada del romano amenazó su garganta, le cubrió cariñosamente con su cuerpo y exclamó con aquella voz suplicante é imperiosa á un tiempo, cuyo eco nos ha transmitido la historia: "¡Aparta! ¡No me borres estas figuras!" El bárbaro soldado, indiferente á aquel grito, hizo rodar su cabeza de un sólo tajo; y su sangre borró aquel problema para siempre!

"He hecho el mundo" es una frase de exactitud maravillosa en boca de Tolomeo. El gran astrónomo se equivocó en todo: ni la tierra está en el centro del universo, ni hay los cielos que ideó; ni el orden de los planetas es el suyo; ni hay elementos, ni primer móvil, ni epiciclos..... Pero Tolomeo concibió el primero un sistema del universo, y por tanto pudo decir refiriéndose á su imaginación: he hecho el mundo.

Tambien Aristóteles se equivocó en casi cuanto escribió, y sin embargo los siglos le han respetado como fundador y creador de la filosofía y de la mayor parte de las ciencias.

Don Alfonso el Sabio resumió en una sola frase la crítica más profunda del sistema de Tolomeo, doscientos años ántes que los demas astrónomos conociesen sus errores: "Mejor habria yo hecho el mundo."

En esta frase están indicados todos los errores del astrónomo egipcio; todas las complicaciones y dificultades de aquel sistema, que se habia ido modificando para explicar las irregularidades de los astros, cuyos movimientos se escapaban á una concepcion sintética vulgar. Ahí están el germen y la profecía de los descubrimientos de Copérnico, Newton y Kepler.

Aquella inteligencia, tan superior á su siglo, puso en esa frase, que sus contemporáneos tuvieron por impía, y de que algunos estúpidos timoratos han querido lavar á Don Alfonso, negando su existencia, la imposibilidad de que el universo fuese como aquella ciencia le explicaba. Es un dilema que no tiene contestacion: ó el mundo estaba mal hecho, ó la astronomía de Tolomeo era un absurdo.

Esa frase vivió oscurecida, perseguida

ignominiosamente y cubierta de impiedad cerca de trescientos años, para revivir después llena de gloria ante la luz de un progreso que arrancó á los cielos el secreto de sus movimientos y midió las fuerzas que los impulsaban.

El mundo *hecho* por Tolomeo se venía á tierra ante la audaz é inteligente mirada de Don Alfonso: aquella habilísima combinacion de cielos y de círculos no podia resistir el análisis de un hombre que seguramente concebía ó presentía que el mundo debería estar mejor hecho.

La historia, el arte y la ciencia recordarán siempre el grito: "¡Mojad las cuerdas!" á que se debe la ereccion del obelisco de la plaza de San Pedro en Roma. Sisto V habia mandado guardar profundo silencio durante la elevacion del monumento bajo pena de muerte. El arquitecto Fontana dirigia la obra. Llegó un momento de terrible ansiedad, de duda y de desesperacion, cuando las caballerías y las máquinas que tiraban de las cuerdas agotaron sus fuerzas y se veia imposible que el suntuoso y pesado obelisco llegase á la altura y se pusiese vertical. En lo crítico de aquellos instantes, y en medio del silencio de miles de personas angustiadas, resonó una fuerte voz en todo el ámbito de la plaza: ¡Mojad las cuerdas!

Fontana, como iluminado por una revelacion, obedeció; y las cuerdas, con la propiedad de disminuir notablemente de longitud cuando se humedecen, elevaron e. enorme monolito sobre el pedestal, rompiendo entónces el silencio entusiastas y delirantes aclamaciones. El que habia dado aquel grito fué levantado en hombros y llevado á la presencia del papa, á quien pidió perdon, disponiéndose á sufrir la pena de muerte. Sisto V le recibió con los brazos abiertos, y le dijo: "Pide lo que quieras; el papa te lo concede de antemano."

Aquel hombre era un pobre y oscuro veterano de la marina llamado Bresca, natural de Bordighera, aldea tan célebre en Italia por sus palmeras, como Elche en España. Pensando en su casa y en su pueblo, pidió al papa el privilegio de surtir de palmas á la casa pontifical y á las iglesias de Italia. De aquí proviene toda la riqueza de Bordighera (1).

(1) Las palmas de Bordighera han conseguido un valor extraordinario y presentan cada año nuevas preciosidades. Las que se usan en Roma son de un color amarillomuy rojo, que se consigue atando fuertemente los troncos para impedir la ascension de la sávia. La concentracion de este líquido tan enérgico en la palma, como sangre de tan fuerte vegetal, produce ese color rojo que algunas veces es bellissimo.

Villalobos, aquel gran médico de los Reyes Católicos, cuyas obras está hoy reproduciendo Inglaterra; aquel gran filósofo que próximo á abandonar el mundo se despedía, ansiando la muerte, en esta bellísima estrofa, que es un tratado de moral:

Venga ya la dulce muerte
Que con libertad se alcanza;
Quédese aquí la esperanza
Del bien que se da por suerte;

Villalobos, decimos, hizo una gran frase tan verdadera como horrible, llamando á los frailes y teólogos que combatían la ciencia con la Biblia en la mano y con argumentos teológicos: "criminales perseguidos que se acogen á sagrado."

En ese crimen hay que buscar la causa y el atraso de España; en ese crimen del fanatismo y la superstición que duró tres siglos y que esta nos pagando todavía.

"Hija loca de una madre cuerda" llamó Kepler á la astrología; y lo mismo puede decirse de todos aquellos delirios del mundo antiguo, que brotaban como una hiedra estéril al lado de todo conocimiento científico, y le asfixiaban absorbiendo su sávia é impidiendo su desarrollo. La alquimia respecto de la química, las ciencias ocultas respec-

to de las ciencias naturales fueron hijas locas de madres cuerdas.

En esta frase se comprenderán siempre todos los delirios de la imaginación, fundados en los principios de una ciencia incompleta. La verdad no satisface á la fantasía; la realidad, por grandiosa que sea, no sirve de alimento exclusivo á esta curiosidad y á esta insaciable aspiración que nos arrastra, y que es tanto más poderosa, cuanto más desgraciados son los pueblos, porque entónces se une maravillosamente á la imperdible y consoladora esperanza de un porvenir de felicidad, que no teniendo fundamento lógico en lo presente, se hace posible por medios fantásticos y prodigiosos. Así el más pobre es el que más sueña con las riquezas, y el más enfermo el que más sueña con la salud, constituyendo esta esperanza lo que un novelista ha llamado "la felicidad de la desgracia."

Todas las ciencias ocultas demuestran que el hombre no se resigna á ser desgraciado: parece que el bien y la felicidad le corresponden de derecho, que son un elemento de su vida y que sólo causas ajenas á su voluntad, potencias infernales y coincidencias enemigas pueden turbarle en el goce pacífico de la dicha terrestre. Recibe como cosa natural y corriente todo hecho favorable, y

sólo busca en lo misterioso la razon de los males, que cree inevitables y superiores á sus fuerzas. Esto es lo que nos enseñan todas las preocupaciones científicas, desde la alquimia, que remediaba la pobreza, hasta la astrología, que podia cambiar el sino.

Así se comprende cuánto desencanto producian frases como la de Kepler, y definiciones de la alquimia como la de Harry: "Es un artificio sin arte, cuyo medio es la mentira y cuyo fin es la mendicidad."

Una frase oportuna mató por algun tiempo los delirios de la alquimia. Cuando Aurelio se presentó á Leon X, que habia tenido sus sueños de alquimista, pidiéndole proteccion para el divino arte, el papa, dándole una bolsa vacía, le dijo: "A quien hace oro lo que le conviene es una bolsa para guardarlo." Tan natural y sencillo argumento hizo más efecto en el pobre transmudador que cuantas objeciones le habian presentado los sabios y los filósofos.

La sangrienta historia de la alquimia está llena de frases, que unas veces son arrepentimientos y otras quejas. No ha habido hombres más desgraciados que los alquimistas; porque á la persecucion constante de la ciencia hay que agregar para ellos la persecucion de los poderosos que les exigian oro. Así la alquimia llegó á llamarse el "camino

del patíbulo y del ódio imperial." Cuando ménos producía la pobreza, como fué consignado en estas célebres palabras: *Propter lapidem istam, dilapidavi bona mea.*

Guillermo de Krohnemann fué ahorcado, y sobre su cabeza se puso en tono de mofa este juego de palabras: "Quise fijar el mercurio y me he fijado á mí mismo." Gustavo Borge, condenado al destierro y á la infamia por la bula *Spondet pariter*, que imponía tales penas, murió de hambre en un camino, diciendo: "No me sepultarán á mí, sino á mi secreto." El desgraciado Penot, asaltado por la multitud en el hospital, murió asfixiado y casi destrozado, pronunciando como una maldición estas últimas palabras, que resumen la historia de la alquimia: "¡Dios os haga alquimistas!" Maldición que se cumplió en alguno de los que ayudaron á quitarle la vida en venganza de no comunicarles su secreto.

El mundo en cada época, comparada con otra más adelantada ó con inteligencias superiores á su tiempo, es como un niño: tiene ilusiones que no es fácil arrebatarse, sin que caiga en la desesperación y en el escepticismo, cuando no se reemplazan con otras creencias más fundamentales. Decirle que "ese cielo tan azul, no es cielo ni es azul" es una cosa horrible cuando á esa desilusión

de los sentidos y de la imaginación, no sustituye en el acto una idea más elevada y más profunda del cielo á que vuelve la vista en sus tribulaciones.

Nosotros tenemos también nuestras creencias ilusorias, nuestras preocupaciones y nuestros consuelos fantásticos, en la medida que permite la ciencia moderna. Mañana nos compadecerán nuestros hijos, y tal vez no comprenderán cómo hemos podido alimentar ciertos sueños, que ellos verán como nosotros vemos hoy las preocupaciones de los tiempos pasados.

“¿A qué bueno?” Decían los teólogos y los “barbones jurisperitos de Salamanca,” á D. Diego de Torres cuando después de estar cerradas muchos años las cátedras de ciencias, se mandó abrir una de matemáticas. — Tal vez en la desdichada historia de nuestra ciencia no haya una frase de más profunda, más elocuente y más horrible significación.

¿A qué bueno las ciencias? ¿A qué bueno las matemáticas? decían aquellos hombres á quienes habíamos entregado el rico tesoro del siglo XVI, lleno de vida, de luz, y nos devolvían un cadáver. ¿A qué bueno las ciencias que nos han dado el ferrocarril, el telégrafo, el teléfono y todas sus luminosas y brillantes consecuencias, que han variado la vida moderna?

Si algun ejemplo irrefutable, si alguna provechosa lección puede presentarse en el mundo de la absoluta necesidad de la libertad de la enseñanza, es la historia de España. —Cerca de tres siglos la hemos tenido perdida, y hemos encontrado después sensiblemente la misma cantidad de ciencia que ántes, sin un progreso, sin un adelanto, sin una aplicación, legándonos por el contrario, una doctrina llena de errores, de preocupaciones, de sutilezas. Las ciencias existen desde que rompieron esa ominosa tutela.

La fe ciega se ha borrado del diccionario científico con justísima razón, porque mientras ha dominado en los entendimientos, no sólo ha detenido el progreso de las ciencias, sino que ha sumergido la inteligencia en un mar de errores. Si; la ciencia existe desde que hay libre exámen en sus investigaciones, desde que al silogismo se han sustituido la observación y el experimento, únicos medios de conocer la verdad de la naturaleza.

Todavía, sin embargo, se nos pregunta por los que viven y respiran en la atmósfera del siglo XVII, si hemos descubierto una nueva dialéctica, ó un principio nuevo en la lógica. Pregunta ridícula y cuestión estéril. El progreso de las ciencias contesta

victoriosamente, si hemos necesitado sujetarnos á esa pueril gimnasia del entendimiento, que es un mecanismo de pura forma, y que conduce sólo al laberinto sin salida en que viven encerrados esos hombres á quienes el mundo no debe más que persecuciones.

Estas persecuciones engendraron siempre grandes frases.

Antonio de Nebrija hizo un tejido de ellas ante la Inquisición, defendiendo los derechos de la inteligencia y de la libertad del pensamiento, dejando perplejos y atónitos á sus jueces, que todavía no habían adquirido el cruel fanatismo de los tiempos que siguieron. Pereira intentó romper las trabas teológicas y aristotélicas exclamando: *Mihi perpendo*. Todavía no habían llegado los miserables tiempos en que se creía que los canales eran obras *contra natura*, y por tanto contrarios á la voluntad de Dios; ni aquel otro en que un fraile, abriendo un tratado de geometría, y viendo un polígono, le cerró inmediatamente y pidió perdón á Dios por haber tenido en sus manos la obra del diablo.

Laplace hacía frases en la arquitectura de los cielos, y Presas en la mecánica de los átomos químicos; el uno en lo infinitamente grande, y el otro en lo infinitamente pe-

queño: aquel, entre los millones de leguas que separan los astros, y éste entre la intimidad de las moléculas. "El universo, nos dijo un dia Presas, cabe en el entendimiento; pero la presion y la velocidad del átomo no caben en la imaginacion." Toda la química moderna lo está demostrando.

Laplace aseguró que no habia necesitado la hipótesis de Dios para construir su sistema y hacer sus cálculos, mientras que Bieg le admira en las combinaciones químicas. El Autor de la naturaleza es grande cuando se le descubre en la inmensurable extension de los cielos; pero es inmenso cuando se esconde en la pequeñez de la molécula y del átomo.

El mundo microscópico abisma la inteligencia. Donde la vista más perspicaz no alcanza, donde la imaginacion no había concebido, siquiera como un delirio, la existencia de la vida, hay millares de millones de células, llenas de gérmenes de una vitalidad asombrosa. Las fuerzas desarrolladas en las combinaciones químicas son incalculables; los ruidos que producen las disoluciones son estallidos inmensos de la materia que se disgrega: los gritos de los insectos no caben dentro de nuestra escala musical; los latidos de la tierra, observados en la última erupcion del Vesubio, han he-

cho este fenómeno comparable á los latidos de la sangre en las hemorragias. El micrófono ha traído la vida microscópica al oído.

Stephenson, acosado por los ingenieros ingleses, que le negaban con el orgullo de una ciencia que se creía constituida, y por medio de los irrefutables argumentos mecánicos que han detenido todos los grandes descubrimientos, que la locomotora progresase, admitiendo sólo que girarian las ruedas, pronunció como contestacion una palabra, que fué una gran frase: ¡*Marchará!* Esta frase, inspirada por la conviccion y tal vez por el despecho, fué una profecía: las locomotoras marchan y marcharán por todo país civilizado, hermanando los pueblos.

Si Stephenson hubiere vivido en el siglo xvii y aquellos ingenieros hubiesen sido frailes é inquisidores, tambien habria dicho como Galileo *E pur si muove*. Si Galileo hubiere vivido en el siglo xix, solamente ante el tenaz error de unos sabios orgullosos, en vez de luchar con la soberbia de algunos teólogos, tambien habria dicho: ¡*Marchará!* Y aquel "puntapié gigantesco" dado á la tierra para lanzarla por los espacios habria encontrado un eco en inteligencias más claras y ménos timoratas.

En uno y otro tiempo se maldijo la crea-

cion de la ciencia. El movimiento de la tierra fué una blasfemia, y los ferro-carriles una invencion del diablo. Por fortuna el progreso, con su fuerza incontrastable, que todo lo avasalla, ha triunfado hasta el punto de que un cardenal cante como una gloria de Dios el movimiento terrestre, y los obispos bendigan las locomotoras al lanzarse por el espacio en alas del vapor, y de que el director del Observatorio romano perfeccione los cálculos del movimiento terrestre.

Colon pronunció bellísimas frases ante los doctores de Salamanca y ante todos aquellos reyes, y potentados, y sabios á quienes un mendigo iba á ofrecer un mundo. Indudablemente alguna de ellas penetró en el magnánimo corazon de Isabel, y tuvo más fuerza ante el sentimiento de una mujer, que ante los sutiles argumentos y los silogismos, no resueltos aún, de una ciencia cuya aplicacion era tan absurda como tiránica.

Aquel diario suyo durante el viaje, aquellas cartas á los reyes están llenas de frases que no pueden leerse sin emocion. Chicuelo casi abandonado, estudiante, aventurero, mendigo, descubridor de un mundo, almirante de Castilla..... sus frases recorrieron también esa deslumbrante y novelesca carrera hasta aquella última en que mandó colocar sobre la cabecera de su cama los

grillos con que la envidia y la intriga le trajeron prisionero á España.

Newton y Kepler se quedaron asombrados al descubrir las geométricas leyes á que obedecían los astros: el primero cayó en profunda meditacion abismado, y el segundo entonó cánticos de soberbia y de orgullo. Si hubiesen descubierto este mundo microscópico, y hubiesen medido las fuerzas atómicas, se habrían vuelto locos, ó habrían negado la verdad de sus mismos cálculos.

Los pueblos más ignorantes conciben lo infinitamente grande. En la ciencia antigua se encuentra siempre esa nocion. La India expresó la extension del universo en números y clasificaciones á que tal vez no ha llegado la ciencia moderna. Pero lo infinitamente pequeño es la conquista del análisis de nuestros días. Ningun pueblo pudo escuchar como nosotros los inmensos ruidos del insecto invisible y del átomo.

Dos definiciones se han dado del hombre en frases que resúmen el mundo antiguo y el mundo moderno. *Bípodo implume*, dijo Platon, ante las reglas lógicas de la definicion, que exigen género próximo y última diferencia, exponiéndose á la ingeniosa crítica de Diógenes, que mostrando un gallo desplumado, dijo en otra frase célebre: "Ahí teneis el hombre de Platon."

Homo duplex, dijo Linneo ante los misterios de la naturaleza animal y sus inexplicables relaciones con el espíritu.

De la una á la otra hay un abismo de veinte siglos. La primera es una frase naturalista, hija de un filósofo; la segunda una frase filosófica en boca de un naturalista. Cada uno de estos sabios se estrelló en lo que no entendía: el idealismo de Platon en la organizacion animal; y la observacion material de Linneo en el soplo divino que nos alienta.

Si siguiéramos paso á paso las definiciones que los sabios han dado de la filosofía, de la religion y del hombre, tendríamos el resúmen de las creencias, progresos y errores de cada siglo; reuniríamos todas las opiniones desde la de que el hombre es un Dios, hasta la de que procede del mono; todas las grandes imágenes y todas las herejías: sobre todo en aquella época en que la concision de la lengua latina tendia á hacer de cada definicion importante una frase, que se grabara con facilidad en la memoria.

Dumas, el químico eminente que habia sospechado que el hidrógeno era un metal, se presentó el año pasado á la Academia y anunció este descubrimiento con una frase, que la ciencia recordará siempre: "Señores, dijo, al beber un vaso de agua, bebeis un

óxido metálico." Así convirtió elegantemente un hecho en una aplicación de la nomenclatura, consecuencia suya.

Al recibirse con la rapidez y la concisión telegráfica la noticia de que Pictet había liquidado y solidificado el hidrógeno, salió en toda la prensa europea una misma frase: "Ya no hay gases permanentes." El instinto científico adivinó la importancia del descubrimiento y enunció esta ley general con inmensa fe. Puede decirse que esta frase fué un presentimiento.

La frase más revolucionaria que ha escrito la ciencia moderna; el fundamento de tanta nueva doctrina sobre el universo y sobre el hombre, consiste sólo en un plural: "Los mundos."

Este plural examinado, estudiado, analizado á la luz de la fe, de la razón, de la pasión, del delirio, de la extravagancia y de la locura por los católicos, por los espiritistas, por los astrónomos, por los químicos, ha engendrado todas las polémicas y discusiones de la filosofía de nuestro tiempo en el campo de la ciencia. ¡Los mundos! entre el materialismo de Buchner y el lirismo de Flammarion se ha comprendido lo que esta frase encierra; y el temor de la escuela timorata, que ha exclamado: "Ese plural no es una afirmación, sino la negación universal."

CAPITULO IV.

LA FRASE EN LITERATURA.

I.

En literatura es donde la frase vive más libremente y como en su propia atmósfera; con ménos fama individual tal vez que en la historia y en la ciencia, porque no resume una época, ni un hecho culminante, sino un afecto ó un pensamiento; pero con mayor encanto, presentándose ya engarzada en el estilo, ya como desarrollo de una idea en una obra.

Sin tratar en modo alguno de resolver, ni aún de entrar en el interminable problema de la forma y del fondo, tenemos que reconocer la inmensa importancia de la frase en literatura, porque es quizá lo más original que en ella admiramos. Los héroes se repiten y se reproducen, porque son retratos; en su fondo existe siempre el hombre. Desde los cantos de los pueblos primitivos hasta los poemas modernos; desde la tragedia griega hasta Martínez de la Rosa y Ventura de la Vega; desde Homero hasta Víctor

Hugo, el tipo es el mismo. Así, los que acusan de plagiarios á los grandes escritores en sus creaciones; esos autores de símiles literarios que escriben eruditos artículos para probar que dos poemas tienen algun punto de comparacion, ó dos dramas alguna escena semejante, tienen razon; pero deberian crear una nueva humanidad para ser justos; porque ellos son tambien á su vez reproduccion de otros Aristarcos.

Donde haya literatura estará el hombre en su fondo, como donde quiera que haya luz en la tierra estará el sol.

El escritor más original del mundo es Cervantes. D. Quijote no tiene padres, ni hermanos; nació sin antecesores y murió sin sucesion. Y sin embargo, Vayquerie, que ha encontrado semejanzas entre todos los grandes poemas, ha dicho que el hidalgo manchego y su escudero son Crisalo y Filaminto; y Víctor Hugo ha sostenido que son Baco y Sileno; buscando semejanzas entre el asno del dios de los borrachos y el rucio manchego; entre la copa de las libaciones báquicas y la pobre bota española.

La literatura es siempre un reflejo. El mundo en que vivimos influye en nosotros directamente; modifica nuestras ideas y nuestros sentimientos, y con aquellas y éstos forma la imaginacion sus creaciones, sin poder

prescindir de esta influencia, del mismo modo que no puede prescindir de la del aire que respira.

Es la imágen que se mira en las aguas: tranquila en la superficie del apacible lago; agitada, temblorosa y desfigurada entre las revueltas olas. Refleja al hombre y refleja la sociedad, conmovido el uno por la pasión y la otra por las revoluciones. El artista envía un rayo de luz á esa imágen, la colora, la aumenta ó la reduce y la fija en el papel. En la fotografía este rayo es del sol, en literatura de la fantasía.

Esa imágen camina con el hombre como su sombra; viaja con él por entre las vicisitudes y peligros del camino siguiéndole de lago en lago, de sirte en sirte y de mar en mar. La oscuridad de la noche y de las tempestades casi la borra y la luz del día la hace revivir. Esas oscuridades del cielo se llaman en la historia bárbaros, árabes, turcos, guerras, tiranías y fanatismos: el día se llama paz, libertad y progreso.

Como reflejo, como luz, aunque camina velozmente, algunas veces tarda en producirse. También la luz del sol tarda en llegar á nosotros. Por esto las épocas históricas no se corresponden exactamente con las épocas literarias; por eso las épocas de D. Juan II y de Felipe IV son de gran brillantez y fe-

cundidad para nuestra poesía. La literatura en esta acepción unas veces alumbra ruinas y otras creaciones; porque se inspira del mismo modo en lo que muere cuando deja tras de sí una idea, un rastro, un fulgor, que en lo que nace cuando se presenta con el resplandor de la aurora. Walter Scott se inspira reedificando los antiguos castillos y dando vida á los héroes escoceses cubiertos de hierro, y Quintana canta la libertad y el progreso simbolizado en la imprenta.

Pero en todas estas grandes mutaciones la literatura necesita un teatro y un héroe, es decir, la sociedad y el hombre, que es siempre el mismo en su vida íntima, como lo es en las diversas escenas de su vida exterior, llorando hoy y maldiciendo mañana, cantando unas veces y destruyendo otras, dudando ó creyendo, pero esperando siempre. De aquí proviene el que las más gigantes cas creaciones sean aquellas que pintan al hombre de todos los tiempos; al hombre en sus luchas internas; al hombre sin límite de patria, ni region; á Segismundo, á quien Calderon va á buscar en Polonia; á Hamlet, á quien Shakspeare va á buscar en Dinamarca; á Fausto, á quien Goëthe va á buscar en una tradicion comun á todos los pueblos. Sólo Cervantes, Espronceda y Zorrilla, por una rarísima coincidencia, le buscan

en su patria. D. Quijote, D. Félix y Don Juan son españoles.

Una de las grandes significaciones del teatro consiste en que tiene esta universalidad. Resume en una hora y en un cuadro todos los tiempos y todas las pasiones, y las encarna, dándoles vida en un actor, que muda de trajes, de tono y de fisonomía. Pero siempre es el hombre. Tamberlik se pone la túnica del catecúmeno y el manto del emperador, el hábito del monje y la cota del guerrero. Romea viste el frac de nuestros días y la ropilla de Felipe IV. Así interpreta el primero á Rossini y á Meyerbeer, y el segundo á Ayala y á Calderon. Y sin embargo, el público los conoce en cuanto aparecen en la escena, porque siempre son Tamberlik y Romea. Si se desfiguraran completamente perderian su nombre y su mérito; nuestras simpatías y su existencia.

El hombre no puede desfigurarse; aun vestido de máscara podrá engañar un momento á los demas, pero no se engaña á sí mismo. Usa sólo el antifaz para el crimen y para la broma. Pero como la literatura no es un engaño, ni un crimen, cuando es broma, cuando desfigura al hombre sacándole del cuadro en que vive, cuando le lleva á un mundo imposible dentro de sí mismo, crea la fábula, los cuentos de los niños, que son

inocentes ó encierran en su alegoría una lección; y el disfraz se aplica, no al hombre, sino á la aridez de la moraleja.

La gran dificultad en que se estrelló la filosofía griega fué el empeño en querer hacer del hombre una cosa que no fuese el hombre, en despojarle de sí mismo. Unos quisieron quitarle el sentimiento y otros las pasiones; éstos le arrebatában el alma y aquellos el cuerpo; prescindieron de su naturaleza y no sabían qué hacer de él, hasta que San Pablo aniquiló para siempre en el Areopago á aquel hombre desconocido de sí mismo, que habia producido una filosofía llena de negaciones. Primera redención que hizo mirar al hombre con seguridad al cielo.

Después el fanatismo teocrático quiso también hacer prescindir al hombre del hombre; sacarle del mundo y de la sociedad para convertirle en una especie de parásito pegado á las tapias de un convento, en un estéril trapense ó en un miserable inactivo pidiendo siempre perdón. La libertad cambió también á aquel hombre desconocido de sí mismo. Segunda redención que colocó al hombre en el mundo y en la sociedad.

Afortunadamente, por una especie de protección providencial, ó por un instinto de la humanidad, aún en esas épocas hubo

constantemente una protexta contra tales errores; una resistencia natural é invencible contra tales trabas; porque el hombre no se ha desconocido á sí mismo por completo, ni ha habido una solucion de continuidad en la historia del mundo. En Grecia vivieron Platon y Sócrates; en la edad media Santo Tomás y Abelardo, y en la época de nuestro horrible fanatismo hemos tenido más protextas que ningun otro pueblo.

Sería un trabajo tan profundo como delicado examinar la influencia que en esos tiempos ha tenido la literatura propiamente dicha, para no consentir que el hombre perdiera por completo la noción de sí mismo, recibiendo de fuera un auxilio al testimonio desu propia conciencia... Pero se nos ha ido ya demasiado la pluma arrebatada por estas consideraciones.

Decíamos que el hombre en la literatura se refleja, lo mismo que la sociedad en que vive, y que sólo de estos diferentes cuadros proviene la diferencia de creaciones literarias. Lope copió su tiempo, como Breton el nuestro. Y habiendo indudablemente en la sociedad moderna un progreso inmenso, no tenemos duda alguna por el porvenir de la literatura.

El hombre de otras edades tenía nuestras virtudes, nuestros vicios y nuestras inclina-

ciones; lucha constante entre el espíritu y la materia, conjunto de sueños y aspiraciones ideales y de torpezas y vulgaridad, fluctuacion perpétua entre dos atracciones tan opuestas como el cielo y la tierra; luchando con dos elementos opuestos, contrarios, rivales que le constituyen y que aspiran al dominio absoluto.

Ha variado en las formas, en las costumbres, en las relaciones sociales; ha variado como el que cambia de país en esta gradacion inmensa que hay en las civilizaciones de los diversos pueblos de la tierra. Tal vez ha perdido ciertas condiciones personales que dan la rudeza de los tiempos y los peligros de la vida; tal vez la civilizacion que tiende á desterrar las diferencias, no sólo entre los hombres, sino entre los pueblos, que aproxima el siervo al señor y el pobre al rico, no ha procedido siempre, ni puede proceder, elevando lo superior hasta el límite supremo, sino en sentido contrario; tal vez el progreso actual tienda á una alianza, á un término medio; pero en este término medio hay inmensamente mayor cantidad de luz, de moral, de bienestar, de calor, de actividad; y más adelante, conseguida la nivelacion en cierto límite, el progreso será más igual y más uniforme.

II.

A veces una frase necesita una oracion, una novela un libro entero, para ser explicada. Ya hemos visto que la historia de diez y nueve siglos de lucha y de progreso no es más que la historia de una sola frase.

Hay cuentos, anécdotas, obras voluminosas que no tienen más objeto que venir á parar á un pensamiento, á una conclusion moral ó científica, que no es más que una frase, que impresionó á su autor y que fué el gérmen fecundo de un mundo de pensamientos y de emociones. A veces tambien se camina mucho tiempo á oscuras para llegar de pronto al deslumbramiento con una frase, como á una luz escondida en un laberinto.

Hay poemas nacidos de una frase, así como hay en la vida conversiones, arrepentimientos, propósitos inquebrantables que no tienen tampoco más origen que una frase oportuna ó deslumbradora. Hay tambien obras literarias que se conciben por el fin, que suele ser una frase. El soneto se encuentra muchas veces en este caso: se hacen los catorce versos para venir á parar al último, que encierra, completa y concreta el pensamiento.

La costumbre de terminar las comedias y dramas con su título ó con una frase meditada de antemano, no es otra cosa. Ayala, en *Consuelo*, arrastra á un esposo tras una querida vulgar, ahuyenta á un amante y mata á una madre, sólo para llegar al último verso:

¡Qué espantosa soledad!

Indudablemente en el plan del drama entra como una necesidad la fuga del esposo; pero aquella muerte repentina de la madre hace adivinar desde luégo cuál será el castigo horrible de Consuelo.

Los poetas, los novelistas y los autores dramáticos juegan con sus héroes, los hacen entrar y salir, como en un teatro de niños se mueven los monigotes, sólo para que oigan ó digan frases oportunas.

Víctor Hugo con su imaginación exuberante ha rendido culto como nadie á las frases; lo ha declarado él mismo, y además ha escrito sobre una sola la mejor de sus novelas. Apénas hay algo sobre que no haya hecho frases, desde *esto matará aquello*, en *Nuestra Señora de París*, resúmen de la grandiosa lucha entre la arquitectura y la prensa, entre la vida antigua y la vida moderna, hasta la *cólera del derecho* en *Los Miserables*, resúmen del poderío de la revolu-

cion social y rugido enorme de la calentura de los pueblos.

Sin embargo, no es posible abusar de la frase. Víctor Hugo llega á lindar alguna vez con lo bufo; y sus frases sobre Francia empiezan á tomar los lineamientos de la caricatura.

Metastasio las enlaza y forma con ellas gradaciones bellísimas: muchas veces son vulgares y sencillas: están en verso y parecen escritas en prosa; pero tienen un sentimiento profundo y contagioso. Sus frases están en música ántes que las acompañen las notas, y respiran una dulzura y una melodía que no tiene ningun otro poeta italiano. Los afectos del alma, las más tiernas declaraciones, las despedidas más afectuosas y los fenómenos de la naturaleza se prestan en su pluma á una serie de frases que tal vez no ha encontrado ningun otro poeta.

El Dante las reviste de un fulgor sorprendente, dándoles con frecuencia en el fondo una realidad espantosa: *Lasciate ogni speranza* será siempre la descripción más horrible del infierno, porque en ésta ó en la otra vida el tormento más horroroso y el castigo más cruel es perder toda esperanza.

El Taso las comunicaba su desgracia y su sentimiento. El conde de Cheste, al traducirlas de un modo extraño, les ha quitado su

forma y su luz, dejando en vez de un sér animado un cadáver.

Shakspeare hacía frases magníficas, pero con una desigualdad asombrosa, rompiendo todos los antiguos preceptos: sin caer tanto y tan frecuentemente como lord Byron en la extravagancia, sus frases ofrecen mayores y más bruscas transiciones. Moratin, más literato que poeta, en su acerba crítica del Hamlet, no hizo más que fijarse en frases cuya belleza no siempre comprendió, queriendo juzgar el teatro del siglo xvi con el criterio de principios del siglo xix.

III.

La lengua latina es la lengua de las frases intraducibles á todos los idiomas modernos: su concision, su hiperbaton, su elegancia, su sintáxis especial, hacen brotar la frase de la pluma del escritor, con una fuerza, una armonía y una forma que no tendrá jamás igual.

Los fundamentos del derecho, de la política, de la elocuencia y de todas las ciencias antiguas, las órdenes imperiosas, las comparaciones rápidas, todo lo que exige un lenguaje conciso, breve, incisivo y penetrante, las locuciones que encierran en una sola palabra una oracion, y que abundan

tanto en la lengua latina, han llegado á nosotros, y se usan en todas las naciones de Europa, no sólo como frases, sino como frases inmutables y solemnes.

Parte de la grandiosidad del culto católico consiste en el uso del latin. Muchos de los que le han cantado han cantado solamente la magnificencia de esta lengua. La traduccion al lenguaje vulgar le haria perder su forma concisa y elegante, la concentracion del pensamiento, la economía de palabras, que es una de sus grandes bellezas.

La lengua latina es tan metafórica, que aún en la prosa vulgar aventaja en el lenguaje figurado muchas veces á nuestros poetas. De aquí proviene una abundancia de bellísimas frases que no tiene ningun otro idioma; una riqueza inmensa de significacion en las palabras, que es el escollo de los traductores; y un vigor de expresion que jamás está limitado por el recto y genuino uso de las voces.

Pallentes curæ llama Horacio á los cuidados, inquietudes y pasiones que roban la frescura al rostro y le marchitan. *Terra cælum mergens* llama Lucrecio al occidente, haciendo ver cómo descenden los astros. *Hospitans in corpore*, dice Séneca resuñiendo los cuidados de hospitalidad que debemos al alma alojada en nuestro cuerpo. *Claustra*

pudoris refringere, llama Plinio al que ataca el pudor, rompiendo sus encerrados y misteriosos secretos. El *pallida turba* de Tibullo por los condenados en el infierno es rival del tan citado *Pallida mors* de Horacio. El *veritas odium parit* de Terencio es un severo y amargo axioma; y el *Habitare in oculis* de Ciceron la más gráfica descripción de la vida pública. El *remove istæ* del mismo Ciceron es más enérgico que el "peor es meneallo" del príncipe de nuestros ingenios, y que el *Non raggionam di lor* del poeta italiano, aunque ménos gracioso que el primero y ménos solemne que el segundo.

Pero no acabaríamos nunca de citar estas frases latinas vulgares, por decirlo así, en aquella lengua. Seria emprender una obra interminable recogerlas y buscar en cada una no sólo su significacion, sino la expresion de energía que les da el carácter de este idioma.

A esto hay que agregar que muchas palabras compuestas son verdaderamente frases, porque encierran una definicion completa, una alegoría ó una metáfora. No hay ninguna lengua que haya tenido la habilidad de componer palabras como la latina. El alemán, que es entre las europeas la que tiene mayor facilidad para hacerlo, las suma, amontona las sílabas y las letras, forma vo-

cablos larguísimos que es preciso descomponer y traducir; pero el latín las funde, brotando de esta fusión, como en las combinaciones químicas, esplendores de luz y rayos de calor.

Un análisis de las palabras compuestas en las lenguas latina y sus derivadas, sería un tratado de filosofía, de arte, de ciencia, de poesía del lenguaje. Bardon, nuestro primer helenista, y tal vez el primero de Europa, ha emprendido este trabajo con las raíces latinas, y su estudio no sólo arroja una luz inmensa sobre la lengua, sino que demuestra que hay bajo las letras algo más que la palabra; única cosa á que han dado importancia los etimologistas con sus frías descomposiciones.

Perire, ire per, irse por, sin volver, sin saber á dónde, es una bellísima frase y una bellísima idea de la muerte; peregrino (*ire per agri*), el que se va por los campos; naufragar (*naufragare, navis frangere*), romperse la nave; y otras muchas que sería fácil citar, pueden servir de ligero ejemplo, porque para explicar esta gran riqueza de la lengua latina sería preciso penetrar en el conocimiento íntimo de la estructura de su gramática.

En esta lengua han adquirido gran importancia frases, ó por mejor decir, palabras,

que nada significan, por la costumbre de designar los documentos con la primera palabra. Así se llaman las bulas, que han establecido la organizacion de la Iglesia ó han enviado las censuras y castigos sobre clases enteras.

Ciceron explayaba las frases en cláusulas sonoras, elegantes y melodiosas, como no lo ha hecho nadie: es el gran músico del oído en la lengua latina. Tácito, escribiendo bajo la suspicacia de la tiranía, las envenenaba, como se ha hecho en España bajo el imperio del lápiz rojo; y Suetonio las hacía salir de su pluma con arte y sin convicción; por eso son máximas frías de una moral que no convence.

Virgilio las impregnaba en las aromas de las flores del campo y en la tranquilidad de la vida agrícola, copiando siempre á la naturaleza en sus encantos y en sus grandiosos y terribles fenómenos. Ovidio las comunicaba el dolor de su pena en el destierro y la horrible licencia de los tiempos hablando del amor y las mujeres. En Lucrecio toman la forma sensual de los discursos de Epicuro, y en Horacio se convierten en preceptos y modelos que siempre enseñan algo. Quintiliano los presenta como reglas, y Séneca como máximas y consejos. Virgilio era un poeta; Ovidio un desgraciado; Lucrecio

un filósofo artista; Horacio un maestro; Quintiliano un pedagogo y Séneca un sabio.

Más adelante, en el período de decaimiento de la literatura latina, esta lengua dejó conocer sus inmensos recursos para la frase estudiada. El mal gusto, la retórica ficticia, la inspiración convertida en paciencia y la espontaneidad en pedantería, nos dieron aquellos juegos de palabras, aquellos caprichos de la gramática, aquellas frases de doble sentido, aquellas combinaciones métricas, que caracterizan un período lastimoso en que la literatura agonizaba; pero á las cuales se prestaba la lengua latina como ninguna otra.

IV.

Fray Luis de Leon las tiene admirables en verso, y las disuelve en prosa, como fray Luis de Granada, en la rotundidad del período. Se propuso imitar á Horacio y le superó, teniendo que luchar con la poderosa frase latina. Sería difícil buscar en Horacio frases tan gráficas é imágenes tan exactas como éstas de la profecía del Tajo:

Oye, que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en Africa convoca
El moro á la bandera

Que al aire desplegada va lijera,
La lanza ya blande
El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la pelea:
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
Cubre la gente el suelo:
Debajo de las velas desaparece
La mar: la voz al cielo
Confusa y vária crece;
El polvo roba al día y le escurece.

Pero en lo que sobresale la frase de fray Luis de Leon es en reflejar la pureza, la serenidad, la noble calma de aquel espíritu á quien ni la desgracia, ni la cárcel, ni las mayores contrariedades del mundo pudieron turbar un sólo momento. En esta expresion de la magnanimidad del alma no tiene igual en la lengua castellana.

Fray Luis de Leon, con toda la dignidad de su alma, hizo una frase que es tal vez la más notable de la historia; al salir, despues de cuatro años, de los calabozos de la Inquisicion y presentarse en su cátedra: "Decíamos ayer..." Esta frase, esculpida hoy en el pedestal de su estatua, le ha canonizado en el sentimiento de las almas generosas; porque se necesita ser santo para perdonar de ese modo.

Lope de Vega, el gigante de la fecundidad, con cuyos personajes se ha dicho que

se podía formar un reino, las diluye en melodía y fluidez llena de atractivo. Puede decirse que creó la frase dramática como creó el teatro; brotaban de su pluma como los dramas de su imaginación. No las repetía, como Zorrilla, pero algunas se reflejaban en otras; porque era imposible que en aquella biblioteca de comedias no hubiese acciones semejantes; que en aquella interminable producción de creaciones no hubiese rostros, ademanes y trajes semejantes. Si entre veinte mil personas reunidas al acaso se encuentran siempre algunas que tienen semejanza, en veinte mil creaciones de una misma fantasía, entre veinte mil hermanos ha de haberla también por necesidad.

Calderon, el más grande de los poetas cristianos, según Schlegel, les daba tanta elevación y sonoridad en el verso como en el fondo del pensamiento, dejando escritas en frases las leyes del honor, de la lealtad y de la virtud. De Lope á Calderon hay la distancia que media entre los fenómenos que se verifican en la atmósfera, explayándose en un espacio inmenso; y los que se verifican en el centro de la tierra, donde existen los gérmenes de los volcanes y terremotos, donde la vista no penetra y las luchas son espantosas. Lope mira al mundo como un espectador, y reproduce sus escenas y ga-

lanteos, su vida y movimiento. Calderon mira al hombre como un filósofo, y pinta sus pasiones y sus misterios; hay, entre las creaciones de ambos, la diferencia que entre un galanteador y un enamorado; entre cualquier héroe de cualquier comedia de Lope y el Segismundo de *La vida es sueño*. De aquí proviene una gran diversidad en las frases: agradables las del uno, profundas las del otro. Lope es un gran narrador de aventuras. Calderon un pintor de pasiones. Lope es un dramático español. Calderon un dramático universal; el primero es descriptivo, el segundo filosófico; aquél pinta la vida de un siglo, éste la vida del hombre; los héroes del primero viven en una época, en una patria, los del segundo en la tierra; son hoy tan héroes, tan personajes, tan reales, como cuando el poeta los delineó y los concibió en su imaginación.

Melo hace frases en la estructura solamente; y Saavedra Fajardo, su rival en el estilo conciso y truncado, suele truncar también el pensamiento cuando no cabe en una breve oración. Su lectura se hace fatigosa y monótona; porque es imposible conservar siempre un mismo estilo, y porque los pensamientos sueltos y aislados no pueden existir sin articulaciones que los unan y que den flexibilidad al lenguaje.

Sería muy difícil decidir si hay más doctrina, más ciencia, en Melo y en Saavedra que en Solís. ¡Y sin embargo, qué encanto encierra el estilo del autor de la *Conquista de Méjico!* ¡Qué frase tan sonora, tan clara, tan propia, formando períodos que rivalizan en elegancia, en música, en agrado al oído con los de Ciceron!

Mariana es un intermedio entre ambos. Su frase tiene á un tiempo la concision latina y la rotundidad castellana. Sin la concision de Melo es más enérgica, como lo era tambien su carácter; sin la elegancia y sonoridad de Solís es más precisa, y sin la profundidad política de Saavedra es más propia del asunto. Mariana, con la crítica de nuestros tiempos, habria eclipsado á casi todos los historiadores. El célebre dicho "de que Roma tenía medio historiador, España uno y las demas naciones ninguno," es defendible colocándose en el punto de vista en que debe juzgársele.

En cada uno de estos escritores se retrata su vida. Saavedra fué diplomático, Solís empleado, Melo un desterrado y Mariana un hijo de un cura, abandonado por su padre en la puerta de una casa.

V.

Santa Teresa hizo magníficas frases, impregnadas de idealismo, llevándolas hasta lo conceptuoso en la vida del alma y hasta su santa despreocupación en la vida del mundo; metafísicas hasta la sutileza y amorosas hasta el delirio. Algunas veces son oscuras por referirse á explicaciones demasiado profundas de afectos del alma ó de estados de la voluntad; y otras expresan estos misterios internos con juegos de palabras, que siempre son bellísimos:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

Las frases de esta Santa tienen un carácter, una forma, un sabor especial, único en su género, que constituye una gran originalidad. En vano se buscaría nada semejante en nuestra literatura. Son las más graves cuestiones de la teología y del misticismo tratadas por una mujer; el ascetismo traducido no sólo al lenguaje vulgar, sino al familiar. Bajo este punto de vista son una protexta contra aquella prohibición y aquella repugnancia invencible de los teólogos á permitir que nadie tocara estas cuestiones

más que ellos sólo, con sus formas y su dialéctica. Santa Teresa les demostró que era posible hacerlo, como lo hizo, y rompió las murallas del sombrío edificio teológico, para dar entrada en él al sentimiento de un corazón femenino y á las elucubraciones de un espíritu exaltado.

Sin estudios teológicos, y sólo con la fuerza de su inspiracion, llegó á la cumbre del misticismo, como el águila llega de un vuelo á la cima de las montañas, sin los tardos pasos del hombre. Abrió las puertas de aquel templo, y le hizo visible con su luz. Se mecía sobre las nubes, y no perdió la cabeza; se sumergió en el idealismo y no llegó á lo quimérico; se abismó en el éxtasis y no incurrió en lo fantástico. En aquel siglo en que el misticismo guió á tantas mujeres al delirio y á la locura, y alguna vez á los vicios más repugnantes, ella no perdió un momento la nocion de la realidad de la vida, ni dejó de hacer pié en terreno firme. Era indudablemente una imaginacion exaltada; pero tambien una inteligencia poderosa: los sueños de su espíritu no adormecieron jamás su actividad y su criterio humanos.

Por una especie de instinto, que la autoridad eclesiástica tuvo que aprobar y que el mundo ha aplaudido, rompió la clausura, buscando mayor espacio para las obras de su

fantasía y de su fe, y adquirió de este modo aquel profundo conocimiento del mundo y del corazón, que da á sus escritos, y especialmente á sus cartas, un carácter práctico y simpático, en que se reflejan muchas veces los sentimientos, no de ella que los escribía, sino de aquellos á quienes aconsejaba ó consolaba. Si hubiera vivido constantemente en el claustro y en la soledad estéril de la celda, sus escritos no tendrían la fama que el tiempo les ha dado, ni podrían sacarse de ellos máximas provechosas para todas las circunstancias de la vida. Serían aquellos delirios infecundos, aquellos extravíos mentales que dejaron escritos tantas monjas de su tiempo, y en que la sinceridad religiosa, la discreción y el buen gusto tienen tanto que censurar y aún que condenar.

Por otra parte, Santa Teresa era de un carácter vivo, jovial, decididor y ocurrente; y sus frases son con frecuencia el reflejo de este genio; son expresiones llenas de inimitable gracia y de encanto; aún las más sencillas y vulgares salían de sus labios ó de su pluma impregnadas del atractivo de su carácter. En sus epístolas y en todos sus escritos familiares, así como en las palabras suyas, que nos ha conservado la tradición, se descubre siempre esta graciosa forma, que unida á la rapidez de concepción, á lo

gráfico y sentencioso del pensamiento, ha creado ese gran número de refranes y de trases de que fué autora, y que conserva como un tesoro la lengua castellana.

Aquellos hombres severos, que querían convertir la religión en una sombría meditación de horribles misterios; que inventaron los antifaces de los verdugos en los tormentos del santo oficio; que creían impropia de un cristiano toda manifestación de regocijo, y pretendían hacer del mundo una inmensa tumba, no podían ménos de asombrarse ante la ingénuo y sencilla alegría de Santa Teresa, que buscaba consuelos para sus adversidades y contratiempos, no sólo en su fe, sino en los recursos de la serenidad de su espíritu y de su buen humor, hijo de una superior elevación de ánimo.

La introducción del canto entre sus religiosas fué acremente censurada; y aún alguna de sus mismas monjas la reprendió cuando escribía y cantaba sus graciosos villancicos, que eran pensamientos religiosos y llenos de ternura, acomodados con un estribillo á la música del tiempo, ó á compases que ella misma marcaba:

¡Oh! ¡qué cautiverio
De gran libertad!
Venturosa vida
Para eternidad.

No quiero librar
Ya mi corazon.
A la gala, gala
De la religion.

Pero estas mismas censuras fueron siempre ocasion de elevados ó graciosos pensamientos de la santa; y entre ellos debemos citar aquella prudentísima contestacion que dió á la madre Inés de la Cruz, cuando pensando ésta en su interior que era indigno de una monja escribir cantares, la Santa, penetrando su pensamiento, le dijo con la mayor dulzura, pero con profundo tono: "Todo es menester para pasar esta vida," ante cuyas palabras la madre se turbó y cayó de rodillas.

Estas censuras, y las persecuciones de que fué objeto Teresa por su misticismo ó por su despreocupacion, nos hacen volver la vista á su procelosa vida y preguntar ¿dónde están hoy sus amigos y sus perseguidores? —Ella está sobre los altares del templo de la religion y del templo de la sabiduría, recibiendo el culto del creyente y del sabio: los que aprobaron sus escritos y su vida se llaman Juan de Avila, fray Luis de Leon y San Juan de la Cruz. Los que la llamaban *femina inquieta*; los que la calumniaban é insultaban; el confesor que la mandó quemar el libro de sus *comentarios*; el fraile que la denunció á la Inquisicion; el abogado que la

escarneció; y la priora que la puso en un camino enferma y sin recursos... no han logrado sino que el mundo los compadezca!

Parece que aquella insigne escritora y santa mujer esparcía la luz de la virtud y de la ciencia de su derredor. Todos sus amigos tienen altares ó estátuas en el mundo civilizado. Unos son santos y otros sabios. Los ha canonizado la Iglesia ó el sentimiento público; la religion ó el progreso; la fe ó la ciencia.

También padecieron todos bajo el poder de la Inquisición.

San Juan de la Cruz infundía en sus frases una ternura, un sentimiento y una delicadeza en que no ha tenido rival. Estas frases llegaron al corazón de Santa Teresa, que estaba en Salamanca, y adivinando en ellas el alma de Juan de la Cruz, corrió á Medina á saludarle, á conocerle y á pedirle su auxilio para la reforma carmelita, que era bien necesaria por cierto. Jamás dos rayos de luz y de calor se han confundido en uno sólo al encontrarse, como se confundieron aquellos dos pensamientos generosos. Desde aquel momento hubo entre sus almas una identificación, que llegó hasta los más íntimos sentimientos. Así, sus nombres irán siempre unidos en literatura, como lo fue-

ron en el mundo en aquella misteriosa relacion de sus almas.

En su vida, en sus escritos, y en sus aspiraciones tuvieron muchos puntos de semejanza: ambos sufrieron con igual entereza la persecucion del santo oficio; se vieron en la cárcel, y fueron tratados injusta é inhumanamente; ambos comprendieron de igual modo el misticismo, y despues de una azarosa vida, alcanzaron la corona de santidad en el seno de la Iglesia católica, y una fama á excelsa altura en la república de las letras.

Animos más débiles ó con ménos fe hubieran sucumbido; pero en uno y en otra la serenidad y pureza de su conciencia eran tan poderosas, que jamás se creyeron heridos por la vulgaridad de sus groseros enemigos. "Las olas de la calumnia, decia San Juan, baten hoy mi rostro; pero no le manchan: mañana pasarán sobre mi cabeza, sin alcanzar mi frente;" nobles palabras, que parecian una profecía, y que repetidas constantemente por Santa Teresa, explican muchos de sus escritos y casi toda su vida.

Como escritores, ni uno ni otro se inspiraron, segun era costumbre de aquel siglo, en ésta ó en la otra escuela de las que dividian las aulas y las congregaciones; ni tampoco en el clasicismo de Roma, ni de Grecia. Escribieron por sí mismos lo que

su alma les dictaba, llevando sus palabras solamente la expresion de sentimientos personales. Por esto forman un grupo único no sólo en la literatura, sino en el mismo género místico, que fué en muchos escritores una aberracion mental, y en otros consecuencia de un estudio y de una meditacion á que suplieron brillantemente el talento y la profundidad de Teresa y la ternura de Juan.

No guardaron, como Lope, los antiguos preceptos con llave, sino que los desconocian, y por tanto no existieron para ellos; y así se tomaron infinitas libertades en la forma y en el lenguaje, rompiendo con frecuencia las leyes de la gramática, en las frases y en las palabras, con la superioridad de su genio, y la autoridad que les daba la grandeza, la profundidad ó el misterio de los asuntos que trataban. La gramática era estrecho molde para aquel pensamiento que se cernia siempre en la region celeste.

Sus eseritos están llenos de giros y vocablos nuevos, muchos de los cuales tienen singular belleza y exactísima propiedad; pero se diferencian en que Santa Teresa los inventaba para expresar misterios inefables y delicadezas de su cariño ó de su buen humor; miéntras que en San Juan tenían por objeto describir la infinita ternura de su

alma y el exquisito idealismo de su amor.

Ambos se poseyeron de una adoracion mística, de un delirio, que por necesidad al manifestarse habia de tomar las formas del amor humano, ya porque no hay diferencia de lenguaje para uno y otro sentimiento, ya porque el último en su exaltacion todo lo invade, y creyendo hablar del cielo, usa imágenes y frases que colocan al objeto amado á una altura superior á lo terrestre.

El amor de Santa Teresa es más profundo, más elevado, más científico: se pierde en el delirio del alma que sube á los cielos en éxtasis, y que apénas encuentra palabras, ni frases con qué describirle en la pobreza del lenguaje humano. Unas veces habla con entusiasmo como un creyente, y otras con autoridad, como un profeta; enseña y aconseja, manda y ruega. San Juan de la Cruz es más tierno, más florido, más poeta; tiene ménos grandiosidad, pero más sentimiento, ménos exaltacion, pero más dulzura. No hace más que sentir, amar, adorar.

Teresa no deja olvidar un momento que ama á un Sér superior, y le ama con palabras y frases, con arrobamientos é inspiraciones, con sentimientos é imágenes, que nacen y moran en la region del alma; al paso que Juan de la Cruz recorre como un enamorado los valles y los oteros; coge

las flores y teje guirnaldas; cita á Cristo y á la Esposa en misteriosos bosques y al lado de murmurante arroyo; y hace que el alma enamorada llame al Esposo con términos tan amantes y tan cariñosos, que no tienen igual en cuanto la pluma ha escrito:

Pastores, los que fuerdes
 Allá por las majadas al otero,
 Si por ventura vierdes
 Aquel que yo más quiero,
 Decidle que adolezco, peno y muero.
 Buscando mis amores
 Iré por esos montes y riberas:
 Ni cogeré las flores,
 Ni temeré las fieras,
 Y pasaré los fuertes y fronteras.
 ¡Oh bosques y espesuras
 Plantados por la mano del Amado!
 ¡Oh prado de verduras
 De flores esmaltado!
 Decid si por vosotros ha pasado.

.....
 Mil gracias derramando
 Pasó por estos sotos con presura;
 Y yéndolos mirando,
 Con sólo su figura
 Vestidos los dejó de su hermosura.

.....
 ¿Por qué, pues has llagado
 Aqueste corazon, no le sanaste?
 Y pues me le has robado,
 ¿Por qué así le dejaste,
 Y no tomas el robo que robaste?
 Apaga mis enojos,

Pues que ninguno basta á deshacellos,
 Y veánte mis ojos,
 Pues eres lumbre dellos,
 Y sólo para tí quiero tenellos.
 Descubre tu presencia
 Y máteme tu vista y hermosura:
 Mira que la dolencia
 De amor, no bien se cura
 Sino con la presencia y la figura.

.....
 Mi alma se ha empleado
 Y todo mi caudal en su servicio;
 Ya no guardo ganado,
 Ni ya tengo otro oficio,
 Que ya sólo el amar es mi ejercicio.

.....
 De flores y esmeraldas
 En las frescas montañas escogidas,
 Haremos las guirnaldas
 En tu amor florecidas
 Y en un cabello mio entretejidas.

.....
 Gocémonos, Amado,
 Y vámonos á ver en tu hermosura,
 Al monte y al collado,
 Do mana el agua pura:
 Entremos más adentro en la espesura;
 Y luégo á las subidas
 Cavernas de las piedras nos iremos,
 Que están bien escondidas,
 Y allí nos entraremos
 Y el mosto de granadas gustaremos.
 Allí me mostrarías
 Aquello que mi alma pretendia;
 Y luégo me darías
 Allí tú, vida mia,
 Aquello que me diste el otro día.

Santa Teresa siente inflamarse su espíritu ante visiones y éxtasis que la sorprenden y arrebatan; parece que la inspiración, que el sentimiento de amor de que estaba poseída, partía del cielo y venía sobre ella. San Juan, por el contrario, siente que su alma se sale del cuerpo á adorar aquel Bien Supremo que le atraía y embargaba.

Es imposible pintar con más exactitud y sencillez este viaje del alma, dormido ya el cuerpo, en la *Noche oscura*:

En una noche oscura,
Con ánsias en amores inflamada,
¡Oh, dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

En todos sus actos, hasta en la misma hora de la muerte, resalta esta diferencia que hemos hecho notar (1). Teresa se fortalece con el amor, y Juan se rinde al sentimiento; la una se inflama y el otro se deshace en los delirios de una ternura que exhala su alma como constante perfume.

(1) Santa Teresa murió el 4 de Octubre de 1582 á las nueve de la noche. Sus últimas palabras fueron la contestación que dió cuando le preguntaron, dónde había de ser enterrada: «¿Tengo algo propio? ¿No me darán aquí un poco de tierra?». . . Después repitió con mucho fervor algunos versos de los salmos y cayó en

Sufren sus desgracias y persecuciones, su hambre y sus escaseces con igual valor y resignacion, pero con distinto sentimiento. Cuando Santa Teresa recibia los auxilios de su hermano, que la enviaba dinero desde América, daba llena de emocion sus gracias á Dios; miéntras que San Juan, cuando recibia auxilios temporales, y alguna vez el pan del dia, caia en oracion sintiendo que Dios no probase más dura y largamente su paciencia.

Teresa convertia los males humanos en motivo de distracciones, graciosas bromas y agudos chistes (1), y San Juan los consi-

un sopor que la encendió el rostro, y que duró catorce horas hasta el momento de su muerte.

San Juan murió el 14 de Diciembre de 1591 á las doce. Poco ántes de morir, llamó á sus hermanos, y con voz grave y muy conmovida, les dijo: »Venid, rodeadme: os he amado, os amo, y quiero espirar entre vosotros... Si os he ofendido en algo, perdonadme; mas pongo en este momento supremo la mano sobre mi corazon, y el corazon está tranquilo; interrogo mi conciencia, y mi conciencia sigue muda. Mi ignorancia, el mundo, las instigaciones de espíritus rebeldes... pueden haberme desviado sin sentirlo del camino de perfeccion que he querido seguir toda mi vida. ¡Vuestra cordial bendicion, padre del alma! ¡Vuestra oracion, hermanos!» Despues pronunció lenta y marcadamente algunas palabras en latin y espiró en medio de una tranquilidad admirable.

(1) Estando las monjas llenas de miseria, Santa Teresa, que siempre odió la falta de aseó, que suele

deraba como ocasion de probar su fe y su sumision á la voluntad divina.

Esta diferencia constante nos lleva á hacer, como terminacion de este punto, una observacion curiosa, y que no deja de ser extraña.

¡Fenómeno inexplicable que ha llamado ya la atencion de algunos fisiólogos y moralistas, y que se reproduce en el amor divino como en el amor humano! El hombre pierde más de su entereza que la mujer; se hace más tierno y cae más rendido: parece que en ese misterio de la confusion de dos almas, sucede lo que en la mezcla de dos cuerpos á distinta temperatura, que cada uno toma el calor propio del otro: la fortaleza varonil se convierte en debilidad, y la debilidad femenina conserva su entereza, mucho más estable y poderosa que la del hombre, como

traer la vida fanática y monacal, y que en nuestros dias hemos visto elogiar á Luis Veuillot, jefe del neocatolicismo francés, asegurando »que el imperio corresponde á los hombres sucios;» Santa Teresa, decimos, dió á sus hermanas sayales nuevos; y miéntras las monjas acordaban hacer una procesion para que Dios las librase de aquella plaga, la Santa compuso los cantares, cuyo estribillo es:

Pues nos dais vestidos nuevos,
 Rey celestial;
 Librad de la mala gente
 Este sayal.

ha querido indicar uno de nuestros primeros poetas:

Pues rinde de los hombres la firmeza
Y *basta* el débil poder de las mujeres.

El hombre cae de rodillas, no sólo con el cuerpo, sino con el alma, con todas sus facultades y sentimientos: entrega sus fuerzas y su espíritu; su razon y su pecho.

Hércules llora y maneja la rueca; Abelardo es más débil y más tierno que Eloisa; "la delicada flor del alma rompe el vaso de hierro en que vive;" y el guerrero de Metastasio

Gia sognaba bataglie, rovine
Ed or sogna qual volto, qual crine
Chi apprese á temer.

¡En el fondo siempre la historia de Sanson con los cabellos cortados por Dalila! ¡La palabra esclavo murmurada por Salomon rompiendo el cetro ante la debilidad! La blanda madera se endurece al fuego, y el hierro se funde poniéndose más blando que la cera.

VI.

Cervantes, más curtido que Quevedo en las desgracias de la vida, hizo también mu-

chas frases; pero todas tienden al refran por su estudio y por su forma; á la sentenciá y á la máxima por su nobleza.

Aquél tiene la ironía del contrahecho; éste la triste amargura del inválido; aquél la burla y la sonrisa del cortesano; éste la serenidad del desgraciado: el uno juzga al mundo desde las antesalas de los privados; el otro desde una mísera buhardilla: el uno zahiere cuanto toca, y el otro lo ennoblece. ¡Qué contraste tan asombroso de vidas y de ideas!

Cervantes viviendo entre soldados y renegados, ideó en los garitos y en las cárceles el tipo nobilísimo de D. Quijote; y Quevedo desde las cámaras del alcázar, nos dió á conocer la vida de las busconas y rufianes. Sería un problema curioso examinar, qué habria sido y qué habria escrito el señor de la Torre de San Juan Abad en la desgraciada situacion del preso de Argamasilla!

Verdad es que la atmósfera en que respiraba cada uno era distinta. Cervantes vivió en aquella corte serena que dominaba el mundo con una mirada del monarca; cuyos guerreros se llamaban el Duque de Alba, D. Juan de Austria y el Marqués de Santa Cruz; cuyas batallas se llamaban Lepanto y San Quintin. Y Quevedo vivió en la disolucion de una corte entregada á las diver-

siones y devaneos, en un pueblo de pretendientes y arbitristas, de devotos y de conventos. Cervantes escribía aún alumbrado por resplandores del poder de Carlos V, y Quevedo asistía al prólogo del reinado de Carlos II. La España de Cervantes era aquella de quien se decía que el sol no se ponía nunca en sus dominios; y en la España de Felipe IV comenzaba el sol á ocultarse en todas partes, y el territorio á reducirse como el monton de arena cercado por el agua.

Don Quijote puede concebirse entre aquel conjunto de héroes, de grandes empresas, de asombrosas conquistas, que inmortalizarán los reinados de Carlos V y Felipe II; su locura nobilísima cabe entre la sumision de un imperio con un puñado de soldados, y la vuelta al mundo por un esforzado navegante. Ya se le considere como héroe real arrastrado por un delirio de su imaginacion, ya como caricatura de los héroes, cabe donde éstos existen. Pero ¿qué hubiese sido D. Quijote en los tiempos de Felipe IV, entre las supersticiones y mojigaterías de aquella corte?

Quevedo es tal vez en nuestra literatura el autor más rico en frases, agudezas, retruécanos y refranes. Y sin embargo escribió un libro contra éstos, como si le molestaran

en los demas. Salen de su pluma á borboto-
nes, rompiendo muchas veces la belleza del
estilo; y parecen una mascarada en que una
tímida monja se coge del brazo de un rufian,
y un guerrero de un arlequin. Las enlaza
unas con otras; forma una cadena de ellas
sobre una sola palabra; las une admirable-
mente con significados opuestos de un mis-
mo vocablo; busca á veces la luz en el error
de un concepto, y otras la sombra y la os-
curidad en los conceptos tan claros, que á
nadie se le hubiese ocurrido dudar de su
evidencia. Es el sofista de la palabra y de la
frase. De este modo, parece alguna vez vul-
gar, y es más profundo, más sutil y más
ingenioso que nunca; pero sacrifica al in-
genio la gramática y el buen gusto, la de-
cencia y la moral.

Así como no se puede jugar con fuego,
tampoco se puede jugar con estos retrué-
canos y estas libertades. Quevedo será para
el literato un filósofo y un hombre profun-
do; para el vulgo, para la opinion pública,
para ese juicio que dan los siglos, y que
cae sobre un nombre, como una bendicion
ó como un anatema, Quevedo será siempre
el escritor licencioso, el hombre deslengua-
do, á quien se atribuirán todos los dichos y
cuentos obscenos, siempre que respiren gra-
cia, para ser considerados como obra suya.

De todas las grandes creaciones de la imaginacion, la más real y la más noble es Don Quijote. Dada la ciertísima posibilidad de la locura, el héroe manchego tiene una realidad tangible: es un verdadero loco, que por más que se entregue á los desvaríos de la demencia, tiene todas las debilidades humanas. Es tal su verdad, que si los críticos de todas las naciones dicen de él que nunca abandona la tierra; nosotros, más conocedores de las costumbres patrias, debemos decir que nunca abandona la Mancha. Vive en un mundo real, y todos los demás tipos con que tropieza son también tipos reales y posibles.

Dentro de la imaginacion del pobre loco no hay exageracion alguna: el lector se posee de la locura, y todo lo ve ya posible. La sorpresa proviene de la riqueza, de la gracia de las aventuras; no de una exageracion forzada para hacer interesante al héroe.

El Macbeth es una acumulacion de horrores vulgares presentados con destellos de genio. El Fausto, en el fondo, es un cuento, una conseja vulgarísima de un hombre que por ser joven y conseguir una mujer vende su alma al diablo. Una y otra fábula se refieren al fanatismo de una pasion; al logro de un deseo mundano; á la creencia en errores y supersticiones; á esa gran debili-

dad del alma combatida por la educacion y el progreso. Son los cuentos de los niños; los cuentos de brujas, vestidos de modo que entretengan á los hombres.

El alma más vulgar es capaz de decir como Macbeth: quiero satisfacer mi ambicion áun por cima de los más espantosos crímenes; es capaz de decir como Fausto: quiero ser jóven áun vendiendo mi alma; es capaz de decir como Hamlet: quiero vengar á mi padre asesinado. Sólo Don Quijote sale á los campos, expone su vida, desafía las inclemencias del cielo y los peligros de la tierra, y se pone en lucha con la sociedad y con la vida, sin esperanza de recompensa por deshacer entuertos, proteger viudas y amparar huérfanos.

Un escritor ha hecho la profunda reflexion de que cualquier cristiano, pensando sólo en la atricion, sería más interesado que el héroe manchego; porque aspira á un premio tan enorme y tan eterno como la gloria.

El tipo de Dulcinea, princesa de ideal perfeccion para D. Quijote, y rústica labradora para el mundo, así como el amor del héroe manchego son dos bellezas, en que no se han fijado lo bastante algunos críticos; porque tal vez respecto de la creacion de Cervantes se han hecho más interpretaciones que análisis.

En ninguna otra obra literaria hay más amor y menos mujer. Y al decir esto debemos fijarnos en uno de los grandes méritos del *Quijote*. Cuanto en él puso Cervantes es tan perfecto, que no podía menos de ser como es. Los críticos no se han atrevido á indicar correcciones en los personajes y en el enredo, como suelen hacer respecto de las demas obras. Así como Fenelon escribió un libro demostrando que el mundo físico debía ser como es, y no podía ser de otra manera, podría escribirse tambien un libro demostrando que el *Quijote* debía ser como es, y no podía ser de otro modo.

Dulcinea no podía existir realmente: esa dualidad suya respecto del lector y respecto del caballero andante es una de las mayores bellezas de la creacion del pobre manco de Lepanto. No era posible idear una mujer que tomase una parte activa en las aventuras de D. Quijote, sin que incurriese en el ridículo, á menos de no ser loca tambien. Y la identidad de locura con el héroe habria sido una suposicion demasiado inverosímil, una exageracion imposible. Dulcinea, como personaje real, habria tenido que participar del papel de Sancho, ser la representacion de la tosca materialidad del mundo; lo que no podía caber en la delicada opinion de Cervantes sobre la mujer.

Ofelia es un incidente ante la idea constante de la venganza. Hamlet pudo tener estos amores ú otros, ó no tener ninguno. Si se suprime á la simpática hija de Polonio, la tragedia perderá cuadros bellísimos como el de aquella muerte flotando sobre las aguas; pero el drama conservará su carácter, y Hamlet su posibilidad y su papel. Ofelia no es una influencia. Sin ella se concibe al príncipe envenenando su espada ante Cláudio, entregado á sus oraciones, y guardando su venganza para cuando esté en pecado; refinamiento espantoso de crueldad que no sólo hace daño al alma, sino que demuestra que en aquel corazón desgraciado no había influido el amor de una jóven como Ofelia.

Pero suprímase á Dulcinea, y se borra la mitad del alma y del pensamiento de Don Quijote, el móvil de sus actos y el fin de sus empresas. Es más; hay que borrar también la mitad de los capítulos de la obra, porque sólo un alma enamorada puede comprender las muchas bellezas con que Cervantes esmalta su libro; todas las escenas en que el amor juega para algo, estarían fuera del cuadro ante un héroe que fuese insensible y ageno á este sentimiento. Porque no hay un instante en que el hidalgo no piense en su amada, y en que no la vea como impulso de su brazo, esperanza de su recompen-

sa y aliento de su alma. En los momentos de paz se entrega á sueños ó á penitencias amorosas, y en los de peligros se encomienda á ella á la par que á Dios; y procura ajustar su vida de modo que, suponiendo que Dulcinea le ve constantemente, apruebe todos sus actos.

Margarita es más importante que Ofelia en el enredo del *Fausto*: el deseo amoroso cruza como una ambicion insaciable por la arrugada frente del lujurioso viejo. Pero no se descubre en Fausto la casta fidelidad del amante sincero, ni puede existir cuando Margarita duda, vacila y por fin se rinde ante pensamientos mundanos é interesados. Por otra parte, la pureza de la castidad sería impropia en el amante que va á conseguir el amor de una jóven, inspirado y guiado por el diablo.

La castidad del caballero manchego es una virtud purísima, tan delicada como una flor que rompe el capullo; y hace que sus amores no se parezcan á los de ningun otro héroe fantástico. Es tan perfecta que no se encuentra un sólo momento en lucha con su espíritu ó con sus tentaciones. La finura de su cortesía le obliga alguna vez á manifestar cierta pena por conservarse fiel á su señora, ante los mayores atractivos; pero en su corazon no existe esta pena, ni hay lucha

alguna. Es santo luchar y vencer; pero es sublime no sentir siquiera la necesidad de este combate interior.

No es esa la castidad impuesta; la castidad jurada ante los altares antiguos ó modernos, idólatras ó cristianos, que se rompe en el horror de las tinieblas y bajo el manto de la hipocresía, sino un sentimiento de delicadísima pureza, que al quebrarse, se faltaría á sí mismo, al tiempo que á la señora de sus pensamientos.

Es, por lo ménos discutible, si la castidad perpétua no es un imposible y un absurdo, segun aclaman la razon, la ciencia y los hechos; pero la castidad como sacrificio de fidelidad, como respeto á la mujer á quien se ama, como mútua correspondencia es una virtud indudable y una delicadeza del alma.

Es discutible, y ha sido discutido, si la castidad por sí misma es una virtud religiosa, no contando con la disposicion especial que exige San Pablo; pero no cabe duda de que es una virtud del sentimiento, y que por tanto debe jurarse ante los altares del amor, porque ese es su templo.

Don Quijote obró conforme á estas ideas. No hizo de su castidad un pensamiento teológico, ni una virtud exclusivamente cristiana, sino en cuanto esta religion, tan humana y tan divina á un tiempo, abraza en sus

dogmas y en sus principios, no sólo todas las virtudes, sino todas las aspiraciones y sentimientos generosos, todo lo que pueda acercar al hombre á la perfeccion y á la dignidad, ya en sí mismo, ya en las relaciones con sus semejantes.

La castidad del pobre loco ofrecida á Dios habria podido ser motivo de burla para algun crítico; ofrecida á Dulcinea, es y será respetada por todos; lo primero habria podido ser juzgado segun los tiempos y los hombres por un error; lo segundo será siempre un sentimiento generoso.

VII.

En nuestros dias hemos tenido muchos autores de frases. La literatura moderna, al exigir más profundidad, más ideas y más doctrina; más realidad y ménos lirismo, atesora frases más gráficas que la antigua. Por otra parte, la vida liberal y parlamentaria, honrando la elocuencia, que se apasiona con facilidad en el fervor de la política, produce gran número de frases enérgicas ó descriptivas, entusiastas ú oportunas, segun veremos más adelante.

Donoso Cortés, llamado en una exactísima "el globo aereostático de todas las edades," las hacía con frecuencia; erróneas y fanáticas á veces, pero admirables.

Con ellas buscaba la religion en la política, la política en la religion, y en una y otra la razon de una resistencia inquebrantable contra toda idea liberal. Parecia llevar, como Diógenes, una linterna, no para buscar un hombre sin encontrarle, sino para descubrir en todas partes al Dios que habia creado su imaginacion, y al diablo que suponía inspirando el progreso en la humanidad.

Donoso es el único sectario de su escuela que en bellísimas frases ha admirado y bendecido los grandes descubrimientos de la ciencia, para considerarlos como obra divina en favor de la tiranía y el absolutismo. Los ferro-carriles y los telégrafos eran para él descubrimientos providenciales, con objeto de que el gobierno tuviese los soldados y el pensamiento en todas partes, para ahogar los gérmenes de libertad. Y sostenía esto en nuestro Parlamento, precisamente cuando el Gobierno romano se oponía con una tenacidad increíble á la introduccion del ferro-carril en los Estados Pontificios, y el cardenal Berardi (1), con una energía poderosa, luchaba hasta triunfar de esta preocupacion!

(1) Precisamente al escribir estas líneas leemos en los periódicos la muerte de José Berardi, á quien Italia debe, no sólo los ferro-carriles en contra de la

El bello ideal de Donoso Cortés: Felipe II con líneas férreas y líneas telegráficas, es un delirio absurdo; porque estos inventos maravillosos no son como él creía el *summum* de la centralización, sino todo lo contrario; extienden la luz y la vida, más que la concentran: son fuerzas más centrífugas que centrípetas: son elementos populares, de libertad, de fraternidad y de unión.

Las frases de Donoso Cortés eran seductoras y seducían, porque formaban parte de una doctrina que, aunque absurda, era lógica en sus errores. Pero su autor se encontró con el escarpelo de Martín Mateos, que en veinte y seis admirables cartas destruyó los veinte y seis capítulos de su obra sobre el catolicismo y el liberalismo, oponiendo á la seducción y grandilocuencia del estilo los principios elementales de la filosofía, de la historia y del sentido común. Ante esta muralla que las cercó se estrellaron todas: unas confesaron su error y otras se evaporaron en la nada, al perder su único mérito, que era la forma.—Donoso era un orador y un hombre de imaginación; pero no fué un sabio, ni un filósofo.

absurda resistencia de Antonelli, sino el gran desarrollo que en su tiempo tuvieron todas las obras industriales.

Esta escuela ha descendido en España desde Donoso Cortés á los modernos periodistas, como en Francia desde Chateaubriand á Luis Veuillot; desde el grandioso extravío de la imaginacion y del sentimiento hasta el rebuscamiento gongorino; desde querer elevar al hombre á Dios, segun queria el marqués de Valdegamas, hasta defender que no debe lavarse, ni peinarse, para no ser afeminado, como quiere Veuillot. Y es que esa tendencia, no puede ser ya ante el progreso más que un sainete se ni-religioso, un hecho bufo y una caricatura.

Las frases de Hartzenbusch son claras, limadas, tersas y castizas. Para comprenderlas bien es preciso conocerle. Entónces se leen en ellas su bondad y su agrado; la paz y la tranquilidad de su alma. Despues de haber recorrido todo el campo literario: el teatro, la fábula, el cuento, la novela, la crítica y la bibliografía; despues de haber visitado con su pluma todos los tiempos, el presente, el caballeresco y el bíblico, empleando el lenguaje propio de cada uno, en los últimos años de su vida, ha venido á fijarse y á concentrar su pensamiento en un sólo objeto: el amor al *Quijote*.

Atraído por este tipo nobilísimo, encantado de sus generosas máximas, seducido

cada día más por aquellas leyes del honor escritas en el pecho del generoso hidalgo, ha llegado á identificarse con él, encontrando ahí sin duda un espejo de sí mismo y un reflejo de aquellos delicados sentimientos que forman el carácter del héroe manchego.

Identificarse con Don Quijote hemos dicho, cometiendo una verdadera figura retórica; porque realmente la identificación es con el noble inválido que concibió tan gigantesca creación.

El autor suele desaparecer en lo que escribe, y ni aún pintando afectos ó hechos propios suele darse á conocer en su intimidad. Este es un privilegio de algunos escritores, y Cervantes le posee en alto grado; detras del ingenioso hidalgo, se descubre la venerable figura del manco de Lepanto, retratándose á sí mismo en los sentimientos y tal vez en la lucha del mundo.

Las obras de Hartzenbusch nos parecen una de esas colecciones de modelos selectos de literatura. Podrá discutirse si unos son mejores que otros; si sus dramas son mejores que sus críticas; si sus fábulas son más ingeniosas que sus cuentos; pero despues de esta comparacion el crítico quedará diciendo: "No escribió nada malo." Todo es selecto, es de gusto, es acabado; un pen-

samiento natural y digno siempre se une á una frase castiza, pura, apropiada y llena de un grato atractivo. Su frase inspira el respeto que su persona; donde quiera que se le encuentre se le saluda por su alma y por sus canas, por su pasado y por su presente. Es el veterano de la literatura contemporánea en todos sus géneros.

VIII.

Espronceda, comparado muchas veces con lord Byron, es en ellas ménos extravagante y más sentido. Bajo este punto de vista no cabe parangon entre ambos. El desórden del uno se refiere á la fogosidad de la pasion, y en el otro á la excentricidad del carácter. Espronceda se entrega de lleno al sentimiento, no ve más que las grandiosas imágenes de su fantasía exaltada, ni oye más que los delirantes gritos de su ferviente corazón. Sus pasiones no llegan á la extravagancia, ni se inspiran en el sarcasmo y en la incredulidad en los momentos de mayor arranque. Se posee más que lord Byron; canta inspirado, frenético, arrastrado siempre; escribe más con los latidos de su sangre que con los juicios de su inteligencia. Coge la pluma y olvida su descreimiento, su cansancio de la vida, su temprana vejez, sus

enfermedades y sus dudas. Y cuando en el gran poema que quiso trazar y que dejó incompleto asoma la ironía incrédula, parece que es otro el autor. Tal vez en estos momentos desciende más que lord Byron. El *Diablo Mundo* (perdonen los críticos este atrevimiento) no habría sido nunca un gran poema. El tiempo le habría dejado incompleto como le dejó la fría mano de la muerte. Habría sido una serie de cuadros arrebatadores, delirantes, horribles unos y tiernísimos otros, grandiosos y bellísimos todos; pero jamás habrían formado la unidad de un poema. Habría valido cada uno de estos cuadros más que los demás poemas juntos, como sucede tal vez con aquella fantástica introducción; pero no habrían podido expresar una acción constante, un plan completo, un drama.

Espronceda fué el tipo real que se han propuesto pintar muchos escritores: un hombre de corazón generoso y pecho entusiasta, juguete de su imaginación y de sus pasiones; hijo de impresiones del momento, que así podrían llevarle al heroísmo como á la degradación del vicio. Pero precisamente el carácter de tales hombres y de sus obras, es la constante desigualdad: son seres llevados por el huracán, y arrojan en sus escritos la lava que despiende el volcán que en-

cierra su pecho. Hacen cosas inmortales por los destellos del genio, no por el plan ni la forma. En ellos la monstruosidad linda con la belleza, la ternura con el crimen, el fuego con el hielo, en un perpetuo desorden. Sus imaginaciones viven en una constante tempestad, y la luz de su alma es más bien la de sulfúreos relámpagos, que la del brillante y tranquilo sol. Sienten siempre, pero creen á ráfagas; el juicio sale iluminado con el rojo resplandor de la pasión, y es variable como los matices de ésta. Viven entre crisis de entusiasmo y descreimiento; en las alternativas de la convulsion y la postracion.

Sucédenos con frecuencia, y lo decimos de una vez para siempre, que en los paralelos que han formado ilustres literatos sobre grandes poetas, á nosotros se nos ocultan los puntos de contacto y se nos presentan más claramente las diferencias. Así como las reglas antiguas de la definicion exigian la última diferencia para concretar el objeto definido, nosotros creemos que en estos paralelos han de estudiarse las divergencias y los contrastes más que las semejanzas, para determinar y conocer la personalidad de cada autor.

El poeta inglés, leyendo el *himno al sol* del poeta estremeño, bajaría los ojos como ante

los fulminantes rayos del astro del día; porque este himno tiene la fuerza de luz del mismo sol; el calor de su vida y el vivo reflejo de sus más esplendentes fulgores. Es mirar al sol frente á frente, como las águilas, y cantarle de potencia á potencia.

Lord Byron fué, con cierto escepticismo inglés, á ver por sí mismo, si Leandro podía atravesar á nado el estrecho para gozar las delicias del amor en brazos de Hero. Espronceda, ante aquellas aguas y aquella costa, que recuerdan los sentidos versos de Ovidio, habría oído el eco de los besos y juramentos amorosos, y habría entonado un apasionado canto lleno de fuego, que ocultara la honda pena de no ser el héroe de tan románticos amores.

Entre Byron y Espronceda hay seguramente grandes semejanzas. Un descreimiento hijo de la desesperacion y de no haber hallado en el mundo la satisfaccion completa del ideal de sus creencias, de sus aspiraciones y de sus amores; un sentimiento que se desborda con facilidad como un torrente, abriéndose cauce nuevo por terrenos incultos y abrasados, ó se despeña por vertientes escabrosas; una protexta contra esta sociedad vulgar, prosáica é interesada que sofoca las grandes aspiraciones del alma; un impulso interno y desconocido que los ar-

rastra al peligro y á la lucha, tal vez en busca de nuevas emociones.

La extravagancia de lord Byron le lleva algunas veces á hacer frases exageradas ó ridículas, que tienen quizá el sello del genio y sorprenden ó alucinan un momento, pero que son irresistibles al análisis; del mismo modo que los defectos y las aberraciones de los grandes artistas. En letras como en artes, hay resplandores que deslumbran, y en cuyo fondo se encierra una monstruosidad.

"Sócrates no es más que el Don Quijote de la sabiduría." Esta frase tan elogiada por algunos como una profundísima belleza, es para nosotros una ocurrencia más chistosa que verdadera. Aspira á ser un juicio y es un simple dicho.

Es casi imposible comparar al filósofo ateniense y al héroe manchego. Hasta tal punto son distintos. En nuestro caballero, de la vulgaridad de la vida, del choque continuo con la realidad del mundo brota el idealismo; y en el filósofo griego, del fondo de su sabiduría nace el más vulgar prosaísmo. Las locuras de Don Quijote son ménos ridículas y más notables que las debilidades de Sócrates. Hacer el amor á una rústica labradora, viéndola al traves de las ilusiones de la fantasía como una princesa encantada, es más ideal que dejarse pegar por su

mujer, y recibir barreños de agua sucia con imperturbable estoicismo ó con vulgar humildad.

En el ánimo de Don Quijote no entró jamás la duda. Ni los peligros le detienen, ni las desgracias le enseñan á ser cauto, ni los contratiempos hacen mella en la constancia con que persigue su ideal. Los molinos de viento siguen siendo gigantes en su cabeza, aún despues de haber rodado por el suelo: la venta es castillo y los rebaños son ejércitos siempre. Las trasformaciones, los desengaños y los desencantos pasan fuera de él, sin que perturben jamás su ánimo inquebrantable.

Sócrates, por el contrario, duda siempre; y alguna vez su duda es un sarcasmo. Su familiar, representante de la prudencia, le hace quedarse perplejo; miéntras que Sancho Panza jamás varió en un ápice las creencias de su señor.

El uno aspira á ennoblecer el alma fundiendo el amor, llevado al idealismo, con la dignidad llevada á la abnegacion; y el otro quiere hacer depender la virtud de una fria sabiduría, y la moral de una vaga ciencia, dando por resultado esta doctrina su último y bellísimo discurso sobre la inmortalidad del alma, mezclado con aquel postrer encargo á Criton, de que sacrificase un gallo

á Esculapio: encargo que con razon dudan sus biógrafos si fué una debilidad ó un sarcasmo.

Don Quijote muere reconociendo la parte ilusoria de su vida; y sin embargo, su locura mata otra gran locura, y desaparecen los libros de caballería, entrando la novela en una nueva senda, de que no ha vuelto á salir. Muere Sócrates, y de su doctrina, impotente para encauzar la filosofía, nacen de entre sus mismos discípulos innumerables sectas: cirenáicos y cínicos, megáricos, pírrónicos y eliacos.

IX.

García Gutierrez da á las frases una naturalidad, una sencillez, una espontaneidad, un carácter local, que se pegan al oido y no se olvidan nunca. La elevacion de sus pensamientos y el noble temple de su alma, parece le arrastran constantemente á aquellos tiempos en que produjo una conmocion y creó una época con su «drama caballeresco» *El Trovador*. Sabe como nadie unir en una frase la altiveza del caballero y la sencillez del amigo; la dignidad de raza y de orgullo con la llanura de la familia; la pasion con todo su arrebató y la cortesía con todos sus miramientos. Sus frases son tan espa-

ñolas, tan castizas, tan propias, que subyugan con una irresistible simpatía. ¿Quién no ha repetido alguna vez las del *Trovador*? ¿Quién no las ha citado? La descripción de aquel triunfo conseguido en la escena por un oscuro soldado de Leganés, está escrita en libros y periódicos como un acontecimiento sin igual. Jamás hombre alguno ha pasado del dormitorio de un cuartel á la cumbre de la gloria en más breve plazo. Este hecho de la vida es más dramático que el mismo *Trovador*. Un ministro, Mendizábal, fué á poner en sus manos la licencia absoluta; los próceres de la literatura y del arte abrieron sus brazos á aquel joven desconocido que adquirió en una hora nombre, fortuna y posición.

Una frase de *Venganza Catalana*, en que resaltan todas las condiciones que hemos dicho, puesta en boca de un rudo soldado, volvió locos á los barceloneses en el teatro:

La muralla es para entrar

La puerta para salir.

García Gutierrez, como Zorrilla y como Aguilera, tienen ese privilegio especial de dar á sus frases una forma que las hace populares. No consiste este privilegio en la idea, en el pensamiento, ni aun en la misma forma métrica del verso, sino en un carác-

ter singular, tan difícil de definir como el timbre en el sonido, y que se refiere indudablemente tanto al oído como al sentimiento.

El mismo Aguilera ha expresado, refiriéndose á los cantares, esta condicion:

El cantar para ser bueno
Ha de ser como la cola,
Que se pegue al que lo escucha
Cuando salga de una boca.

Tal privilegio es una especie de simpatía que se establece desde luégo entre el autor y el público, y que muy pocos hombres saben conseguir.

Nosotros, lo mismo que todas las naciones, tenemos grandes escritores, inspirados poetas y célebres oradores que jamás serán populares.

El duque de Rivas figuraria en la nacion más culta al frente de una escuela literaria: Quintana ha cantado el espíritu de la época actual. Y sin embargo, ni uno ni otro han sido, ni serán nunca, poetas populares. Zorrilla lo será donde quiera que vaya: sus versos más imperfectos, más descuidados, más repetidos, se pegarán al oído del lector; y adquiriria en breve tiempo un gran nombre, aunque llegara completamente desconocido.

¡Aguilera! Si hay un poeta popular y na-

cional, lírico y patriota; un poeta que haya sabido unir el lirismo antiguo á los grandes hechos de la historia patria, es seguramente Ventura Ruiz Aguilera. La mayor parte de los poetas cantan como los pájaros, sin saber qué cantan; cantan por cantar. Hay versos hijos de la ociosidad y del compromiso, de la distraccion y del encargo. Aguilera no canta nunca como poeta solamente, sino como amante, como padre, como ciudadano, como español, como creyente.

Sus *Baladas* y sus *Ecos nacionales* le han valido el nombre de Beranger español; pero tiene más dulzura y sentimiento que el poeta francés. Sus *armonías* son un modelo, y sus *cantares* encierran tantas bellezas y tanta importancia que algunos son un poema. En este género ha recorrido toda la escala de la poesía: los hay filosóficos; profundos, amantísimos, graciosos y picarescos. Todos con una delicadeza de sentimiento sin igual en la lengua castellana.

Hojas del otoño
Secas y amarillas,
¿Por qué se entristecen
Todos los que os miran?

—
Para ir de este mundo al otro
Atravesamos un mar;
Tal vez por eso á la cuna
Forma de barco le dan.

El lujo de esa pobre
Ya no me extraña,
Para vestir el cuerpo
Desnuda el alma.

Aguilera ha comprendido que la poesía, como la música, no es una serie de sonidos vanos que halagan el oído por un momento, y se pierden en el aire; y ha querido aplicar el sentimiento y la inspiración al progreso de la humanidad. Canta los afectos puros y generosos, la familia, el hogar, la patria, las tradiciones, la ciencia y la historia, porque en todo esto debe inspirarse y fortalecerse el hombre y el ciudadano. Es un maestro del alma y un consejero de la conciencia.

En España es costumbre, gracias al monopolio de la enseñanza, envenenar lentamente la inteligencia, la imaginación y el buen gusto de la juventud, con libros anti-literarios y estúpidos, pero que son obra de algún maestro que los impone. Si aquí hubiese el cuidado que en otras naciones para educar á los jóvenes, mirando al porvenir, se pondrían en sus manos las obras de Aguilera. Desgraciadamente en las escuelas se persigue cuanto puede contribuir á formar el corazón de un joven. Martínez de la Rosa, en sus admirables *Páginas de la Infancia*; Samaniego é Iriarte en sus fábulas,

y tantos otros de nuestros primeros poetas y escritores, que han publicado libros para la enseñanza, han sido desterrados ante el aluvion de obras vulgares, erróneas ó mal traducidas, que son respecto de la enseñanza lo que las novelas por entregas respecto de la literatura, y que producen un efecto no ménos desastroso.

X.

Zorrilla... Al nombrar á Zorrilla se nos ocurre siempre una comparación en que tenemos que hablar de música. Zorrilla es el Rossini de la poesía. Como el gran maestro de Pésaro, lo sacrifica todo al oído: la melodía le arrastra á él mismo cuando escribe, de igual manera que arrastra á los lectores cuando le leen. El uno hace versos como el otro arroja notas en forma de torrente por lo flúido; en forma de cascada por lo sonoro y lo brillante. En aquél, el oído del oyente adivina las notas; en éste, el labio recita el verso que sigue; y sin embargo, en esto consiste principalmente el secreto de su atractivo. Uno y otro se repiten con frecuencia sin conocerlo y sin evitarlo. Ambos se entusiasman consigo mismos; el uno dirigiendo su orquesta, y el otro leyendo sus versos. Escriben donde paran y por donde

pasan; en los viajes y en la cama; en el paseo y en los banquetes; con lápiz y con pluma; esmaltan con sus inspiraciones los papeles sueltos y los sobres de las cartas. Disponen, el uno de las notas y el otro de los versos, como de esclavos con quienes se cuenta siempre, en la seguridad de que nunca han de faltar; juegan con aquéllas y con éstos. Zorrilla apuesta con sus amigos á escribir un drama en breves horas, y resulta *El puñal del godo*. Rossini apuesta con los suyos á componer un coro en que se oigan las gangosas voces de los judíos en la sinagoga, y escribe el célebre coro del Moisés.

Se los censura, y aún se los ridiculiza, pero se imponen de tal modo, que hay una época en la vida en que todos imitan al uno y se extasían con el otro. Son dos habladores sempiternos á quienes todo el mundo oye.

”¡Rossini ha muerto! ¡Ha muerto ante un oscuro pianista!” decía un crítico francés cuando apareció Meyerbeer, como una sombra tan combatida; y el gran maestro haciendo una profecía, contestaba con su sarcástica sonrisa: ”Rossini no sólo vive, sino que vivirá.” Y en efecto, la juventud leerá siempre los *Cantos del Trovador*, y oirá siempre el *Guillermo*; en el teatro resonarán siempre los populares versos de *Don Juan*

Tencrío; y en el templo las dramáticas notas del *Stabat Mater*. El público ha hecho de ambas obras una necesidad y una costumbre: ha unido la conmemoracion de los difuntos y el *Don Juan*; la Semana Santa y el *Stabat*. Sin embargo, tal vez no ha interpretado fielmente en su fondo, sino por una sola impresion, ambas obras: tal vez al oír recitar los versos de Zorrilla, brotan deseos más apasionados que fúnebres; y al oír las notas de Rossini, se siente más el drama que la religion; pero es imposible luchar con el sentimiento del público.

Ello es, que para colmo de semejanza, ningun poeta más que Zorrilla en España ha oído resonar á un tiempo sus versos en todos los teatros de la nacion; como ningun músico en Italia más que Rossini ha oído sus inspiraciones á un tiempo en toda la península.

No hay más diferencia entre ambos, sino que Rossini se llamó viejo, y dejó de cantar; mientras Zorrilla sigue cantando y diciendo:

„Yo soy de esos viejos que nunca lo son.“

Su musa no envejece; es hoy tan fresca y tan lozana, como hace treinta años; no ha progresado, pero no ha decaído. La edad, los tiempos, las rápidas vicisitudes de la

vida moderna, apénas han influido en su lira, que sería capaz de reproducir hoy los cantos del *Trovador*, y aquella primera y extraña poesía con que se dió á conocer sobre la tumba de un desgraciado suicida.

Campoamor es en las frases un modelo inimitable y gigantesco, porque ha emprendido una lucha asombrosa. Se ha propuesto encadenar, uncir, teger las frases, que suelen vivir solas como los cometas ó aisladas como las palmeras en el desierto.

Ha realizado lo imposible enseñando la filosofía y escribiendo la metafísica en frases. Su *Personalismo* y su *Absoluto* son un tejido de ellas magníficas, brillantes, sutiles, ingeniosas. Es muy posible pensar y creer de distinta manera que él; pero al leer estos libros, se siente uno arrastrado inevitablemente, deslumbrado sin cesar, por esa série de frases y por la exhuberancia de imaginación, que parece una luz que penetra en los arcanos de los problemas psicológicos, produciendo resplandores dentro de la inteligencia. La desgracia es que alguna vez estos resplandores, más iluminados por la imaginación que por la crítica científica, pueden ser fuegos fátuos.

Newton desmenuzó la luz para buscar todos sus reflejos y colores en el fondo de su blancura; y Campoamor ha desmenuzado

el alma, la conciencia, el sentimiento, para buscar también sus reflejos, sus colores y sus puntos brillantes. Como el gran físico inglés ha hecho pasar esa luz blanca por un prisma, y ha recogido su espectro con distintos rayos de color, de intensidad y de temperatura. En vez de analizar el alma con el escalpelo del crítico, ha cantado sus bellezas y sus idealismos con el entusiasmo de un poeta, y algunas veces con la fe de un creyente, hasta el punto de hacer casi una religión de la ciencia del espíritu. Esto podrá no ser siempre exacto; pero es bellissimo.

Ha querido hacer versos y poemas sólo con frases; y lo ha conseguido de un modo deslumbrador. Tiene leyendas en que cada estrofa es un poema completo. Léanse estos dos con que empiezan "Las tres Rosas:"

Al comenzar la noche de aquel día
ella, lejos de mí,

—¿por qué te acercas tanto?—me decía;
—¡tengo miedo de tí!

Y después que la noche hubo pasado,
dijo cerca de mí:

—¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin tí!

Y ante este principio el lector exclama:

¡Basta! El poema está terminado: no puede decirse más. Ahí está el drama completo con todo lo que puede exigir el crítico más

insaciable: exordio, desarrollo, desenlace, epílogo. Desde el "Tengo miedo de tí" al "Tengo miedo sin tí" hay un abismo infinito en que está encerrado, no una acción, sino el drama perpétuo de la humanidad con sus virtudes, con sus debilidades, con sus encantos, con su atractivo y con su fatalidad!

Todos estos poemas tienden á ser doloras, como las doloras tienden á ser frases. Así como á Zorrilla le arrastra la verbosidad del estilo, á Campoamor le subyuga la concentración del pensamiento, pero sin incurrir en el laconismo; porque en este hay economía de palabras, y en nuestro poeta lo que hay es sobra de imágenes y de ideas. Sus frases están henchidas de significación, de luz, de pensamiento.

Zorrilla es un torrente que arrastra las arenas de oro y las flores que encuentra al paso, entre el rápido sonoro murmullo de las olas, y Campoamor una agrupación de cristales que reflejan la luz en todos sentidos. El uno se propone cautivar, y el otro deslumbrar.

Aquel pinta los actos de la vida del mundo, tales como son ó como él se los figura; y éste pretende resolver ó enunciar á grandes pinceladas los más profundos problemas de la conciencia y del alma. *Don Juan Tenorio* por un lado y *Los amores en la luna* por

otro; la vida con sus pasiones mundanas, y la vida con sus misterios. Zorrilla hiere el sentimiento, el recuerdo, la tradicion; canta las leyendas y consejas populares; es "el trovador que vaga errante," recoge las creencias supersticiosas ó absurdas de su patria y las viste y engalana: Campoamor hiere la conciencia y el pensamiento; sus dramas se verifican dentro del alma, en la soledad, en el confesonario, ante Dios, ante la muerte; ante todos los grandes misterios de la existencia.

Campoamor se ha dedicado como ningun poeta, y tal vez como ningun filósofo, al estudio de esos problemas del alma, que son insolubles, porque sus datos están en lo íntimo de la conciencia humana y las incógnitas en el infinito, faltando por consiguiente el vínculo, la ecuacion para resolverlos. Se refieren á lo que el catecismo llama los novísimos ó postrimerías del alma. Aparece en ellos demasiado visible el cielo, la otra vida, el juicio supremo, para que sea posible introducirlo en el drama como un elemento manuable y conocido. Estos misterios se ocultan algo más en todas las obras literarias de pensamiento y objeto filosóficos. Además no son nunca el problema vulgar que encierra una leccion moral ó religiosa, reducida á que en otra existencia se ha de pre-

miar el bien y castigar el mal. No. Son cuestiones que se refieren al horizonte, no demarcado, donde empieza éste y concluye aquel; á las dudas y oscuridades de nuestra misma conciencia; á lo que el mundo, el alma, y tal vez la religion, no han resuelto, ni creemos que se resolverá nunca en la tierra. Se refieren á aquellos juicios que dejó pendientes el mismo Jesucristo, limitándose á perdonar y á decir que se nos mediria con la medida que nosotros midiésemos, ó á anunciar que en la casa de su Padre habia muchas moradas.

Campoamor no tiene tipos, ni héroes; porque ante la importancia de los problemas de sus leyendas, desaparece la personalidad: son dramas del alma que no necesitan encarnarse; no reflejan una época, ni una sociedad, sino un misterio de todos los siglos; un punto de vista de este mundo interno que llevan consigo todos los hombres. El cura del Pilar es un cura cualquiera: Teodora que se arrodilla á sus piés, es una penitenta, que tiene infinitas reproducciones en el mundo. Aquello no es la historia de una confesion, sino de los problemas del confesonario: es el alma dudando entre lo que la tierra condena, y tal vez absuelve el cielo; es el sacerdote luchando entre su conciencia y su doctrina, vacilante al condenar lo que Je-

sucristo perdonó, cayendo en profunda meditación.

Estos poemas no son verdaderamente cuentos ó ficciones poéticas, ideadas para entretener al lector, sino un conjunto de análisis del corazón en sus diversos sentimientos, y de misterios y problemas tan incomprendibles é insolubles para el autor como para el lector. De aquí se sigue que en muchos, como en ese que hemos citado, el deseo no queda satisfecho, nos deja una triste sensación, un doloroso vacío, que parece busca en el alma una esperanza, y en la memoria aquella grata promesa y aquel purísimo consuelo, que otro gran poeta expresó diciendo:

Ciego ¿es la tierra el centro de las almas?

Otras veces Campoamor aísla más, por decirlo así, la vida, y quiere penetrar en las transformaciones íntimas del alma, como hace en el lindísimo poema titulado *El nido*. El tránsito de la joven doncella á la mujer casada; del amor ideal á la realización de sus aspiraciones humanas; la conversión de la flor en fruto, del pensamiento en hecho y del sueño en realidad, es el mismo misterio de la crisálida que se convierte en mariposa: todo esto ha explicado Campoamor con una delicadeza tiernísima, encerrando

la vida en un nido; pensamiento que de suyo es tan bello que bastaria para hacer notable su poema.

Alguna vez tambien canta las artes y las ciencias; pero no las examina en sí mismas; sino siempre en su efecto dentro del alma, porque ese es siempre su teatro; es la jurisdiccion de su musa y el campo de su imaginacion.

Los personajes de Campoamor tropiezan con la conciencia, con la vida futura, con el cielo ó el infierno, y los de Zorrilla con el mundo. Por eso este necesita héroes reales, tangibles; fantásticos, pero en contacto con sus semejantes.

De aquí proviene la diferencia entre unos y otros. D. Juan es verdaderamente un perdido. Algunas escenas parecen escritas por una mujer, con la idea constante y temerosa de que los hombres las aman para ir á hacer gala de sus triunfos sobre la mesa de un café, y á establecer competencia en el número de las conquistas.

Valera se irrita, en nombre de su propia dignidad, contra la repugnante escena de la hostería entre D. Juan y D. Luis, al hacer aquella apuesta inmoral y cínica. Pero tal vez no se ha buscado lo bastante la explicacion y el secreto del carácter popular del héroe.

Tal vez el mismo Zorrilla nos lo dice en otra leyenda sobre el mismo asunto:

No encontrando una Lucrecia,
Cuantas conquistas desprecia.

¿El carácter de Don Juan es hijo ciego é incorregible de sus propias inclinaciones, ó del trato de las mujeres con quienes tropieza en el mundo? ¿Es que su veleidad caprichosa le arrasta constantemente, ó que no encuentra mujer capaz de detenerle y sujetarle satisfaciendo las necesidades de su alma?

Lo cierto es que en aquella lista horrible de triunfos amorosos, leída en la hostería, lo mismo que en el robo de Doña Ana, no entra para nada el sentimiento; y que Don Juan se deslumbra, se conmueve, duda y vacila en su vida, y descubre nuevos horizontes al encontrar á Doña Inés. ¿Quién sabe lo que habria sido el eterno amador consiguiendo pacíficamente á la jóven novicia? ¿Quien sabe la transformacion que aquel amor profundo hubiese podido causar en el ánimo de Don Juan?

Nosotros entregamos esta pregunta y esta duda á los que conocen el corazon humano; sin descender ahora á examinar si en el fin del drama entra para algo esta consideracion filosófica.

XI.

Valera hace también bellísimas frases; pero las disuelve en la fluidez de su estilo, en la abundancia de la palabra, y en la rotundidad del período, como Cleopatra disolvía las perlas en los más ricos vinos.—¿Cuáles son las condiciones del realismo en las creaciones fantásticas? Valera lo ha dicho en una gran frase tan rigurosa como las matemáticas de donde procede: "Potencias de números cuya raíz sea exacta."

Esta frase es un código completo de la fantasía; porque es preciso que los héroes tengan una base humana, sin lo cual estarán fuera de nosotros mismos. Sólo á los niños interesan y conmueven los cuentos completamente fabulosos é imposibles, porque los inocentes no recogen en esas narraciones más que la sorpresa, la admiración, el terror, el encanto, lo que se refiere á la sensibilidad. Pero el hombre, en que los años van grabando el *nosce te ipsum*, busca el reflejo de sí mismo, sin el cual la literatura sería un conjunto de monstruosidades fantásticas.

La nobleza de los héroes se asemeja á la caricatura, que es el poema de lo ridículo: es

preciso que conserve un rasgo de la fisonomía para que haya algún parecido. El heroísmo y la caricatura, no son más que ampliaciones de lo vulgar, de lo que todos tenemos; ampliaciones de lo bueno y de lo bello, ó de lo malo y deforme. El heroísmo se refiere al alma, y lleva su nobleza; la caricatura al cuerpo, y lleva su miseria. La vulgaridad es el término medio que fluctúa entre ambos extremos; es lo que suele contentar con el nombre de modestia á esos que el mundo llama adocenados.

Pero Valera no hace sólo frases, como la que acabamos de citar, que es digna de Horacio, sino que las tiene en todos los géneros literarios, porque es una especie de cosmopolita en las letras. La galanura del estilo las enlaza admirablemente, haciéndole pasar de asunto en asunto con la suavidad con que pasan de unos á otros, por una gradación insensible, los colores del espectro solar, ó del arco iris. Así en sus discursos políticos habla de filosofía y literatura; en sus trabajos literarios, de historia y de religión. Su frase es tan erudita que enseña siempre; tan simpática, que agrada sin cesar. Arrastra al lector y le llevaría donde quisiera sin darse cuenta del camino que seguía. Juzga sin pasión y con gracia; su palabra y su frase no necesitan el encanto del adorno;

brotan con tal tersura que son una animada y grata conversacion con el lector.

El mérito de Valera es grande como escritor, pero es mayor como crítico. En este terreno es donde luce su ingenio y su finura, su perspicacia y su erudicion. Elogia con prudencia y con cierta severidad, y censura con encantadora discrecion. En la crítica de obras antiguas, penetra en la índole de los tiempos, y en el carácter de la literatura y del autor con un análisis profundísimo; discute, compara, hace escursiones por todos los campos, desde la religion á la política, y con todos estos vestigios, que se escaparían á una vista ménos perspicaz, recompone un poema ó resucita un héroe. No hay cabo suelto que se le escape, y con uno de que se apodere hace el ovillo y la madeja. Su natural ingenio y su vastísima erudicion le hacen creador cuando escribe como crítico.

Perez Galdós sabe engarzar las frases con una belleza especial. Acuden á su pluma con exuberancia increíble; y sin embargo, hacen flúido el estilo, que sale esmaltado de graciosas imágenes. Sus novelas son un modelo y constituyen una gloria nacional; pero las frases abundan mucho más en sus escritos sueltos, en sus bellísimas revistas, en los artículos críticos y en sus fotografías literarias

y científicas. En estos trabajos, que son verdaderas preciosidades, las frases se van enlazando y parece que forman una espiral ó un tornillo sin fin: dan vueltas alrededor de un solo pensamiento; pero se alejan de él hasta lo infinito en alas de una imaginación siempre lozana. Rara vez Galdós termina un artículo donde le empieza: sus frases son viajeros incansables; mariposas que liban una idea, y van desliéndola en multitud de giros y movimientos, deslumbrando al lector con todo género de reflejos.

En sus novelas no se encuentra el complicado enredo de nuestros antiguos dramas. ni los extravíos y acaloramientos de la pasión, propios de la moderna novela francesa; ni tampoco ese estudio especial de un carácter, que suele desarrollarse con monotonía aunque con interés. Son una acción siempre en movimiento, una escena progresiva, que va complicándose lentamente y atrayendo al lector de un modo irresistible. Por eso Galdós ha sabido trazar escenas tan bellas en la novela histórica, llevándose la palma en esos cuadros de la vida contemporánea, que tanto ha descuidado nuestra literatura, limitada en este género á plagarnos de galicismos en el fondo y en la forma, en la idea y en las palabras.

Llega algunas veces á la profundidad de

estilo de George Sand en lo íntimo de las escenas de la vida, y á las consecuencias sociales de Eugenio Sué, sin la pesadez de aquella, ni las exageraciones de éste. Su habilidad ha sabido escoger como teatro de la novela ese período interesantísimo de principios del siglo, punto culminante y divisorio de los tiempos, en que España se desnudaba de su vetusta túnica, llena del polvo de una sociedad en ruinas, y se vestía el traje moderno para entrar en el concierto de las naciones. Desde esa cumbre, mirando como Jano al pasado y al porvenir, ha pintado, no sólo uno y otro tiempo, sino el misterioso fermento que producía en los ánimos y en la sociedad la transformación de una en otra época. Sus tipos son populares y son verdaderos; por esto son también filosóficos; tienen la naturalidad de la vida sorprendida en sus menores actos, y por tanto, conservan su gracia y su soltura. Son fotografías sacadas sin que lo sepan los personajes; porque cuando saben que van á retratarse, toman posturas violentas que los desfiguran. Así alguna vez asoma bajo la pluma del escritor el pincel de Goya, dando á los cuadros y á las figuras un estilo tan vivo como inimitable, tan grotesco como verdadero, tan fantástico como profundo.

La gracia del estilo en sus novelas huye de

la inútil verbosidad que suele llenar los pliegos de las entregas. En algunas de ellas, una sola palabra encierra toda una pasión ó todo un desenlace. En *Doña Perfecta* hay un amor tierno y profundo expresado en un solo juramento, en un solo grito. "¡Contigo!" Dos pobres amantes perseguidos por la hipocresía, por la envidia, por la calumnia y la murmuración, apénas se hablan, ni tienen una sola de esas conversaciones vulgares de que están llenas todas las novelas; pero resúmen su pasión nobilísima y eterna en esa palabra, que, pronunciada en un momento solemne, penetra en su corazón como en el del lector.

Valera y Galdós han escrito novelas admirables en su fondo y en su forma. Por muy distintos caminos han venido á parar á un mismo objeto y á un mismo punto. Galdós era hace poco tiempo un jóven modestísimo, con tal desconfianza de sí mismo, que sus amigos tenían que obligarle á escribir, cuando Valera habia pasado por las más altas posiciones sociales y habia recorrido gran parte del campo literario. Al encontrarse en el mismo camino, no podemos decidir quién merece más gratitud y admiración: si Galdós haciendo resistencia á escribir siendo jóven, ó Valera escribiendo novelas y siendo académico. Ello es, que estas

dos virtudes tan opuestas han enriquecido gloriosamente nuestra literatura en un campo casi desconocido, cruzado como un meteoro varias veces y en todas direcciones por Fernandez y Gonzalez y bordeado por Alarcon.

Pero ¿será esto un mero ensayo sin consecuencias, ó el principio de una regeneracion? ¿Serán Valera y Galdós astros aislados que brillen solos en el cielo como un rápido cometa, ó abrirán la puerta á una nueva senda, á un terreno virgen en que tantos laureles se pueden recoger?

¿Por qué no tenemos novela? Porque no tenemos costumbres, porque no tenemos historia, porque no tenemos crítica, porque no tenemos ciencia; porque nos falta tanto, que podemos decir que no tenemos nada. El gusto literario está completamente estragado: los editores de libros populares le han envenenado lentamente por entregas. Una educacion imperfecta no permite apreciar las bellezas literarias, y sólo encuentra emociones en lo horrible de los cuadros de un realismo espantoso ó de un extravío lamentable. Un editor decia, que para venderse las novelas necesitaban un título y una lámina que hiciese temblar á las esquinas en que se anunciasen.

El lector, y más aún la lectora de nove-

las, sólo busca cuadros espantosos, ó la pintura de una sociedad que no existe más que en su imaginacion y que le parece deslumbradora ante la falta de aquellos encantos que da al alma una aptitud delicada para percibir la belleza. Así, entre esos lectores pasan por heroínas y por modelos dignos de imitacion las cocottes francesas, y se admiran, solo bajo el punto de vista de una especie de romanticismo incomprensible, las extravagancias ó calaveradas de algun *lion*.

La pluma del novelista no penetra en la sociedad antigua, porque todavía no la hemos analizado lo bastante para conocerla, siendo en España la historia un estudio rudimentario y superficial. No penetra en la vida moderna, porque queda derrotada ante los excesos de la literatura francesa, y los cuadros de brocha gorda de los novelistas por entregas, que deslumbran, como el abigarramiento de colores eclipsa la dulzura del tono de un bellísimo cuadro.

Sólo conocemos de la sociedad antigua los grandes y sintéticos juicios que ha formado el tiempo, y que son vulgares de puro repetidos, lo cual no es suficiente base para una novela que ha de penetrar en lo más íntimo de la sociedad y de la vida. Así carecemos de esa novela histórica que tantos beneficios ha producido en otras naciones, y que sien-

do consecuencia de un estudio profundo del modo de sér de otros tiempos, ha promovido á su vez, como un justo y agradecido tributo, los estudios especiales sobre determinadas épocas, en manos de la crítica.

Vistos los héroes extranjeros con esa admiracion singular con que las inteligencias vulgares miran cuanto proviene de otras naciones, parecen á su lado groseros y prosáicos los tipos de nuestra sociedad, sucediendo en este punto lo que con el lenguaje, que se cree más elegante tomando las formas francesas en vez de las formas castizas. Doble falta, de patriotismo y de buen gusto.

La novela en una ú otra forma, es hoy el libro más importante y de más transcendencia. Penetra en todas partes, habla á todas las inteligencias; le devora la juventud y distrae los ociosos días de la vejez, y como si esto fuera poco, cada lector se apropia aquello en que se ve retratado ó en que encuentra analogías con su vida.

Ademas, no hay nada en la sociedad que no quepa dentro de sus escenas. La poesía, el drama, todos los géneros literarios tienen un límite y viven dentro de una jurisdiccion. Sólo la novela no reconoce límite alguno en su accion. ¿Quién podria calcular la influencia de una regeneracion en este ramo, dentro de la sociedad y de la literatura?

XII.

Esta poblada república de las letras en España, que se parece algo al mundo fantástico de los personajes creados por Lope para sus comedias, nos haría escribir mucho si hubiéramos de darle á conocer en sus frases.

Selgas las hace con un ingenio brillante y sutilísimo; pero las sacrifica á la antítesis y al rebuscamiento, y las emplea como armas para combatir la civilización y la libertad. Trueba las calienta al templado fuego del hogar y de la familia; las toma del pueblo, y cuando no, las tiñe con un barniz patriarcal; Grilo las viste con un lirismo inagotable y una imaginación florida, y Arnao las rocía con agua bendita. Arolas, sacerdote y poeta apasionado, sin más expansión que la poesía, tiene siempre frases de fuego y de sentimiento. Parece una de aquellas víctimas de los tiempos pasados, ocultando un corazón volcánico bajo una toca ó una cogulla.

Pedro Antonio Alarcón ha dicho, al entrar en la Academia, que rompía todos sus escritos, como el hombre rompe todas las cartas amorosas al casarse. Pretensión imposible cuando en esas cartas hay bellísimos

pensamientos y grandes frases, que no pueden borrarse, ni olvidarse.

Nuñez de Arce tiene á veces la robusta entonacion de la oda antigua y el lirismo de nuestra poesía clásica; es poeta por su genio y por sentimiento; y cuando canta, como no suele hacerlo sólo por cantar, elige asuntos dignos, con lo cual se alza la energía de su frase. Uno y otro son poetas y hombres políticos; habiendo sabido realizar la fórmula del *homo duplex* en la sociedad; debiendo su nombre á sus versos, y su posicion á su pluma como periodistas.

Echegaray, gran poeta y gran matemático, gran orador y gran hacendista, ha escrito bellísimas frases en ciencias, buscando tal vez la forma dramática y áun la forma trágica en las evoluciones que se verifican en el seno de la naturaleza, y en los fenómenos químicos que se verifican en el seno de los cuerpos. Es poeta hablando de ciencias en su "Explicacion de los flúidos," y es demasiado matemático tal vez en sus dramas.

Acumula las frases en algunas ocasiones con más riqueza y brillantez que oportunidad; del mismo modo que acumula las situaciones dentro de una escena. El segundo acto de *En el puño de la espada* tiene argumento, interes, escenas y episodios para tres

ó cuatro dramas. Fuerza la imaginación, cómo se fuerza una máquina, hasta el momento próximo á la explosión. Así ha creado un género nuevo que no es ni clásico, ni romántico, ni realista, teniendo sin embargo mucho de cada uno de estos géneros, en que los críticos han pretendido encontrar diferencias esenciales. Su poderosa imaginación une todos estos extremos de un modo admirable. Del seno del clasicismo brota el mayor extravío romántico, como una serpiente que asoma la cabeza entre las flores.

Sus personajes dejan en el alma la duda y la meditación cuando son buenos, el horror cuando son perversos. Dentro de los límites de la pasión no ha concebido nadie un tipo tan horrible como el del amante de *Cómo empieza y cómo acaba*. Si hubiese un amante que se viese á sí propio como aquél, se horrorizaría de su propia conciencia, como Cain, oyendo la maldición, ó se sacaría los ojos y huiría de sí mismo, como Edipo.

La escuela de Echegaray ha encontrado su complemento en Sellés, que en *El nudo gordiano* ha prescindido de lo que Echegaray calla, para que el lector saque las consecuencias, y lo ha puesto de manifiesto claramente.

Cualquiera que sea la opinión que se for-

me del teatro, ya se le considere como escuela de las costumbres, como reflejo de la sociedad, como distraccion ó como vicio, como necesidad ó como lujo; como templo del arte ó como consejero de la vida, nosotros no nos explicamos con claridad qué beneficios pueden resultar de ese realismo que se complace en presentar todas las llagas sociales con sus más repugnantes detalles. Nos parece esa exposicion descarnada de las láminas horrorosas del Atlas de Olavide en los escaparates de las librerías. No enseñan, ni corrigen, y repugnan.

Becquer es el poeta del sentimiento personal. Su misteriosa vida se lee en sus versos, que no tienen tal vez la melodía del oído; pero tienen las lágrimas y suspiros de un alma sensible. Se canta á sí mismo generalmente; sus versos suelen ser breves como la impresion, y sus frases tan robustas y tan hijas de un sentimiento absoluto y dominante, que no reconocen límite alguno:

Hoy la tierra y los cielos me sonrien;

Hoy llega al fondo de mi alma el sol;

Hoy la he visto... la he visto y me ha mirado.

¡Hoy creo en Dios!

Becquer fué un enigma en su vida y en su muerte. Su hermano hizo una gran frase contestando á la pregunta ¿de qué ha muerto?—¡De muerte! respondió solamente. Y en

efecto, llevaba este germen en su vida. Sus versos lo dicen en todos los tonos.

Amador de los Rios, las disuelve en un océano de palabras, aspirando á la entonación clásica, y ofreciendo un ejemplo de las diluciones homeopáticas. Oliván, las sujetaba antes de estamparlas á un exámen, pidiéndoles la fe de bautismo, y dándoles la credencial de castizas; furor académico que alguna vez le hacía ser extravagante.

Fernandez y Gonzalez, imaginacion sin freno, las arroja de su pluma y de su boca como un torrente, y con una originalidad que no tiene rival, traspasando todos los límites de la hipérbole. Acusado de algun error histórico, exclama: "No sé historia; pero la presiento." En una cuestion personal decia: "Me se debe saludar con el cráneo en la mano." Y ante la inauguracion de la fuente del Lozoya, en la Puerta del Sol, hizo esta frase magnífica: "¡Oh poder de la civilizacion! ¡Poner los rios de pié!"

Muchos de nuestros oradores han sido fecundos en frases.

En Lopez brotaban, como las chispas en un yunque, en aquellas improvisaciones arrebatadoras. Galiano las prolongaba como un eco de sí mismas que cautivaba al oyente y le tenía suspenso, no sólo de sus labios sino de sus manos. Rios Rosas las comunicaba

la fuerza de su genio y de su voz, siendo poderosas y temibles en sus labios y frias en sus escritos, cuando perdian lo ronco del acento y la "alta cara" con que las pronunciaba.

En Olózaga, eran un puñal envuelto en un suntuoso manto, y en Pidal la pesada maza de los antiguos guerreros; Castelar, el atleta de la palabra, recorre con ellas el mundo; las toma de la filosofía, de la historia y de las ciencias, convierte los conocimientos humanos en un arsenal para formarlas, encadena y baraja los siglos y los hombres para su objeto, y las arroja mezcladas, pero hábilmente combinadas, con tanto arte como sonoridad. Es el artista de la elocuencia.

CAPITULO V.

LA FRASE EN HISTORIA.

I.

Un gran escritor ha dicho que la historia del mundo, desde la creacion hasta nuestros dias, está encerrada en dos ambiciones. Estas dos ambiciones son dos frases: "Sereis dioses"; historia de las revoluciones contra Dios. »Sereis reyes"; historia de las revoluciones contra los hombres.—El autor no pecaba ciertamente de liberal, ni aún de profundidad filosófica, al buscar como única causa de las evoluciones sociales y políticas la ambicion; pero las frases son buenas, y como tales las citamos.

Nos basta este primer ejemplo para demostrar que en la frase histórica no puede buscarse ni la verdad que en la científica, ni la belleza que en la literaria. Su objeto es simplemente un juicio, una opinion; y su mérito consiste en la significacion.

Toda la historia del género humano podría escribirse en pocas de esas frases que resumen una época, y la alumbran y esclarecen como una luz interior. Alguna vez la

fuerza con que iluminan y la exageracion que expresan, traen á la memoria la concentracion del foco luminoso en el reflector, y la hinchazon á que se someten los objetos imperceptibles á la vista para apreciar sus menores detalles con el microscopio. Son fotografias que al aumentar el tamaño, aumentan tambien los defectos, las virtudes y todos los lineamientos sociales.

La frase histórica tiene un carácter especial, hijo de múltiples causas, que no le permite á veces expresar sinceramente las circunstancias del momento, sino por medio de la interpretacion. Con frecuencia depende del carácter personal, de la diplomacia ó del error. Aquí se resumen las pasiones y los vicios, las ambiciones y los errores de los hombres de Estado. Felipe II, el monarca austero, poderoso, temible y feroz, tiene frases humildes; y Felipe IV, frases que son las baladronadas de la impotencia de todo poder agonizante. Estas frases ponen á veces de manifiesto la vida pública y la vida privada, y aparecen contradictorias, como suele serlo el cumplimiento de imprescindibles deberes con los sentimientos personales. Es una verdad que "no hay hombre grande para su ayuda de cámara." De los mismos labios salieron las frases más presuntuosas que ha escrito la política del absolutismo: "el Es-

tado soy yo", y las sumisiones más humillantes ante una mujer.

Por otra parte, la diplomacia antigua, fundada sólo en el engaño, envolvía en frases, oscuras unas veces y falsas otras, los móviles y los fines de los actos. La crítica ha descubierto en algunas ocasiones su verdadero sentido, pero en otras le habría sido preciso penetrar en los secretos de una conciencia para descubrir su hipocresía ó su fanatismo, su lealtad ó su intencion. "París vale una misa" puede ser el pretexto de un sentimiento religioso ó un cálculo á costa de las creencias. Los hombres públicos están siempre en escena; hacen el papel que las circunstancias les obligan; pero alguna vez añaden frases y palabras suyas, como Fernando VII representa el rey constitucional; leyendo las frases de sus ministros en las cortes, y añadiendo de su cuenta lo que el sentimiento le dictaba. En el primer capítulo hemos dicho que la frase era hija de la espontaneidad, y aquí suele serlo de la conveniencia ó de la necesidad.

En los hechos particulares de la historia, las frases explican los sucesos, las épocas y los caracteres. Suelen ser pinceladas en un gran cuadro ó retratos. Asoman por cima de los sucesos y de los hombres como el tinte de un cuadro ó los celajes del cielo sobre las figuras.

La mujer que al despedirse de su hijo, que marcha á la batalla de Mantinea, le dice: "con el escudo ó sobre el escudo" hizo una fotografía de Esparta, levantando un altar al patriotismo para sacrificar en él su amor de madre. *Veni, vidi, vici*, es en tres palabras mucho más que una figura retórica, y más tambien que una campaña: un triunfo y una historia. ¡*Tu quoque Brute!* es drama y tragedia: César cubrió su cabeza con el manto para no ver á su asesino; pero con este grito cubrió los secretos de su alma, sin que el teatro los haya podido descubrir desde Shakespeare á Ventura de la Vega.

II.

Seguir una por una las frases históricas, es seguir la historia de los pueblos y de los hombres; es escribir todas las vicisitudes, los heroismos y los vicios de cada siglo.

Pero si bien es cierto que el hombre ha sido siempre el mismo, hay tan inmensa diferencia entre el estado social moderno y el de los tiempos primitivos, que no caben en un estudio de este género las frases que se refieren á los imperios de la antigüedad. Nuestro mundo, nuestra historia comienza con la predicacion del cristianismo; este hecho establece en la humanidad la misma lí-

nea divisoria, el mismo insondable abismo, que hay entre el antiguo y el nuevo Testamento. Son padre é hijo; pero el hijo entierra al padre en las sombras del olvido, para vivir en una nueva luz, en una nueva atmósfera.

Desmoronado el imperio romano, corroído por ideas que no cabían en su seno, y destruido materialmente por la potente fuerza de los bárbaros, se apagan aquellos últimos resplandores de Alejandría, y viene sobre el mundo la noche, que era sin embargo, preludio de un claro día. ¡Qué noche tan misteriosa! Bajo su silencio, bajo su oscuridad, bajo sus horrores y sus crímenes, empiezan á fermentar como un gérmen divino el idealismo del pensamiento cristiano, los delicados sentimientos que hoy cantan los poetas en aquella sociedad bárbara, las ideas nobles, generosas y caballerescas á que otros tiempos más civilizados y más prosáicos han levantado altares en el fondo del alma. Era una tierra sombría en cuyo seno se había depositado la semilla de olorosas y cándidas azucenas. El gérmen cristiano no podía luchar con la fuerza, con las costumbres, con el mundo; pero se refugiaba en el fondo del corazón y en los sueños del espíritu, vislumbrando algo mejor que aquello.

El género humano tenía casi periódica-

mente estremecimientos y terrores propios de la miseria y debilidad de aquella vida. Unas veces creía que el mundo se acababa en un plazo breve y fatal, y se entregaba á la penitencia; otras el terror, perturbando la imaginacion, le arrastraba á enfermedades mentales que caian sobre los pueblos como una maldicion. La diosa de la locura, que algunos creen que se mezcla en todos los estados anormales de los pueblos, derramaba su letal veneno sobre las inteligencias, recorriendo el mundo. La fe se mezclaba con las más absurdas supersticiones; se alarmaba ante los fenómenos naturales, ante la frecuencia de las pestes y las más horribles enfermedades cutáneas; y la debilidad del pueblo buscaba un refugio en las puertas de los castillos y en los claústros de las catedrales, en los señores y en los obispos, dándoles así una prepotencia, que con el tiempo habia de modificar las condiciones sociales.

Las cruzadas, resúmen de todos estos sentimientos, brotan como un viento que arrastrara á los pueblos á la conquista de Jerusalem. Excitan la fe, conmueven la Europa, reúnen á todos los pueblos cristianos bajo una sola bandera y los arrojan sobre el terreno de los misterios de la pasion, para que hagan allí ostentacion de sus vicios, de sus miserias y de sus ambiciones. El cristianis-

mo sabe pelear, pero no sabe aún gobernar; es poderoso contra sus enemigos, débil contra sí mismo. La religion es todavía una fe, un fanatismo, un entusiasmo, una fiereza; pero no es el freno de las pasiones, la guia de la conciencia, el sentimiento unido á la razon, el espíritu eficaz de la sociedad. Sin embargo, las cruzadas comienzan por ser un acto de fe, un hecho religioso, y concluyen por una influencia social y política, que extiende de un modo fabuloso el reducido círculo de la vida.

Tras del feudalismo se crean las grandes nacionalidades, y con ellas las tiranías. Los catorce reinos de España se convierten en la poderosa unidad de Cárlos V y en el tenebroso poder de Felipe II. Francia crea la monarquía de Luis XIV, de que brota, no como un grito presuntuoso, sino como una realidad tiránica, la frase: "El Estado soy yo," última fórmula de la absorcion de todas las fuerzas vivas del país.

La Europa moderna, empieza por una concentracion del poder, que hoy se consideraría como un despotismo, y que entón-ces fué un verdadero progreso en la libertad, porque rompió las cadenas del feudalismo. Los pueblos se hacen amigos de los reyes en contra del enemigo comun, y aunque solo cambian de señor, las grandes mo-

narquías llevan el gérmen de las grandes nacionalidades, que son despues la base del progreso.

Las frases salen del almenado y solitario castillo gótico para pasar al sombrío convento y al sangriento campo de las luchas religiosas; pierden la rudeza de la Edad Media, que á pesar de la barbarie de los tiempos, ofrece grandes delicadezas y tiernos sentimientos, como flores que brotaran en árida y quebrada roca, y se impregnan del lúgubre silencio del claustro, del terror de la inquisición, y de aquel casuismo que permitia siempre satisfacer los caprichos de la voluntad, cumpliendo con los preceptos religiosos.

A los bárbaros atentados del feudalismo con los pecheros, suceden los abusos de los conventos; cambiando el vicio de lugar y de forma; viviendo primero al amparo de la proteccion material del señor, del derecho de asilo y de otros privilegios; y despues de la promesa de ganar el cielo, abdicando la voluntad y cediendo las rentas y riquezas.

La primera de éstas épocas, nos dió guerreros y tiranuelos, que en una nueva trasformacion social fueron los amantes penden- ciosos y los modelos de lealtad del siglo xvi. La segunda produjo santos y hombres de la talla de ambos Luises, de San Juan de la Cruz, Mariana y otros muchos, en cuya vida hay

una protesta contra aquellos abusos. Porque no puede existir una sociedad sin alguna idea grande, que unos explotan miserablemente y en que otros tienen inmensa fe, capaz de elevarlos hasta las más generosas concepciones y los más altos hechos.

El individualismo feudal que dividía el género humano como la tierra en lotes, se disuelve en las nuevas ideas de nación, de pueblo, de monarquía, que eran casi incomprensibles para los señores feudales y para sus esclavos.

A la lucha con los árabes, para adquirir la patria y con los turcos para conservarla; á la conquista de Granada, que expulsa á los primeros de Europa, y á la batalla de Lepanto que sepulta en sus aguas las aspiraciones de la media luna, se suceden las luchas interiores de organización de los Estados. La batalla se da en el seno de la nueva sociedad. Los papas y el clero se arman con la excomunión, con los soldados y con la astucia de la política italiana, y los reyes con las regalías.

El privilegio, forma de la libertad en aquella época, en que esta preciosa conquista, derecho en los tiempos modernos, no se concebía sino como una exención de la tiranía general, toma nuevas formas, penetra en las asociaciones y gremios, se adquiere

por muy diversos medios: la ciencia y el dinero empiezan á ser considerados como elementos niveladores de las clases; y se vislumbra en el fondo de aquella metamorfosis social que podrá llegar un día en que el trabajo, la fortuna ó el talento hagan desaparecer las barreras que una serie de preocupaciones habian levantado entre los hombres y las familias.

Pero todo esto que enlaza á los pueblos, y que lleva sus aspiraciones á un mismo punto, contribuye á formar la idea de la monarquía, con el poder absoluto que representa en el siglo xvi.

En la historia moderna, ninguna época, ningun siglo ha abundado en frases como el siglo xvi; como aquel período de efervescencia y renacimiento, en que todo lo bello y lo grande de la antigüedad, parecia que despertaba bajo la influencia de un soplo vivificador, y se infiltraba en la sociedad, alumbrada por una nueva luz. Ciencias, artes, letras, todo parece que brota de repente, como si una mano bienhechora hubiese rasgado el velo de las tinieblas, ó levantado la losa que oprimia los entendimientos. El gérmen recogido en el fondo del alma durante la Edad Media, rompe su cárcel, y sale á la superficie, encarnándose en la historia y engendrando los grandes

hechos de esa afortunada é inmortal centuria, en que nace todo lo presente.

En aquel siglo, cuya historia en su profunda significacion, en sus íntimas convulsiones, no está bien estudiada todavía, fermentaban la mayor parte de los problemas, cuya resolucion, no ultimada aún, habia de agitar tanto á los siglos siguientes.

La lucha de los municipios con el poder central; las cuestiones de propiedad, la nueva forma que iban adquiriendo los derechos sociales, hacian concebir vagamente al pechero que podria ser un ciudadano.

Las guerras internacionales, el descubrimiento de América y los grandes inventos, base de la ciencia moderna, abrian inmensos y desconocidos horizontes, al mismo tiempo que la inquisicion y el terror producido entre los católicos por la reforma, pretendian cerrar el campo á la inteligencia, y establecer para el fecundante movimiento de las ideas una barrera semejante á la que Dios habia puesto á las olas del mar, diciendo: ¡de aquí no pasareis!

Nunca se han encontrado tan frente á frente los dos principios enemigos de libertad y oscurantismo; nunca han sostenido una lucha tan gigantesca. Eran dos tempestades que se aproximaban para pelear, y

cuyo encuentro habia de conmover el mundo en sus cimientos.

Del choque habia de resultar el trueno y el rayo, como luz vivificante que alumbrase los pasos de la humanidad, ó como fuego deletéreo que no dejase tras de sí más que humo y cenizas. O la luz de la ciencia, ó las hogueras de la inquisicion. O la paz tenebrosa de la tiranía y el silencio de las tumbas, ó el alegre movimiento y el bullicioso ruido de la vida.

Habia en los espíritus cierto presentimiento del porvenir. Creemos que se luchaba más por instinto que por conciencia; más por uno de esos secretos impulsos que la Providencia pone en el corazon de los pueblos, que por el profundo y serio convencimiento de que el progreso era una necesidad.

Se reproducian en algun modo los tiempos próximos al nacimiento del mundo cristiano en que la humanidad iba á variar en el modo ser. Entonces se abrió á la nueva vida el mundo moral, y ahora se abria el mundo físico, se penetraba en el conocimiento de la naturaleza. Despues de haber conquistado el alma, se conquistaba el cuerpo. Regeneracion del mundo espiritual y conquista del mundo material, que completaba la obra del progreso, y venía á dar

al hombre la plenitud de la vida del ser libre é inteligente, cuya mirada penetra en los cielos y mide las profundidades de la tierra.

Aquella, época de los filósofos, moralistas y apóstoles: ésta de los físicos, naturalistas y matemáticos. Allí la moral, verdad del alma; aquí la ciencia, verdad de la naturaleza.

Si aquel siglo hubiese podido pensar en sí mismo; si hubiese tenido esta soberbia del nuestro, ¿quién sabe lo que de sí mismo habría creído? ¿Quién habría podido medir su orgullo y aquilatar su ambición? El telégrafo no puede compararse con la imprenta; ni los ferro-carriles con el descubrimiento de un nuevo mundo. Las consecuencias intelectuales de la reforma religiosa conmovieron la sociedad más profundamente que cuantos descubrimientos pueda hacer la humanidad; porque en el seno de la naturaleza física no hay nada que pueda compararse al descubrimiento en el seno de la inteligencia del principio revolucionario del libre exámen en el campo de la ciencia.

De seguro, aquellos hombres de fe creyeron más posible y ménos asombroso el hallazgo de un mundo perdido en los ignotos mares, que el de un principio oculto en los rincones de la conciencia; porque tenían más

confianza en el *non plus ultra* escrito por su soberbia en el infinito de la inteligencia, que en el lema de las columnas de Hércules, escrito ante la inmensidad del Océano. El uno cerraba las puertas solamente á lo desconocido, y el otro á lo imposible.

Si se estudian detenidamente uno y otro descubrimiento, será fácil ver que no conocieron desde luégo la importancia de la obra de Colon, sino bajo el punto de vista de un sentimiento de curiosidad algo pueril; y que adivinaron instintivamente la trascendencia del descubrimiento de la imprenta y del libre exámen. Tembló su fe y se alarmó su conciencia; sintieron en la profundidad de su alma algo semejante á un terremoto. La tierra se les iba bajo sus pies. El mundo flaqueaba por su base y perdía los cimientos. La sociedad quedaba en el aire, y los pueblos se asomaban espantados al abismo. ¡Oh! Ante este terror ¡cómo se concibe aquella esperanza instintiva de que el Nuevo Mundo habia venido para ser un refugio de la fe católica, expulsada del antiguo continente!

Los pueblos se lanzan como locos por las nuevas sendas abiertas á su curiosidad y á su ambicion; confundiendo las ciencias, la religion y la política, y adivinando que no hay una de estas cuestiones que no se relacione íntimamente con las demas.

Los verdugos y las víctimas de aquella lucha que estremecía el mundo, matan y mueren, sin conocer tal vez la causa que defendían. Las matanzas religiosas son quizá políticas; bajo las sentencias dictadas contra los sabios aparece el temor religioso; las guerras toman por pretexto cuestiones puramente teológicas, y llevan bajo sus banderas el porvenir político y social de Europa.

Porque la idea de libertad en todas las manifestaciones de la vida, es lo que germina en la mente del hombre estudioso, y en el corazón del plebeyo, lo que arma á los pueblos y crea las asociaciones, las comunidades, las germanías, los gremios y las hermandades; lo que anima la pluma del filósofo y el pincel ó el buril del artista; y entabla una guerra y presenta una batalla donde encuentra un obstáculo al pensamiento, que se siente libre y poderoso para volar por un inmensurable cielo.

Desde la altura luminosa de aquel siglo xvi, caen las frases á la oscuridad de los siglos xvii y xviii, sometidas á la doble censura del poder civil y del poder eclesiástico; infunden en la vida la humillante resignación y la deletérea esperanza de la limosna y la caridad pública; matando el activo pensamiento para el día de mañana, y haciendo decir á todo español que "no le

faltaría ni un convento para la sopa, ni un santo hospital para la muerte." Inspiran el temor constante, manifestado por el refrán de que donde quiera que fuese no le faltaría "un rey que le mandase y un papa que le excomulgase."

No insultamos á esos tiempos, ni queremos exigirles más de lo que podían dar de sí. La lógica de la historia es inflexible; y nosotros admitimos de buen grado la necesidad de que el hombre haya tenido que pasar por tan duras vicisitudes para llegar al estado presente.

Lo que no concebimos, es que haya quien desee volver á aquellos tiempos, lo que equivaldría á hacer retroceder el mundo, y, á que la tierra desande los millares de leguas recorridas en su órbita. La física ha demostrado, que si nuestro planeta se parase de pronto, el movimiento, convertido en calor, le gasificaría; y la filosofía de la historia demuestra, que si la sociedad retrocediese, desaparecería aniquilada, gasificada, como la tierra que la sustenta. Las fuerzas morales é intelectuales no son ménos poderosas que las fuerzas físicas y químicas. La velocidad adquirida puede medirse en los pueblos como en los cuerpos; y sus leyes son tan inevitables en aquéllos como en éstos.

Sin embargo, la fe en el progreso no

nos lleva á negar el delicado sentimiento de los que miran aquellos siglos con respeto, y cantan sus glorias, en lo que á nosotros ha llegado como bueno y como noble.

El mundo necesita la epopeya en la historia; huye de la vulgaridad que le rodea, y convierte en héroes á sus abuelos, dando origen con esto á esa constante creencia de todos los pueblos y de todas las edades, que han expresado los historiadores y los poetas. El pueblo que no tiene héroes los inventa: los pueblos sin historia tienen fábulas.

Hay en esta creencia no interrumpida; en el *pejor avis* del poeta latino, y en el

cualquiera tiempo pasado
fué mejor

del poeta castellano, cierto cariño patriarcal, cierta nobleza, cierta generosa aspiración, que no hemos de combatir en su fondo. El hombre no puede odiarse á sí mismo en su imágen y en su familia; el mundo no puede desacreditarse á sí mismo en su pasado, porque tiene, como el individuo, su amor propio, su dignidad y su decoro.

El tiempo ha ido borrando los detalles de aquellas costumbres, y conservando sólo lo que podría halagar la imaginación. De

aquellos amores infieles ha conservado la galantería; de aquella hipocresía en el trato, las buenas formas; de aquellas bárbaras pependencias, el valor; ocultando bajo estos recuerdos los defectos de aquella vida tan digna de lástima. La distancia embellece y aún poetiza los objetos. La grosera vida de los pastores, ha sido cantada por todos los poetas, y ha inspirado el lápiz y el pincel de los paisajistas.

III.

Grecia y Roma nos dejaron grandes frases en materia de patriotismo y de política: allí el hombre era ante todo ciudadano. No hay sacrificio por la patria, ni heroicidad en la guerra, que no esté escrita en frases demasiado conocidas. Los oradores y literatos modernos han abusado de ellas muchas veces; y los historiadores y críticos las han interpretado para dar á conocer la índole de aquellos pueblos. Cada una nos daría motivo para un capítulo sobre las intimidades de la vida de una sociedad tan distinta de la nuestra.

Lo mismo podemos decir de las demás épocas históricas; por lo cual, estas frases no pueden aparecer aquí con el enlace y conexión que les da un progreso continuo,

sino como hechos aislados que se refieren á momentos culminantes de la historia, ya general, ya particular de una nacion.

"Seamos hombres" decian los pensadores como un consejo y como una esperanza, ántes de la predicacion del cristianismo, oponiendo esta frase al *tedium vitae* que impulsaba al suicidio al pueblo romano. Una y otra frase pintan con admirable exactitud el estado de la sociedad en aquella época de ansiedad y de agonía en que fermentaba algo oscuro en el corazon y en la inteligencia. "Al Dios desconocido" escribieron los griegos en una ara, como grito del instinto del espíritu. San Pablo se conmovió al leer esta frase, y armado con ella se presentó en el Areopago. Desde entónces sólo predicó "al Dios que no mora en templos hechos por la mano del hombre."

Cuando el imperio conoció instintivamente que el cristianismo era su ruina, salieron de su seno frases horribles.

Fex legis super eos, ¡la hez de la ley sobre ellos! resume las persecuciones contra la Iglesia; es la historia de los cristianos desde Tiberio á Diocleciano. No bastaba la ley para exterminar aquella semilla, que se propagaba "como la langosta," sino que era preciso arrojar sobre su cabeza la hez, los posos y la podredumbre de la ley.

El decreto prohibiendo el culto cristiano sobre la superficie del imperio, creó las catacumbas, debajo de tierra; y el absurdo de que no residiesen los sectarios de la cruz en ningún punto del mundo, es sólo semejante al bando de aquel alcalde de monterilla, que disponía que los mozos no estuviesen en la plaza, ni "en ninguna parte."

Las frases del imperio romano recorren todos los tonos desde Augusto á Augustulo, como en nuestra historia de la casa de Austria, desde Carlos I á Carlos II. Descienden, bajo cualquier punto de vista que se las considere, desde un siglo de oro á un siglo de cieno; ó como ha dicho un historiador, desde los vencedores en todo el mundo hasta los vencidos por sus vicios; porque los pueblos se diferencian de los hombres en que se pudren ántes de morir.

Soy romano, significa todo el orgullo de la reina del mundo; el imperio triunfante y los pueblos sometidos; la gran division del género humano en dos razas, de amos y de esclavos. Es en la historia el precedente político de *soy noble* en la organizacion social de la edad media.

Ante esta frase pronunciada por San Pablo, cargado de cadenas, tiemblan el tribuno Lisias y el gobernador Félix, y se preguntan asustados: "¿qué vamos á hacer?"

Berenice, desde la ostentacion del trono mira con respeto á aquel pobre judío perseguido; y el rey Agripa le contesta con la mayor cortesía: "Por poco me persuades á hacerme cristiano: estás libre: ve al César." Ser romano infundia más respeto que ser Hijo de Dios.

Los bárbaros no dejaron tras de sí frase alguna. El terror de sus conquistas, las amenazas de Atila, el espanto de la destruccion, han quedado en mil frases que pertenecen todas á la vieja Europa.

Roma sucumbe, y es pisoteada; pero áun sucumbiendo deja en su agonía grandes frases, como últimos fulgores de una luz sofocada por el manto de las tinieblas. Sucédese la barbarie en la lengua y en el trato, en el arte y en la ciencia. No queda el silencio misterioso y elocuente de la muerte, sino el rudo y grosero de la ignorancia.

Aquellos bárbaros profanan las estátuas del arte griego, y encienden hogueras en los templos y en los monumentos con la misma indiferencia, con la misma estúpida insensibilidad con que sus caballos comen en los altares. La ciencia y el arte no cabian en sus toscas cabezas.

¡Qué diferencia de tiempos y de sucesos! Cuando nuestros soldados saquearon á Roma, se entregaron á un delirio, á una

orgía de sangre y de venganza. Mataban por hacer daño, destrozaban por humillar el orgullo de la corte romana, corrían como locos por las calles con las casullas de los curas y los hábitos de los cardenales para hacer mofa y escarnio; daban la bendición al pueblo imitando al Papa; alfombraban las cuadras con los tapices del Vaticano; se hacían servir los vinos por los cardenales en los cálices de San Pedro; cantaban en el féretro el oficio de difuntos al cardenal Araceli...; pero bajo aquellos delirios había una fe, una creencia; odiaban porque creían; insultaban y humillaban porque habían respetado; eran católicos y vengaban en nombre de su fe la prostitución romana, la infidelidad de Clemente VII y la avaricia de los cardenales.

Aquellos soldados, cuyos actos explica con maravillosa exactitud el abad de Nájera diciendo: "Perdieron el temor á Dios y la vergüenza al mundo;" interpretaban fielmente las grandes frases del emperador Don Carlos mandando cantar un *Te-Deum* por la victoria y hacer rogativas por el Papa, prisionero en nuestras manos. Distinciones políticas, que se aunaban perfectamente con las distinciones teológicas.

En una frase ha pretendido resumir el Papa muchas cuestiones canónicas al dar su

bendición *urbi et orbi*, á la ciudad y al orbe, á Roma y al mundo:

Una frase de un santo ha sido la ley de la sociedad moderna; la profecía de la subida al Capitolio del cristianismo y de la democracia á los tronos de la tierra: *fex urbi, lex orbi*: el pueblo humilde y despreciado, la hez de la sociedad será la ley del mundo; primer gérmen de la declaración de los derechos del hombre, que ha tardado diez y ocho siglos en brotar á la superficie social.

Como frase religiosa, sentó al Papa, elegido por los pobres cristianos, en el trono de los Césares; y como frase política, ha roto el derecho divino, reemplazándole con el sufragio universal.

La democracia es hija de esa frase, anárquica y demagógica, cuando nació, revolucionaria hoy todavía, y máxima de gobierno mañana.

El *non possumus*, como frase, hará fortuna, porque es como el *quia absurdum* de San Agustín, precedente suyo. No es posible dentro de ciertas ideas decir más que esta frase en materia de fe, ni más que aquella en las relaciones de la Iglesia y el Estado. Los artistas representan la fe con los ojos vendados: San Agustín puso la venda sobre el espíritu. El arte no ha podido imaginar nada tan profundo y misterioso como

aquel sábio con tantos resplandores en la inteligencia, extendiendo las manos en la sombra y diciendo: *credo quia absurdum!*

En ciencias y en filosofía, cuando el espíritu analizador de la curiosidad penetra hasta las primeras causas, tropieza indefectiblemente con el *credo quia absurdum*. Hay una muralla, más allá de la cual no se puede pasar: unos caen de rodillas ante ella, como San Agustín, y establecen allí la línea divisoria de la razón y de la fe; y otros retroceden descontentos ó irritados, yendo á pasar al escepticismo. Es la razón de la sin razón de las cosas eternas; el caos en que se envuelven las primeras luces de todo conocimiento.

Las guerras religiosas, las cuestiones teológicas, que han ensangrentado la tierra y han sido tal vez la tragedia más estéril y espantosa de la historia, no fueron más que guerras de frases, y alguna vez de palabras, de proposiciones ó adverbios y hasta de signos ortográficos.

Arrio no hacía más que frases de puerta en puerta, hablando á las madres, y pretendiendo comparar sus hijos con el Hijo Crucificado. Los protestantes han perseguido cruelmente á los católicos, por cuestiones de ortografía.

El misterio de la Eucaristía ha sido re-

ducido á la cuestion de un pronombre: "Este ó esto es mi cuerpo" y la resurreccion á la variacion de sitio de un adverbio: "No está aquí, resucito," ó "Está aquí, no resucitó." Las verdades teológicas y los dogmas eran cuestiones de fe para el vulgo, de escuela para los estudiantes, de gramática para los ergotistas.

Las empresas, los motes, los emblemas de los caballeros de la Edad Media, esos símbolos que hoy se conservan en los escudos nobiliarios, no eran más que frases en que se condensaban la vida, la esperanza ó el pasado de un individuo, de una familia ó de un reino. Frases que fueron muchas veces motivos de grandes acciones, de heroicas virtudes ó de horribles crímenes; frases que nacian de una idea, de un hecho, de un sentimiento, y que se imponian á toda una descendencia, ya como un modelo virtuoso, ya como una maldicion.

Para comprender bien su importancia, su viva eficacia, sería preciso penetrar en lo íntimo de esa Edad Media, y saber unir aquel idealismo personal, aquella pureza de los propósitos en la region del alma, aquel amor platónico, aquella fe religiosa, á las violencias, los horrores y el materialismo de la vida feudal; problema que parece insoluble, que ningun escritor ha sabido resolver, ni

Cantú con su espíritu católico, ni Pí con su espíritu analítico en las más bellas frases que ha escrito. Sociedad incomprensible, que vivía entre las más opuestas contradicciones, y cuyo estudio ha hecho exclamar á un pensador: "El mundo era una jaula de locos."

Aquellos motes y aquellas empresas brotaban á veces de un sentimiento profundo, como en los caballeros enamorados: "Vivo sin vida." Eran otras oscuras como los misterios del alma: "invariable", escrito debajo de una brújula mirando siempre á la estrella polar. Iban cubiertas con celada y visera como el que las llevaba: "Para tí luce," debajo de una linterna sorda: "impasible", en una ola estrellándose en la dura roca. Unas veces eran una declaracion orgullosa y otras un misterio; pero cada una encerraba una pasion ó un drama, un pensamiento constante, una devocion ó una creencia. Si se explicaran tendríamos todos los secretos de una vida, conoceríamos las costumbres, la sociedad, los actos íntimos que jamás salen á luz. Eran enigmas que retrataban el pasado ó miraban al porvenir, indicando el norte de un pensamiento y ocultándose al mismo tiempo.—Tienen importancia, además, porque eran con frecuencia obra de literatos insignes. Ariosto hizo muchas de las que usaron sus amigos, y Pablo Jovio,

dió reglas para componerlas, descendiendo á pormenores, que hoy nos parecen pueriles y hasta ridículos. Sin embargo, de ahí salieron las armas y escudos de las naciones.

"Señores de horca y cuchillo" es el feudalismo con toda la soberbia de los nobles y toda la miseria de los plebeyos. Allí se ve al verdugo tras el señor, á la víctima tras el verdugo: se comprende el fuerte y solitario castillo, elevado tanto contra los reyes como contra los siervos; hablando todavía á la imaginacion con sus misterios y á la razon con sus horrores; símbolo del aislamiento de una sociedad dentro de otra; porque el castillo no era sólo la fortaleza, sino que era la vida entera amurallada; la familia separada del resto de la sociedad por un foso, y el señor separado de su misma familia por puertas de hierro y ciudadelas dentro de una fortaleza.

¡Desgraciada sociedad la que así vivía, sin más idea que levantar barreras y puentes levadizos entre las clases y entre las personas!

"Perro judío" es toda la historia de ese pueblo desgraciado. Trasladándonos con esta frase á los siglos medios, se adivina y se presencia la horrible suerte de aquellos infelices, víctimas de todo género de humillaciones y

venganzas, viviendo en una esclavitud sin amo, es decir, en una esclavitud sin el interés de conservar la vida del esclavo; horrible género de servidumbre inventada para castigar á aquel pueblo. En esa frase está pintada su situacion agobiada de deberes y sin ningun derecho; la falta de respeto en su palabra ante la de un cristiano; el recargo de los tributos, el insulto público y la acumulacion sobre su cabeza de todos los crímenes que se cometian. Sobre ellos caian las mismas acusaciones que sobre los primeros cristianos.

La tradicion, la leyenda, los cuadros y frescos de nuestras catedrales, y el mismo lenguaje, que llama judiada á todo tormento, nos ha conservado la idea que se tenía de aquellos desgraciados, á quienes la opinion pública llevaba al cadalso para que expiasen crímenes imaginarios.

El "perro judío" no podia salir á la calle en semana santa; estaba obligado á devolver la salud á los enfermos embrujados, bajo pena de muerte; se le imponian contribuciones para los objetos más ridículos, como en Bolonia, para que se divirtiesen en el carnaval los estudiantes de leyes y de artes. Se le hacía jurar por el Pentateuco; luégo se declaraba inválido el juramento, se negaba el contrato, y por faltar á él se le cortaba

una libra de carne ó más de su cuerpo. En muchas ciudades habia la costumbre de que el viernes santo se pusiese un judío á la puerta de la catedral, donde recibia un bofetón ó un salivazo del que entraba, segun fuese plebeyo ó noble, siendo elogiada la gran piedad del duque Ademano, que el año 1012 abrió la cabeza al infeliz expuesto á este tormento. Se prohibió á los cristianos auxiliar en los partos á las judías, y se excomulgó á la cristiana que diera el pecho á un niño de esa raza. Todos estos horrores están encerrados en esa frase.

El Cid, ese tipo de caballero y aventurero, tan propio de los tiempos en que vivió, debió hacer grandes frases. Las crónicas, los romances, las tradiciones que sobre él existen lo prueban. Es una magnífica frase su epitafio en San Pedro de Cardeña, conservado hoy en la sala del ayuntamiento de Búrgos: "Cid Ruiz Diez só que yago enterrado." Este epitafio es el que corresponde á un hombre que ganaba batallas despues de muerto. Vencer y hablar despues de la muerte, sólo pueden hacerlo los seres inmortales.

"Mis funerales serán sangrientos," dijo Alejandro poco ántes de morir; y con esta frase pintó admirablemente su imperio, su vida y el porvenir de su reino. Aquel im-

perio no dejaba detras de sí más que un lago de sangre en lo político.

”Ni quito ni pongo rey; pero ayudo á mi señor.” Es una disculpa, y una complicidad en un asesinato. Esta frase tan célebre y de tanta influencia en la historia de Castilla, demuestra cuán desdichados son los tiempos en que un aventurero con sus robustos brazos decide la cuestion de la corona, poniendo uno encima de otro á dos hermanos que luchan en el suelo, puñal en mano. Aquella tienda de Montiel es la pintura más fiel de los siglos de barbarie. Las cuestiones se resolvian por la fuerza personal, ó por aventureros pagados.

”Esos son mis poderes” en boca del cardenal Cisneros, enseñando á los nobles desde el balcon de su casa la artillería, formada en las Vistillas, es la muerte de la oligarquía española; la huella de los reyes católicos y de toda su profunda política; la profecía de Carlos V y Felipe II.

Las frases históricas tienen, como las de la ciencia, cierto parentesco entre sí; hay entre ellas una generacion, un vínculo que es hijo del progreso, ó cuando ménos de la ley inevitable que arrastra á la sociedad. El nombredado á la artillería *última ratio regum*, la última razon de los reyes, es hijo legítimo de la gran frase del cardenal Cisneros.

Los consejeros flamencos de Cárlos V preguntan asombrados en la Coruña, ante las negativas de los procuradores reunidos en Córtes á conceder el subsidio: "¡Qué! ¿Este rey, no es rey?" Exclamacion en que puede leerse la sangrienta derrota de Villar en el porvenir, y la pérdida de las libertades municipales; asombro de la tiranía ante nuestras costumbres y nuestros fueros.

Aquella época de gran trasformacion en España tiene tantas frases, que su estudio podria formar una obra, de que resultaria un conocimiento profundo de la gran empresa de los reyes católicos, creadores de la nacion y de la monarquía popular.

"No la envié contra Dios, sino contra los hombres." Frase de Felipe II al saber la destruccion de la armada invencible, y retrato suyo más exacto que el de Pantoja. En ella se ve al tétrico monarca penetrar silencioso en el coro del Escorial por una miserable puertecilla, sentarse humildemente en uno de los últimos sillones, oir la temblorosa voz del enviado que le traia la fatal noticia, juntar las manos, inclinar la cabeza y continuar su rezo. ¿Qué dominio sobre sí mismo no tendria aquella alma tenebrosa?

"Quemar las naves," es no sólo la frase

más célebre de aquella epopeya que se llama conquista de América, sino la más heroica que recuerda la historia. Es el grito de un genio poderoso que domina la inmensidad. Moisés con su vara se abrió paso por un infinito con la ayuda de Dios: Hernán-Cortés, sin más auxilio que su indomable genio y su brazo, se abrió camino entre dos infinitos; entre el mar y lo desconocido. El caudillo hebreo iba huyendo y confiaba en que tras el último israelita habían de juntarse las aguas y perecer "el caballo y el caballero." El héroe extremeño dejaba á su espalda la seguridad de la muerte, y marchaba sereno y altivo con un puñado de hombres á conquistar una tierra ignorada y á buscar un enemigo formidable.

Es muy posible que en su situacion Alejandro hubiese retrocedido, y César hubiese meditado sobre la retirada. Pasar el Rubicon era solamente una aventura y un desafío en una cuestion doméstica; y sin embargo, el conquistador de las Galias estuvo una noche meditando, y sólo le decidió el caprichoso vuelo de un ave, sometiéndose á una supersticion romana. Atravesar las fronteras de Persia y hacer la guerra á Darío, no era más que una guerra como tantas otras; y sin embargo, Alejandro lo consultó detenidamente con sus generales.

Verdaderamente, ante los cálculos del éxito, asegurar la retirada es propio de un gran capitán; pero cortársela para morir ó vencer, es propio de un héroe. Salvar la vida de unos cuantos soldados, es una buena acción; pero sucumbir los trescientos espartanos en las Termópilas, es una acción sublime. Morir luchando, es un acto de valor; pero ir á buscar la muerte y lo desconocido con serena frente, es un acto de extraordinaria grandeza de ánimo.

Si buscáramos algo semejante en la historia, tal vez no hallaríamos más que la frase de Mendez Nuñez ante el Callao: "Mi patria quiere mejor honra sin barcos, que barcos sin honra." Esta frase, como todas las de su género, es el preludio de una heroicidad, porque después de ella, no cabe más que una gran victoria ó una gran muerte.

Es muy probable que Hernán-Cortés y Mendez Nuñez no se hubiesen contentado con decir después de una derrota: "Todo se ha perdido menos el honor." En ciertas situaciones no cabe ante una desgracia más que la muerte repentina de D. Alvaro Bazán; como ante una ingratitud, no cabe más que las "cuentas del Gran Capitán" enviadas á Fernando V.

Todas las obras que se escriban, todos

los poemas que se compongan para ensalzar la heroicidad del pueblo español en la guerra de la independencia, no tendrán la energía, la significación, el mérito de esta frase: ¡No importa!

Los soldados vencedores del mundo no habían peleado nunca con ese general "No importa," que era derrotado hoy, y presentaba mañana la batalla; que se salía de las reglas de la táctica y rompía los axiomas de la guerra; que convertía en plazas fuertes los pueblos abiertos, y que podía ser siempre derrotado y nunca vencido.

Aquel español que interpelado por un oficial francés el 1.º de Mayo de 1808, ante miles de bayonetas, y las mechas encendidas, contestó: ¡Me río! hizo, tal vez sin saberlo, una gran frase. Aquella risa era más poderosa y más temible que los cañones de Austerlitz y de Jena.

Una y otra frase resonaron seis años con eco atronador y sangriento en toda España. De entre las humeantes ruinas de Zaragoza, de los lábios de los cadáveres que sembraban las calles, de aquel aire mezclado de pólvora y de peste, salía todavía el grito: ¡No importa! Sobre los campos de Bailen resonaba como un coro de triunfo, y como un sarcasmo, ante aquellas legiones humilladas, la frase del madrileño: ¡Me río!

Alvarez, el heroico defensor de Gerona, quedó retratado en muchas frases. Habiendo mandado hacer un reconocimiento fuera de la plaza, y preguntándole el jefe de la fuerza á dónde se retiraba, si el enemigo le atacaba, contestó sécamente: "¡Al cementerio!"

Una historia que reuniese las frases de esa gran epopeya, sería un drama vivo, una coleccion de bellezas y de horrores, de abnegaciones y heroismos, que darian útil enseñanza al pueblo, fortaleciendo el sentimiento del patriotismo y el cariño y la admiracion á nuestros padres, que prefirieron la pobreza, el hambre, los tormentos y la muerte á la esclavitud, y á la pérdida de la dignidad nacional, aunque en ella fuesen envueltas las ideas modernas.

CAPITULO VI.

LA FRASE EN POLÍTICA.

En política, las frases tienen una existencia breve y fugaz; pero como hijas de la pasión, del rencor y de la oportunidad, llevan en su seno una fuerza y una intención asombrosas. Suelen ser el puñal que hiere despidiendo un súbito resplandor. Como algunos insectos, clavan el aguijón envenenado y mueren, porque después del daño no tienen razón de ser.

El estudio de la frase en política, es completamente distinto del que hasta aquí hemos hecho. Es una frase de condiciones especiales por su origen, por su forma, por su objeto, por su existencia y por su muerte. Los que las hacen se equivocan con frecuencia: unas veces creen causar gran efecto y salen muertas de sus labios, otras son inocentes en la pluma del que las escribe y la interpretación las hace célebres.

A veces necesitan la autoridad para adquirir importancia; y á veces, siendo buenas, son importunas. Toman su colorido en la intención, como en Olózaga, ó en el gesto y la voz, como en Ríos Rosas. Envuelven una política completa, como el "Cúmplase

la voluntad nacional" de Espartero; ó el "No moriré de empacho de legalidad" de O'Donnell; y el "Gobernar es resistir," de Narvaez.

Nacen en el Parlamento, en el salon de conferencias, en los cafés, en las redacciones, y cuando lo merecen pasan á las columnas de los periódicos, dan nombre á los partidos, á los grupos, á los gobiernos y á los hombres políticos. Muchas aparecen sin saber de dónde vienen, y llevan el sello *vox populi*.

No perdonan, ni respetan nada: invaden la vida privada, la intencion y la conciencia: buscan siempre el corazon ó la cuerda más sensible, para hacer sangre ó herir; respiran como ninguna otra odio, rencor, veneno y venganza. Tampoco suelen reparar en el procedimiento: hieren unas veces frente á frente como un bofetón, y otras por la espalda: son aventureras como el Cid ó traidoras como Vellido Dolfos. ¡Cuántos hombres que han arrojado todos los peligros y disgustos de la vida pública, han estado á punto de renegar de ella sólo por el efecto de una frase! El Parlamento español ha visto llorar á un militar aguerrido y á un hombre de ciencia, por esta frase lanzada á su frente, como explicacion de sus creencias: "Yo como, luego existo." Lo que á

veces no han conseguido furibundos artículos y entonados discursos, lo ha conseguido una sola frase oportuna, graciosa ó intencionada.

En los periódicos unas veces se hace un artículo sólo para una frase, que es su título, otras veces éste explica el sentido incompleto de aquél; de tal modo, que en los tiempos de la prévia censura, borrar el título y dejar íntegro el artículo, era desarmar al periódico. Las épocas de represion de la prensa abundan en frases célebres. El buen periodista, preferirá siempre la ley Nocedal á todas las leyes de libertad absoluta de imprenta; porque con ésta desaparece la intencion del artículo ante la licencia del escritor, y la belleza de la forma ante la exageracion de las ideas: el periódico se hace eco de cualquiera y pierde su importancia; la impunidad anula el mérito del periodista: se establece la puja entre lo extraordinario del fondo y lo libre y descarado de la forma, y el buen escritor no es oido siquiera.

Sin embargo, estas frases escritas en la opinion, como hijas del entusiasmo ó del despecho, suelen ser despues un remordimiento miradas desde el poder. Muchos ministros se han perseguido á sí mismos como periodistas. Gonzalez Bravo multó desde el gobierno esta frase suya copiada

literalmente: "El bello ideal de la justicia humana es ahorcar á un ministro."

Los gobiernos tiránicos y reaccionarios han perseguido con verdadera terquedad y monomanía algunas frases y palabras. A veces era permitido escribir algunas con letra minúscula, y eran perseguidas con letra mayúscula, y al contrario; la fiscalía variaba la puntuacion, cambiando los puntos en comas, y viceversa. ¡Un capitán general persiguió mucho más; persiguió lo que él llamaba escrito en blanco!

Tambien recordamos que se nos prohibió publicar un artículo sobre las relaciones entre la política y la ortografía; y solo pudo ver la luz mutilado horriblemente y presentado como traduccion del inglés. Una frase contra una familia, escrita en las esquinas de Madrid, creó la alarma é hizo apercibir la artillería: "Para el domingo Cepedita se casa." Hubo quien vió estallar la revolucion ese domingo; y la policía creyó haberla evitado con hacer unas cuantas prisiones.

Las pasiones políticas se condensan en Inglaterra en sus sangrientas caricaturas, que suplen con frecuencia la mayor parte de las veces la falta de arte con su profunda significacion. Una frase bajo una caricatura, es una luz que la ilumina con san-

grientos colores. Otras veces se hacen de modo que la frase brote de todos los labios al ver la caricatura. En Francia se emplean más los equívocos y los calembours. Y en Italia, y especialmente en Roma, la frase política tiene un campo propio con los pasquines, que son frases la mayor parte de las veces llenas de veneno. A ellos acuden todos los romanos, desde el mismo Papa al último mendigo. Los odios políticos y religiosos, los rencores personales, las envidias, las venganzas, los celos amorosos, tienen un desahogo en los pasquines, que hieren sin compasión todas las reputaciones, y penetran en el seno de la vida privada. Los hechos diarios de la vida, encuentran siempre un ingenio que los juzga en una sola frase, que es un pasquín.

La fuerza de los gobiernos fundada sólo en el ejército, ha sido juzgada profundamente en esta frase: "Las bayonetas son buenas para todo, ménos para sentarse sobre ellas." I a confusion de la política y la religion en este oportúnísimo consejo del general Prim á la comision popular que le pedia la inmediata libertad de cultos: "No discutais sobre religion, porque sólo conseguireis que los amigos os exploten y los enemigos os persigan de muerte;" axioma profundo que de haberse practicado siem-

pre, habría ahorrado y ahorraria mucha sangre y muchas víctimas.

Los epítetos dados á los reyes en vida, se convierten alguna vez en sátiras despues de su muerte, ante el juicio de la historia, que es más severo que el que hacian los egipcios sobre el cadáver del monarca. Alguna vez, tambien estos epítetos, se corrijen y adicionan. Felipe IV se llamó el grande; y hubo quien agregó: "como los agujeros," porque son más grandes cuanto más tierra se les quita. D. Pedro "el Cruel," Fernando "el Emplazado," Enrique "el Impotente," Carlos "el Hechizado," son frases en que el juicio público ha resumido toda una historia y un reinado: representan la bendicion ó la maldicion de los siglos sobre un nombre.

La monarquía absoluta tenía muchas frases que la retrataban fielmente.

"El rey ha muerto, ¡ Viva el rey!" es la fórmula del derecho hereditario en la corona. Es á un tiempo una oracion fúnebre y una aclamacion; parece un contrasentido y es una gran afirmacion.

La monarquía constitucional está fundada en una frase que dice mucho y que no puede ser analizada: "El rey reina y no gobierna." Hace dos siglos, esta frase habría sido un absurdo incomprensible. En

nuestras Córtes quiso analizarla un absolutista, y demostró que no podía comprenderla. Es una alianza de transición entre un poder que quiere conservar la forma, y otro que no se contenta sino con la realidad. Es absurda, y sin embargo á ella se debe el progreso moderno.

El cambio de letras, de palabras y de adjetivos ha sido en política origen de muchas y graciosas frases. Víctor Hugo nos habla de un hombre de opiniones rojas y chaleco revolucionario; Nicasio Gallego llamaba á la comision de correccion de estilo, comision de corrupcion de estilo; Ruiz Zorrilla llamaba á las juntas facultativas juntas dificultativas; y Rios Rosas decia, amenazando á un diputado en conversacion: "No levanto la sesion, levanto la campanilla."

Un diputado tradujo: "la iglesia libre en el estado libre;" por "la iglesia liebre en el estado galgo;" y durante la discusion de la Constitucion de 1876 llegó á darse una significacion graciosísima á la Constitucion comun. Villergas llamó gramaticalmente al derecho divino, derecho in-humano; y Benavides denominaba proyectiles á los proyectos de autorizaciones.

Ruiz Zorrilla, que ha hecho muchas y muy buenas frases, dijo que "el Ministerio de Fomento era la hacienda del porvenir,"

resumiendo así el estado de nuestra patria, y demostrando que sólo podría encontrarse riqueza y su bienestar en el desarrollo de los intereses materiales y en el progreso de las artes y las ciencias.

Lacélebre frase de O'Donnell, tan ridiculizada por la prensa: "Yo no me suicido á mí mismo" es un pleonasma que, dicho por Rios Rosas, habría pasado por una gran frase. En O'Donnell se miró como una falta gramatical, semejante á la de aquel ministro que habló de "las reinas hembras."

"Un faccioso más," aludiendo á la entrada del Pretendiente en España, es una frase de valor, de fe, de confianza. Y sin embargo, fué juzgada con una dureza que no merecía.

En 1848, cuando la cárcel estaba llena de presos liberales, ocurrióse á uno poner en la reja este letrero: "Posada de caballeros." El infeliz fué llevado á Filipinas por un acto de aquellos que se calificaban con otra frase célebre: "Cambio de domicilio."

Las épocas revolucionarias y las grandes reacciones han abundado en frases célebres, cuya emuneracion ocuparía muchos tomos. Los partidos, los periódicos y los hombres se insultaban con frases. La cancion del "Trágala," que ha costado tanta sangre, estaba reducida á esa sola palabra, que un

orador llamó "obsceno ensañamiento." En estas épocas, de las palabras se pasa á los signos. ¡ Cuántos fuéron apaleados en 1823 por llevar un baston ó un paraguas con puño negro! Este color equivalia decir: "soy liberal;" como despues las margaritas: "soy carlista." Las mujeres tienen aficion á estos distintivos, que son declaraciones políticas: unas veces usan como alfileres las flores de lis, y otras como pendientes las lágrimas de Polonia. Tambien han solido ser víctimas de su audacia.

Ha habido una época de nuestra historia contemporánea, en que los gobiernos han caido, y los partidos han sufrido trasformaciones, porque no han encontrado una fórmula. Esa fórmula no era más que una frase, y no pudieron construirla. Es más fácil cortar que hacer el nudo gordiano.

Llevamos cuarenta años buscando una frase que exprese á un tiempo la libertad religiosa y la intolerancia; que satisfaga las ineludibles necesidades de la época actual y los escrúpulos de los retrógrados. Este problema ha agotado el talento y la elocuencia de los oradores, ha desgastado las plumas; ha revuelto la historia y la ciencia, ha cubierto los campos de sangre y cadáveres, y ha hecho de la débil mujer un arma de combate.... y no se ha encontrado!

Pero estudiar la frase en política sería salirnos de nuestro propósito y escribir la historia contemporánea, obra inmensa ante un parlamento como el nuestro, sin rival en el mundo; ante un parlamento que es ateneo y cátedra, club y tribuna, en que han resonado voces tan elocuentes como las que hemos citado, y las de Catalina y Sagasta, Nocedal y Rivero, Cánovas y Márton, y otras mil glorias de la elocuencia española; cuyos discursos formarían la enciclopedia política más rica, más admirable y más profunda; ante un parlamento de que decía un embajador de Inglaterra: "De tal modo brota la inspiración en aquel recinto, que los oradores se crecen, y dicen más de lo que saben."

FIN DE LA OBRA.

INDICE DE CAPÍTULOS.

| | Páginas. |
|---|----------|
| DEDICATORIA. | 3 |
| CAPÍTULO I.—De la frase en general. | 5 |
| — II.—La frase en religion. | 53 |
| — III.—La frase en ciencias. | 77 |
| — IV.—La frase en literatura. | 119 |
| — V.—La frase en historia. | 206 |
| — VI.—La frase en política. | 241 |

ÍNDICE DE NOMBRES Y FRASES.

| | Págs. | | Págs. |
|---------------------------------|--------|-------------------------|------------|
| Aguilera. | 49—177 | Bienaventuranzas. . . | 68 |
| Alarcon. | 200 | Bípido implume. . . . | 116 |
| Alcalá Galiano. . . . | 205 | Byron. | 172 |
| Alfonso el Sabio. . . . | 103 | Calderon. | 48—122—137 |
| Alquimia. | 99—106 | Campoamor. | 183 |
| Amador de los Rios. . . | 205 | Canciones de la miseria | 38 |
| ¿A qué bueno? | 110 | Castelar. | 206 |
| Arnao. | 200 | Cervantes. | 25—122—154 |
| Arolas. | 200 | Ciceron. | 132—134 |
| Arquímedes. | 95—100 | Cid (El). | 234 |
| <i>Ave Maris Stella</i> | 74 | Colon. | 115 |
| Becquer. | 204 | Credo | 69 |
| Benot. | 17 | Cristianismo. | 63 |

| | <u>Págs.</u> | | <u>Págs.</u> |
|-------------------------------|--------------|-------------------------------|--------------|
| <i>Dies ira</i> | 73 | Melendez | 50 |
| Diógenes | 116 | Melo | 138 |
| Don Juan Tenorio | 188 | Mendelson | 50 |
| Donoso Cortés | 164 | Mendez Nuñez | 238 |
| Dulcinea | 159 | Me río | 239 |
| Dumas | 117 | Metastasio | 129 |
| Echegaray | 201 | <i>Miserere</i> | 74 |
| E pur si muove | 95 | Mojad las cuerdas | 104 |
| El estilo | 17 | Motes y empresas | 230 |
| Espronceda | 169 | Música | 34 |
| Eureka | 79—95 | Nebrija | 112 |
| Fausto | 81 | Newton | 116 |
| Felipe II | 236 | No importa | 239 |
| Flammarion | 118 | <i>Non possumus</i> | 228 |
| Galileo | 95 | Nuñez de Arce | 201 |
| Gallego | 247 | Ofelia | 161 |
| García Gutiérrez | 175 | Oliv n | 205 |
| Gounod | 49 | Olózaga | 206 |
| Grilo | 200 | Ovidio | 134 |
| Hartzenbusch | 167 | Padre nuestro | 68 |
| Haydn | 46 | Pereira | 112 |
| Hernán Cortés | 236 | Perez Galdós | 193 |
| Hijo de Dios | 54 | Perro judío | 232 |
| <i>Homo duplex</i> | 117 | Pidal | 206 |
| Horacio | 131 | Pío IX | 228 |
| Horca y cuchillo | 232 | Presas | 113 |
| Interjección | 19 | Quemar las naves | 236 |
| Kepler | 106—191 | Quevedo . 33—50—154—156 | |
| Laplace | 112 | Quijote . 51—120—158—173 | |
| Letanía | 72 | Refranes | 22 |
| Luis de León (Fray) | 133 | Ríos Rosas | 205—247 |
| Linneo | 117 | Rossini | 48—180 |
| Lope de Vega | 136 | Ruiz Zorrilla | 247 |
| Lopez | 250 | Saavedra Fajardo | 138 |
| Lucrecio | 134 | Salve | 69 |
| Macbeth | 51 | San Agustín | 36—228 |
| Mariana | 139 | San Juan de la Cruz | 145 |
| | | San Pablo | 37—224 |
| | | Santa Teresa | 140 |

| Págs. | Págs. | | |
|-------------------------------|--------|-----------------------|---------|
| Selgas. | 200 | Tolomeo | 102 |
| Shakspeare. | 130 | Trueba. | 200 |
| Siglo XVI. | 92 | Valera. | 189—191 |
| Sócrates. | 173 | Veni Creator. | 74 |
| Solis. | 139 | Victor Hugo. | 120—128 |
| Soy romano | 225 | Villalobos. | 106 |
| <i>Stabat Mater</i> | 74—182 | Virgilio. | 134 |
| Stephenson. | 114 | Zorrilla. | 180—185 |
| <i>Te-Deum</i> | 45—74 | | |

OBRAS CONCLUIDAS.

Manual de Metalúrgia, tomo I, con grabados, por D. Luis Barinaga, Ingeniero de Minas.

Manual de Industrias químicas inorgánicas, dos tomos con grabados, por D. Francisco Balaguer y Primo, Ingeniero Industrial, Químico y Mecánico.

Manual del Albañil, con grabados, por D. Ricardo Marcos y Bausá, Arquitecto.

Manual del Fundidor de metales, con grabados, por D. Ernesto de Bergue, Ingeniero.

Manual del Conductor de máquinas tipográficas, dos tomos, con grabados, por M. A. Luciano Monet, encargado de la impresion de la *Ilustracion Española y Americana*.

Manual de Aguas y Riegos, con grabados, por D. Rafael Laguna.

Manual de Agronomía, con grabados, por D. Luis Alvarez Alvistur, Director de Granja-modelo.

Manual de Cultivos Agrícolas, por D. Eugenio Plá y Rave, Ingeniero de Montes, Licenciado en Ciencias exactas, etc.

Manual de Física popular, con grabados, por don Gumersindo Vicuña, Ingeniero Industrial y Catedrático de la Universidad.

Manual de Mecánica popular, con grabados, por D. Tomás Ariño, Catedrático de Mecánica de la Facultad de Ciencias.

Manual de Química Orgánica, con grabados, por D. Gabriel de la Puerta, Catedrático de la Universidad Central.

Manual práctico de Extradiciones, por D. Rafael García y Santistéban, Secretario de Legacion de primera clase, Jefe del Negociado de Asuntos judiciales del Ministerio de Estado.

Manual de Música, por M. Blazquez de Villacampa, primer premio de composicion en la Escuela Nacional de Música y Declamacion, pensionado por la Excm. Diputacion Provincial de Madrid.

Manual de Litografía, con grabados, por D. Justo Zapater y Jareño y D. José García Alcaráz.

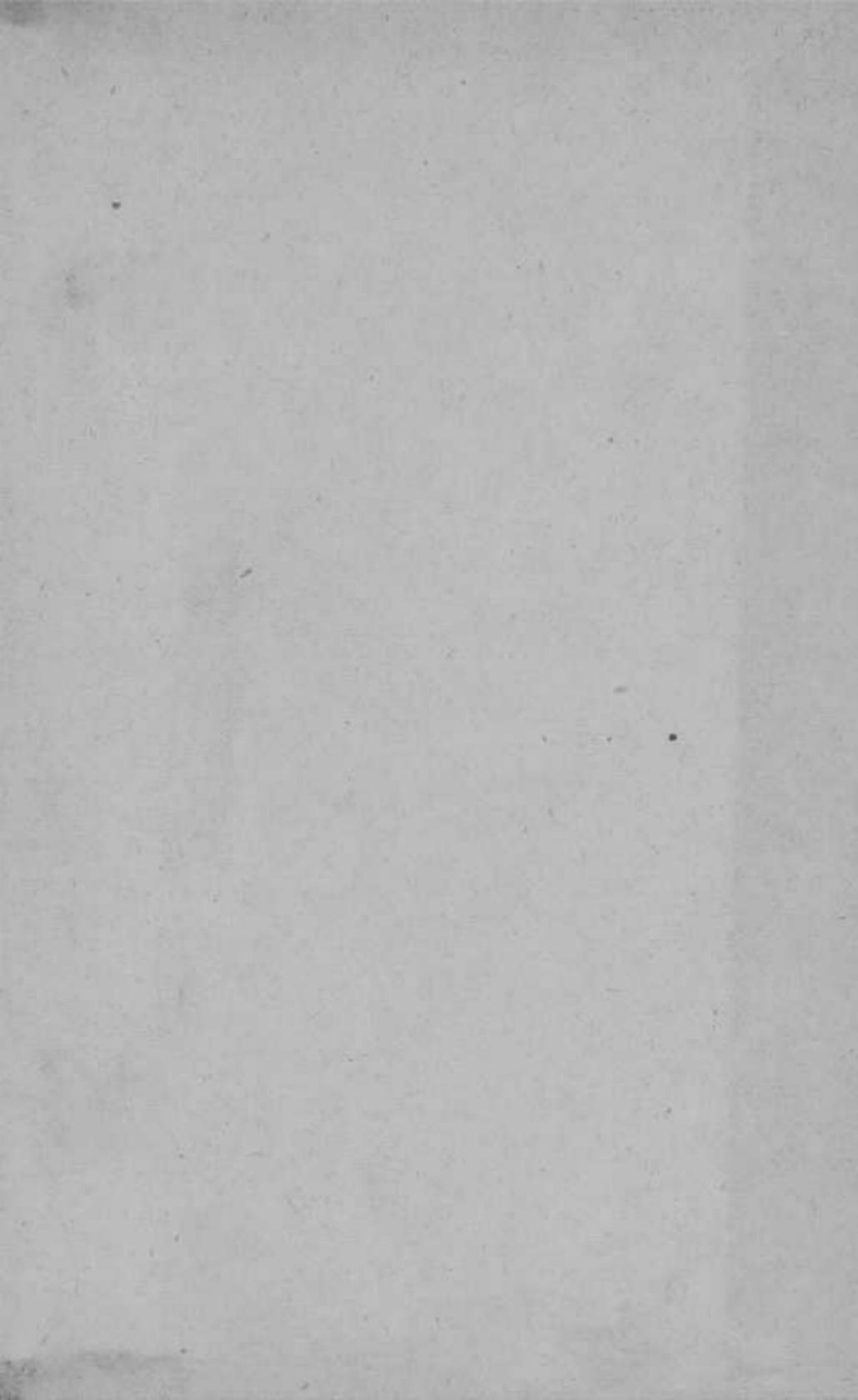
Guadalete y Covadonga, del año 600 al 900 (Pági-

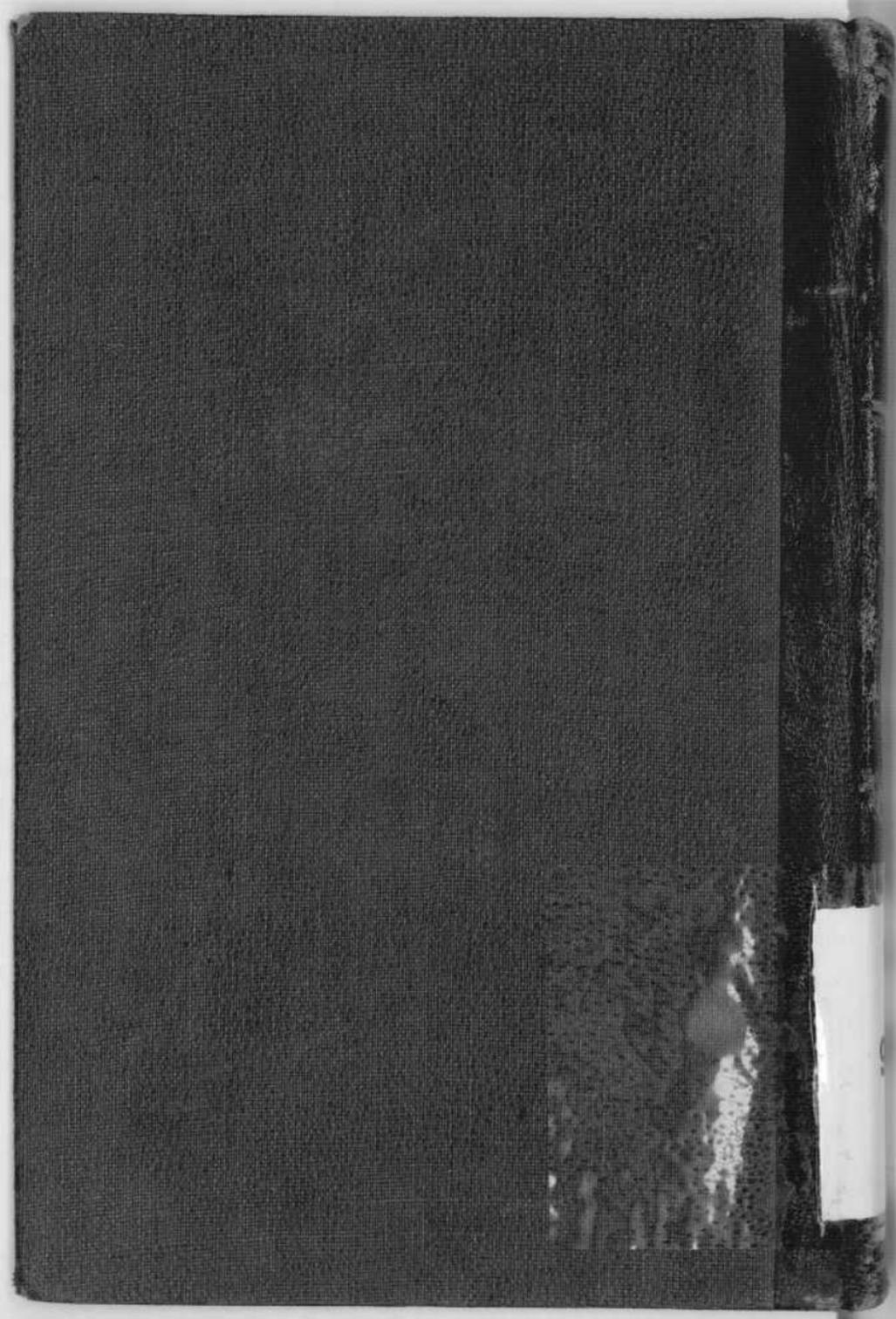
nas de la historia patria), por D. Eusebio Martinez de Velasco.

Año Cristiano, novísima version castellana de la obra del P. Juan Croisset, refundida y adicionada con el *Santoral Español*. Meses de Enero, Febrero y Marzo, por D. Antonio Bravo y Tudela. Abogado del Ilustre Colegio de Madrid. (Con licencia de la Autoridad Eclesiástica).

Novísimo Romancero español (inédito), tres tomos. **Frases célebres**, estudio sobre la frase en Religion, Ciencias, Literatura, Historia y Política, por D. Felipe Picatoste.







LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF TORONTO

BIBLIOTECA
POPULAR

10

LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF TORONTO

PICATONSKA

LAS

FRASES

CÉLEBRAS

LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF TORONTO



FA.

99969

LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF TORONTO

PICATONSKA